

Feminaria

ENSAYOS

Françoise Collin: *Borderline.*

Por una ética de los límites

Dossier: Mujeres, Política,

Poder: Desvelos en el quehacer político, *Ana Sampaolesi*;

¿Podemos las mujeres transformar el sistema de poder?,

Cecilia Lipszyc; La primera aplicación de la Ley de Cuotas

en Capital Federal, *J. Marx* y

A. Sampaolesi; Anita Pérez

Ferguson: Construir el poder

Sección bibliográfica

Notas y entrevistas

Festival "Mujer y Cine"

¿En qué andan las mujeres dibujadas?

Arte: Eliana Gómez

FEMINARIA LITERARIA

Ensayos: *Liliana Zuccotti*:

Juana Manso: contar historias

Gabriela Mizraje: El sexo despiadado (sobre J. M. Gorriti)

Lea Fletcher: El desierto que no es tal: escritoras y escritura

María Negroni: La dama de estas ruinas (sobre A. Pizarnik)

María del Carmen Pompa

Quiroz: La mujer acerca de sí misma en la narrativa paraguaya

Poesía: Charo Núñez

Diana Bellessi

Mirta Rosenberg



Año VI, N° 11

Buenos Aires, noviembre de 1993

μνδρόπλοχος / teienalabras

BORDERLINE. POR UNA ÉTICA DE LOS LÍMITES*

FRANÇOISE Collin**

¿Cómo plantear una ética desde el punto de vista feminista a partir del hecho de que el feminismo es ante todo un movimiento político de liberación de la dominación de un sexo sobre el otro? La política percibe el enfrentamiento entre los géneros; la ética, por su parte, ofrece la posibilidad de que cada cual le dé “una figura singular a su pertenencia”, a su pertenencia a un colectivo sexuado, entre otras. Una ética maniquea que contraponga los valores femeninos como el Bien a la violencia masculina como el Mal sería un mero exudado de la política. La ética sólo podría tener pertinencia en tal caso en el ámbito de las relaciones de las mujeres entre sí, como en la propuesta de Luce Irigaray, que la autora de este artículo critica desde sus supuestos básicos: las mujeres ni son, ni deben ser, individuos que acotan sus límites y marcan un espacio propio, sino que su ámbito sería lo in-finito, “siempre abierto”, que uniría entre sí a las mujeres, lote ontológico compacto en el que no cabrían antagonismos. Ante una armonía preestablecida natural de tal índole, la autora se pregunta qué sentido tendría hablar de ética. Pues la idealización de la relación maternal esquiva la ambivalencia y el conflicto como componente ineludible de toda relación humana. Por ello, la ética debe regular las relaciones entre individuos, inter e intragenéricas, y por ello “atraviesa y transgrede las fronteras establecidas por lo político”. Y no puede hacerlo sino dialógicamente, entendiéndose el diálogo como la negociación permanente, siempre precaria y que asume sus propias crisis, de los límites que constituyen la individuación. La ética representa así la oportunidad permanente que hay que dar a una cierta idea de la humanidad pese a los desmentidos de la experiencia. Y, en su modulación feminista, una ética de los límites sería la ética de “una habitación propia” de Virginia Woolf.

En el pensamiento feminista el problema parece plantearse bastante tarde y, sobre todo, de manera derivada. En efecto, el feminismo es concebido primeramente como un movimiento político de liberación que trata de terminar con las relaciones seculares de dominación de un sexo sobre el otro. Toma en cuenta, y en cierta manera ratifica de hecho, la división de la humanidad en dos grupos sexuadaos: los varones y las mujeres, los primeros definidos en su posición de dominantes, las segundas como dominadas. Se trata de cuestionar esta estructura por medio de una “lucha” que, a diferencia de otras luchas sociales (raciales, de clase, coloniales) no sólo debe ser llevada adelante en las relaciones públicas sino también en las privadas. Así, la fórmula “lo personal es político” constituye un *leitmotiv* del feminismo de los años setenta con efectos imprevisibles y, a veces, terribles.

Si se razona en términos de dominación y de injusticia, unos individuos son los agentes de esta injusticia y otros sus víctimas. Sin duda, la denuncia apunta más a una estructura –la estructura patriarcal, la estructura falocrática– que a individuos, pero sobre todo sí, como en el caso del feminismo, ésta afecta incluso a las relaciones privadas, resulta difícil evitar el enfrentamiento interindividual. El feminismo lleva a interpretar el

mundo, y cada relación vivida, en términos de *dual* y en términos de *duelo*,¹ a ver primeramente en el otro a un ser sexuado que pertenece al grupo de las mujeres (algunas dirán incluso la “clase” de las mujeres) o al grupo de los varones. La dimensión política –al menos como política de liberación– conduce, por una parte, a aprehender a cada uno/-a no en términos singulares sino en términos colectivos –o al menos de pertenencia a una colectividad–; por otra, a querer actuar sobre las relaciones de esos grupos para transformarlas.

Así, la ética feminista ha sido durante largo tiempo confundida con lo político y pensada, en el mejor de los casos, en el marco de la constitución de lazos de mujeres entre ellas, lazos en los que los varones, asimilados a su posición de dominantes, estaban ausentes: no se tienen “deberes” y ni tan siquiera consideraciones para con “el adversario”.

Podemos preguntarnos si esta lectura del mundo y de los seres a través del a priori de la diferencia de los sexos articulado en términos de dominación no está en contradicción con el enfoque ético (y por otro lado estético) del mundo según el cual el otro –y el otro que cada uno/-a constituye para sí– es, por el contrario, acogido y respetado en su ser propio, tal como es y se presenta en su singularidad, irreducible a su pertenencia a una colectividad étnica, racial, sexuada, nacional, etc. Esta debe ciertamente ser tenida en cuenta –no hay Hombre abstracto sino varones y mujeres encarnados– pero con ausencia de todo prejuicio: corresponde a cada uno/-a mismo/-a, en efecto, el dar una figura

*Este artículo apareció en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*. Nº 6 (nov. 1992), de Madrid.

**La autora pertenece al Centre Parisien d'Etudes Critiques

singular a su pertenencia, a sus pertenencias. En el encuentro, no puedo desconocer de dónde viene el otro individuo ni identificarlo con su origen. La ética ofrece esa posibilidad.

Inscribir una ética sobre un enfoque primeramente político del mundo no deja de tener dificultades. En efecto, lo político se piensa en términos de justo e injusto, lo ético en términos de bien y de mal. Si se parte de lo político, existe una tendencia maniquea a identificar la injusticia con el mal o a reducir el mal a la única categoría de lo injusto.

Así, en el feminismo, las connotaciones propias de lo masculino y del mundo de lo masculino y de los varones han sido a menudo identificadas con el mal; y las connotaciones propias de lo femenino y del mundo de las mujeres, identificadas con el bien. Se denunció no solamente la estructura de dominación de un sexo sobre el otro sino también todos los “valores” característicos del sexo dominante para oponerles los “valores” del sexo dominado al que se adjudicaban, a partir de ese momento, todas las virtudes. De esta manera, una importante corriente del feminismo opone a la objetivación y a la violencia –propias de lo masculino– la sensibilidad, la intuición, la porosidad, el no-uno, etc. –propias de lo femenino–. Incluso para aquéllas que no se identifican con esta corriente “esencialista” –que sostiene la existencia de una “naturaleza” femenina– parecería que los dominantes fueran implícitamente considerados como soportes de toda violencia mientras que de la de las dominadas no se habla. Ahora bien, la pregunta es la siguiente: ¿todo individuo (varón o mujer) que pertenece a la categoría de los dominantes –cualquiera sea la naturaleza de la dominación (de clase, de raza, etc.)– queda fuera del campo ético?

Incorporar la cuestión de la ética en el terreno de lo político implica otra dificultad, más general y quizá aún más profunda: la actitud política se halla determinada por la voluntad de cambiar (el mundo). Lo quiera o no, se halla atravesada por un imaginario de la dominación y del progreso. Entre el presen-

te (o el pasado) y el futuro, establece una especie de corte según el cual el futuro siempre es visto de manera positiva, incluso cuando no existe ya la audacia de asimilarlo al “mañana que canta” de un mundo ideal.

Así, el feminismo político ha podido incitar a las mujeres a ver en sus vidas solamente dominación, explotación, alienación, y a considerar su “ser dado” existencial únicamente como un regalo envenenado. Su ser ya no estaba puesto en ellas sino siempre delante de ellas. Sus costumbres, los placeres de los que se enorgullecían les parecían una ilusión: desconfiar del otro es desconfiar de sí misma. A partir de ese momento, según la fórmula de Marx, no se trataba de pensar el mundo sino de cambiarlo. Incluso el deseo se convirtió en supuesto objeto de transformación (hasta tal punto que, en ciertos momentos extremos, la homosexualidad podía transformarse en un imperativo categórico y la heterosexualidad en una especie de falta). Puesto que lo dado ha sido falsificado por el patriarcado o el falocentrismo, lo dado no es aquello a lo que hay que adaptarse sino lo que es necesario rechazar. En ciertos casos, esta práctica produjo una desertización de las existencias, completamente crispadas en el objetivo del cambio. En otros casos, y en función de otras escuelas de pensamiento, provocó, por el contrario, una idealización de sí en la sacralización de lo femenino o la autosatisfacción de las mujeres. Así, la ética feminista a menudo tomó la figura de una moral e, inconscientemente, impuso una normativa de liberación a las mujeres que trataba de liberar. La liberación destinada a transformar a las mujeres en seres libres producía e imponía las condiciones de su libertad. El feminismo ha llegado a preferir mujeres liberadas –según sus criterios, por otro lado, variables– en vez de mujeres libres.

Ahora bien, si reflexionamos en términos éticos, se trata, para cada mujer y para cada ser humano en relación con los otros, de responsabilizarse de esa única existencia que es la suya, aquí y ahora, en un tiempo y un lugar determinados que no han sido

ISEGORIA. Revista de Filosofía Moral y Política (Nº 6)

ARTICULOS: Presentación, C. Amorós; Cuando la razón práctica no es tan pura (Aportaciones e implicaciones de la hermenéutica feminista alemana actual: a propósito de Kant), L. Posada Kubissa; Una revisión del debate sobre las mujeres y la teoría moral, S. Benhabib; Contrato versus caridad: una reconsideración de la relación entre ciudadanía civil y ciudadanía social, N. Fraser y L. Gordon; Borderline. Por una ética de los límites, F. Collin; Sobre el genio de las mujeres, A. Valcárcel; De Marcuse a la Sociobiología: la deriva de una teoría feminista no ilustrada, A.H. Puleo; Lo femenino como metáfora en la racionalidad postmoderna y su (escasa) utilidad para la Teoría Feminista, C. Molina Petit. **NOTAS Y DISCUSIONES:** Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones, I. Santa Cruz; La ética desde el feminismo. Notas sobre la ‘diferencia’, M. Herrera Lima; El emblema de lo privado. Notas sobre filosofía política y crítica feminista, M.X. Agra; La mujer y el mal, G. Hierro; **CRÍTICA DE LIBROS; INFORMACIONES**

Correspondencia:

Secretario de Redacción de *Isegoría*
Instituto de Filosofía (CSIC)
Pinar 25 28006 Madrid ESPAÑA
Tel. (91) 411-7005 Fax (91) 564-5252

elegidos: se trata de acudir a la presencia del presente. como dice Heidegger, cada uno/-a está “arrojado/-a” en el mundo, o como dice Arendt, cada uno/-a ha nacido² y con lo dado –ese don– tiene que vivir, en él tiene que crecer, a él tiene que hacer crecer: por ejemplo, mujer, europea, en una cierta cultura y un cierto período de la historia, y no humano en general. Nadie puede evitar lo dado. La cuestión reside entonces en encontrar constantemente un punto de acuerdo entre la receptividad y la acción, entre el acoger y el cambiar, entre lo que es y lo que se querría ser o hacer que fuera. El bien se encuentra en ese frágil punto, como nos recuerda Martha Nussbaum³ que, al respecto, opone la sabiduría griega preocupada por la *eudaimonía* al imperativo kantiano del “tú debes” que la sustituye en la modernidad.

¿Ética de lo in-finito?

La reintroducción del problema ético en la lectura política del mundo se hizo primeramente y del lado de la relación de las mujeres entre ellas. Muy pronto, cierto número de feministas señalaron que “La” mujer no existe (fórmula tomada de Lacan) sino que hay mujeres, a las que ningún Uno reúne. Así, Luce Irigaray escribe “La/una mujer” o Antoinette Fouque sustituye la denominación generalizante “las mujeres” por la fórmula “unas mujeres”. Sin embargo, el no-uno aquí no es sinónimo de pluralidad que pudiera ser identificada a la multiplicidad de uno más uno más uno. Se trata más bien de la infinitud femenina de lo infinito, de lo nunca finito, de lo que está siempre abierto, de lo que subvierte al Uno fálico propio de los varones y une a las mujeres sin que jamás se produzca una división entre ellas. La reflexión ética va a desarrollarse prioritariamente como celebración de la relación de una mujer con otra o con las otras, relación marcada por la indeterminación, la continuidad en lo vago de los límites –“no hay una sin otra”⁴ (Irigaray)–, las medias tintas en que ni las incompatibilidades ni los desacuerdos, ni con mayor razón los antagonismos, encuentran dónde inscribirse ya que “mujer” no es ni una ni múltiple. ¿Pero acaso puede hablarse de ética si el entendimiento es un resultado de la naturaleza?

En esta corriente, la relación entre mujeres es a menudo pensada bajo el modo de la relación maternal (como relación madre/hija), tomada como paradigma ideal de toda relación. En el espacio anglosajón se hablará de *caring*, de *nurturance*, como resortes de una ética específicamente femenina. Se trata de “cuidar”, de “alimentar” al otro, y esta actitud no sólo es preconizada respecto a otra mujer sino erigida también de manera más general como concepción del mundo en un enfoque ecológico del universo al que hay que proteger de la brutalidad tecnológica.⁵

Este modelo ético, esta concepción femenina de la relación con el mundo en el registro del “cuidar” y del “alimentar” se inspira en lo que ha sido la actitud tradicional de las mujeres. Al adjudicar a las

mujeres –y a la relación maternal– una especie de posición ideal, evita tomar en consideración el hecho de que todo ser humano, incluso las mujeres, se halla habitado por una ambivalencia profunda con respecto al otro. Evita ocuparse del conflicto que afecta fundamentalmente a las relaciones del yo y el otro en las que, por el contrario, presupone la armonía, al menos entre mujeres. Se supone que el modelo maternal (que, ciertamente, no se identifica con la maternidad efectiva) se halla libre de todo maleficio. No se habla del odio que entraña el amor, de la actitud devoradora y posesiva que encierra el “cuidado”, de la hiel que se oculta en la leche. Ocuparse del otro, alimentarlo, es tratarlo de *alter ego*, presuponer que se sabe cuál es el bien para él, que se puede hacer lo que le conviene en su lugar, que su deseo concuerda necesariamente con la visión que se tiene de él. Es presuponer que se sabe lo que el otro es y desea, adjudicarse la capacidad de responder a ello, incluso de anticiparse. En último extremo, con el pretexto de la preocupación por el otro, es evitar asumir el hecho de que él-ella es otro y que su deseo no está necesariamente en armonía con mi deseo para ella (o para él). Desde esta perspectiva, no se tienen en cuenta la disparidad y el antagonismo de los deseos, aun cuando fuesen femeninos. El mundo de las mujeres es pensado como una especie de galaxia, de nebulosa: la Vía Láctea.

Por otra parte, esta ética de lo femenino como maternal, calcada sobre el funcionamiento “natural” de las mujeres, no tiene en cuenta el hecho de que una mujer no sólo tiene relación con sus hijas sino también con sus hijos, no sólo con mujeres sino con varones. ¿Qué pasa con el *caring* cuando se extiende a los varones? ¿Acaso no es entonces la actitud tradicional denunciada, por otro lado, por las mismas mujeres como una forma suprema de su explotación (y por los varones como una forma de posesividad respecto a ellos)? El hecho de que el cuidado, la *nurturance*, sean llamados a desplazarse de su objeto tradicional –los varones– para fijarse en las mujeres no deja de tener interés pero conlleva ventajas y peligros: la madre nutricia también puede ser devoradora para una hija, y la boca demasiado llena no consigue formular su propia palabra, pues el deseo no es de ninguna manera asimilable a la necesidad. Establecer entre mujeres o entre mujeres y varones una relación calcada sobre la relación maternal (definida como no separación), o sobre lo in-finito de lo femenino, amenaza con no reconocer la alteridad radical que hace que cada individuo sea, primeramente, uno, distinta del otro. Esta ética produce, por otro lado, efectos que pueden ser calificados, por lo menos, de inquietantes: autoriza y favorece procesos de identificación de numerosas mujeres, fascinadas por la magia del Nosotras, con la palabra y la imagen de una de ellas que, de esta manera, asegura (en una dialéctica confusa) su poder, –aunque éste sólo estuviera hecho de seducción– como el del gurú de una secta.

“No hay una sin otra” produce su propia inversión, es decir, que no hay otra sin una.⁶

Pero, incluso cuando permanece en los límites de su definición política, el feminismo, aunque no se concrete en un partido o en una institución, puede llegar a suplantarse la palabra y las exigencias múltiples de las mujeres, decretando implícitamente una norma según la cual pueden distinguirse las “verdaderas” mujeres. El proceso consiste siempre en sustituir la palabra singular y múltiple de las mujeres por un discurso o una persona.

Por el contrario, la necesidad de una ética se descubre en el seno de la lucha política al tomar nota de las disparidades, de las incompatibilidades e incluso de los antagonismos –a veces violentos– entre las mismas mujeres. No basta una condición natural o histórica común. Se descubre también al tomar nota de que las discrepancias políticas no pueden servir de único principio regulador de las relaciones entre individuos y, en este caso, entre los varones y las mujeres, entre un varón y una mujer. Sin negar su validez, la ética atraviesa y transgrede las fronteras establecidas por lo político. Trata de regular los conflictos que enfrentan a los miembros de un mismo grupo sexuado así como los encuentros que se operan entre individuos pertenecientes a grupos sexuales diferentes, políticamente antagonistas. Pertenece a una lógica distinta de la lógica natural y de la política y se alimenta de las tensiones internas que animan al mismo yo.

Ética del sí-mismo finito

No hay ética que no sea en primer lugar una ética del sí mismo. Y si este principio tiene alcance universal, es particularmente indispensable recordárselo a las mujeres. No es posible eludir el hecho fundamental de que primeramente debo ponerme de acuerdo conmigo mismo/–a, puesto que el yo es el primer interlocutor para cada uno/–a. El “conócete a ti mismo” socrático es la condición de toda ética. Este “conócete” no pertenece al orden del saber: no significa que el “yo” pueda darse una representación clara de lo que es, ni que sea “la medida de todas las cosas” sino que puede y debe asumir su sello, aprehender, al menos empíricamente, cómo funciona, cuál es el deseo que la anima. Sólo bajo esta condición puede entonces buscar cómo podrá expresarse su deseo en el encuentro con otros deseos, con el deseo del otro, con los deseos de los otros, y elaborar, en este encuentro, momentos de acuerdo siempre frágiles y siempre renegociados. El que no deja lugar a su propio deseo, el que no tiene la fuerza de formularse y de formularlo al otro de alguna manera, corre el riesgo, en su ocultamiento y su denegación supuestamente generosa, de verlo, sin confesárselo, ejercer, por el contrario, su dictadura, o de deslizarse en el resentimiento bajo el pretexto del desinterés. Confesar el sí mismo, tener “el coraje de aparecer” (H. Arendt) en lugar de contentarse con parecer es la condición del encuentro. Delimitar el propio espacio, como espacio finito, hace posible el

respeto del espacio del otro de una manera distinta del modo de la apropiación, competitivo o envidioso. “Ama a tu prójimo como a ti mismo” supone que sé en primer lugar lo que significa el individuo “yo mismo”. No hay aceptación de los otros que no pase por la aceptación de sí. Y la aceptación de sí es también la aceptación de los recursos limitados de este sí mismo infranqueable que impide la inflación del ideal del Yo, incluso extrapolado y disimulado en un Nosotras.

Una ética del uno mismo no es el primado del egoísmo. La medida de lo propio no es la defensa feroz de la propiedad. La medida de lo propio protege de la tentación de la apropiación. El que no tome esta medida tendrá, por el contrario, tendencia a apropiarse del otro, a hablar por ella (por él) y hacerlo en su lugar.

Una ética de sí mismo, en el diálogo mismo consigo, es condición del diálogo con el otro. El que no se ha hecho capaz del primero es incapaz del segundo. Como dice Hannah Arendt, el “dos en uno” del debate de uno mismo consigo como ser dividido –y no infinito– es el primer paso de la relación plural. Si no se la afronta, si no se adopta una posición crítica en la relación con uno mismo, se corre el riesgo de sucumbir a una idealización defensiva del yo cercana a ese maniqueísmo latente en el pensamiento feminista que consiste en colocar en el otro –y en este caso en el otro como perteneciente a un grupo sexuado– la causa de todos los malentendidos y de todos los dolores que afectan las relaciones. Tomar la propia medida es medir la propia finitud, sus recursos y sus límites. A menudo, las mujeres han esquivado este medirse con una actitud de aparente desaparición que les permitía fantasearse como infinitas, encarnando así el infinito malo del que habla Hegel, el infinito que evita lo finito: al eludir el límite del “aquí y ahora”, el “esto” –y nada más que esto–, una se reserva para estar en todos lados y ser todo.

La mujer no nace naturalmente buena

El varón no nace naturalmente bueno, la mujer tampoco. Freud ha mostrado muy bien cómo todo deseo se mantiene en la ambivalencia del deseo de vida y el deseo de muerte, del hacer crecer y el destruir. Los oprimidos no se hallan exentos de esta ambivalencia. La cultura masculina tiene, al menos, la ventaja de no disimular la violencia que la atraviesa. Ahora bien, parece que las mujeres hasta ahora han retrocedido frente a esta representación de las fuerzas negativas que las habitan. Tanto sus teorías como sus expresiones simbólicas (a través del arte, por ejemplo) raramente escapan a la tentación edificante. Generalmente reprimen la parte de odio y de asesinato que las mueve y sólo dejan aparecer una imagen dulzona de “todo amor”, cuando no de víctima. ¿Cómo podrían acceder a una posición ética si se imaginan exentas de la tentación del mal? Pues no se puede llamar ética ese evangelio de la buena feminidad salvadora o de la justicia

hecho mujer. (Incluso el justo peca siete veces por día, dice el Evangelio.) Sólo hay ética donde existe un juicio regulador que decide entre fuerzas adversas en el seno de uno mismo. La ética está tan ausente de la posición de las mujeres que se suponen buenas –y eternas víctimas– como de la posición de los varones que toman su deseo por ley universal que ha de imponerse al otro. La posición ética incluye la responsabilidad, y mi responsabilidad para el bien y para el mal al mismo tiempo. No se puede hablar de responsabilidad sólo para el bien, creerse un dios sin reconocer la parte del diablo. Para acceder a este punto, las mujeres deben dejar de situarse en el registro de la inocencia en el que se irresponsabilizan e infantilizan.

Sin duda, para la constitución de una imagen positiva (y, a menudo, idealizada) de ellas mismas, las mujeres tratan de oponerse a la imagen de Eva –o de Pandora–, fuente de todos los males de la humanidad, que ha elaborado la cultura masculina. Pero una imagen opuesta a otra imagen no constituye una salida a la posición imaginaria que obstaculiza las relaciones humanas. Tanto menos cuanto que la imagen idealizada de las mujeres también forma parte de la cultura masculina que pasa continuamente de Eva a María, de la tentadora a la virgen madre, separando así en dos figuras opuestas lo que se mezcla inextricablemente en cada uno/–a. La ética de las relaciones humanas y de las relaciones entre los sexos sólo puede apoyarse en la supresión de toda imagen, puesto que la idealización y la diabolización son dos formas de un mismo esquivar la ambivalencia y la finitud del ser humano. Al renunciar a la imagen, una mujer adviene, en su límite y su singularidad, para entrar en relación con otra singularidad finita, relación siempre dependiente del juicio y de la decisión. El acto ético no es ni el libre curso dado a la (buena) “naturaleza” ni la aplicación voluntarista de un principio: el acto ético es, en cada circunstancia, un asunto pendiente, deliberación, juicio, opción. Asume el riesgo.

De finito a finito: ética del diálogo

La crítica de la ética llamada “femenina” o “maternal” –del *caring*, de la *nurturance*– sólo parece remitir a una ética calificada a menudo, sobre todo en el mundo anglosajón, de “liberal”.⁷ En esta última, la autonomía individual prevalecería sobre el altruismo o el supuesto altruismo de la primera. Como si fuera necesario elegir entre la afirmación puramente individual, indiferente a la solidaridad y a la alteridad, y en hundirse en la comunidad (de lo que he subrayado brevemente las falsificaciones y los riesgos). Me parece que conviene rechazar esta falsa alternativa tomando en cuenta a la vez la autonomía y la heteronomía del ser humano y analizando sus condiciones en especial para las mujeres.

Creo que una ética del diálogo plural –y el diálogo sólo se inscribe en la palabra– evita tanto los avatares del individualismo como los del comunitarismo

y puede aclarar la cuestión de la relación entre las mujeres así como la de la relación entre los sexos. Pero también aclara en primer lugar la relación que cada uno/–a mantiene consigo y en la que se enraiza la posibilidad del diálogo con el otro. Quizá, por otro lado, el diálogo pueda ser pensado como principio fundador a la vez de la ética y de lo político.⁸ Principio común que, sin embargo, no implica la confusión de ambos registros puesto que uno, el ético, asegura la regulación de las relaciones interindividuales mientras que el otro, el político, trata de asegurar la viabilidad de un mundo común.

En el diálogo, en efecto, cada uno/–a mide su “interior”⁹ inalienable al tiempo que aprehende la realidad de otros “interiores”¹⁰ entre los que se impone un respeto recíproco para que la confrontación no se resuelva por medio de la violencia o la apropiación. Medir no es levantar muros ni cerrar fronteras, por el contrario, es abrirlas en la medida misma en que existen. Sólo hay proximidad en la discreción de lo lejano. Sólo hay paso para quien habita.

En el diálogo, el otro no es lo que se representa de él o lo que yo me represento de él sino lo que él presenta en la libertad de sus figuras. En el diálogo, los espacios no están confundidos sino que son restituidos y, de alguna manera, cogestionados: cada uno se convierte en respetuoso del espacio del otro al mismo tiempo que del suyo, y en responsable de sus interferencias. Cada uno se considera no sólo tal como se aprehende sino también tal como es aprehendido por el otro.

Pero el diálogo no es intercambio continuo sino que integra lo discontinuo. La distancia y el silencio lo posibilitan. Distancia del espacio, distancia del tiempo que al interrumpirlo puede ser la única manera de permitirle reanudarse un día. Distancia del tiempo, distancia del espacio que permite a cada uno/–a desplazarse. Ética de lo esquivo que es, a veces, la única solución de un callejón sin salida. Se trata entonces de volver a dar espacio a lo posible, contra toda evidencia, incluso si lo posible sólo sigue siendo posible en el alejamiento. Dejar ir, ir: no hay relación interhumana que no precise ese gesto. Ir soltando el hilo del carrete aun en el caso de que el hilo se rompa. Puede suceder que cambiarse de casa, aunque sea discretamente, sea la mejor forma de cuidar¹¹ el porvenir, cuidar al otro y a uno mismo para interrumpir un proceso de degradación mutua. La ética del otro pasa por una ética de la soledad.

Posibilitar lo humano

La ética sería así la salvaguardia, en sí y en los otros, de una cierta idea de la humanidad, a pesar de todos los desmentidos que le inflige la experiencia pública y privada. Humanidad no sin inhumanidad pero a pesar de la inhumanidad. (La idea de una pura humanidad es inhumana.) Humanidad siempre herida y vuelta a nacer. Pues ¿de qué modo actuar para preservar esta humanidad en la inhu-

manidad implica cada vez una decisión que no depende de ninguna regla a priori y no está pendiente de ninguna sanción! En cada ocasión hay que innovar sin garantías, decidir cuál será la medida más justa, a veces dañar y hacerse daño para que tenga lugar el bien. La ética va a tientas, es una elección.

Así, ahí donde el otro trata de imponerse como el único que decide en la relación, la preocupación de la humanidad en nosotros y entre nosotros me obliga a resistir a ese imperialismo destructor –aun a riesgo de perder la relación– para salvaguardar a la vez mi dignidad y la de quien, al actuar de esa manera, traiciona la suya. El imperialismo del otro no sólo es una amenaza para mí sino un ataque a lo que mantenemos juntos. Su violencia me hiere de dos maneras, por mí y por él. Me avergüenzo por mí y por él. Al defenderme de él, al interpellarlo, apelo a la humanidad que está traicionando en él (y recíprocamente). Puede suceder incluso que la única manera de volver a hacer posible tanto la humanidad como un solo individuo sea conducir a éste ante la justicia. En un tribunal, sometido a la ley, incluso un criminal pertenece todavía a la comunidad humana. Su pena no borra la falta ni es su contrapartida pero le da tiempo al fijar un tiempo para el castigo.

¿Hay un límite a esta posibilidad dada a lo humano, un límite más allá del cual el juicio ético pierde toda pertinencia? El traumatismo de la Shoah ha sido evocado por los filósofos como “lo impensable”, el punto del mal radical. Pero, ¿el mal radical ha comenzado con este suceso terrible, o éste solamente lo ha impuesto a partir de ese momento de manera indeleble en el horizonte del pensamiento? ¿Acaso el que una pequeña de cinco años, ayer, hoy, muera en el horror de la violación y el estrangulamiento y su cuerpo desgarrado sea tirado en un vertedero no pertenece, más secretamente pero también de manera decisiva a ese “mal radical” que paraliza el pensamiento? “Que eso no vuelva a suceder” implica que “eso” siempre es posible si la vigilancia disminuye.

Ética y política

La ética requiere, entonces, el paso por la política. El respeto de la humanidad en sí y en el otro hacen necesario este rodeo. Pero así como lo político no engendra la ética, tampoco puede sustituirla. La ética es llamada en lo político tanto si éste es entendido como organización del mundo común o como lucha de una minoría para hacer reconocer sus derechos. En lo político siempre resuena la cuestión ética, ya sea la ética de la relación entre los “reducidos a minorías”¹² que se unen, ya sea la ética de las relaciones con los que los dominan y por la cual apelan a lo que en ellos no está totalmente absorbido por dominación. A la pregunta: ¿podemos apelar a la ética en un mundo no igualitario? la respuesta es: sí. Ni un mundo no igualitario ni un mundo igualitario –suponiendo que exista: sabe-

mos perfectamente que no existe, pero al menos un mundo un poco menos desigual– pueden ahorrarse la cuestión ética. “Tratar al otro como fin y no como medio” sigue teniendo sentido. El fracaso del marxismo depende de razones políticas y económicas pero también es debido al olvido de esta máxima, que condujo a querer hacer la felicidad de los varones sin ellos o a pesar de ellos, inmolando cada vez más individuos en el altar de la Historia hasta que no quedaran más y esa Historia se convirtiera en la Historia de nadie. Nada es más justo y más mortal al mismo tiempo que el *leitmotiv* del feminismo en el momento de su surgimiento: lo personal es político. Ya que si bien es verdad que la organización de las relaciones privadas es tributaria de una estructura política de dominación, en la forma de la familia llamada “patriarcal” o en el dispositivo de las relaciones intersexuadas, la lucha de liberación consiste precisamente en devolver lo privado a sí mismo, en dejar los lazos entre individuos particulares a su libre negociación, no en regirlos por otra ley que sería supuestamente la buena de una vez por todas y para todas las personas.

¿Una ética sexualizada?

La persona que se pronuncia sobre la ética y reflexiona sobre ella lo hace necesariamente a partir de una experiencia situada en el tiempo y el espacio. Aunque los principios éticos sean “universales”, su comentario se elabora en un contexto siempre determinado. Abordar la cuestión ética a partir de una experiencia de mujer conduce sin duda a explicitarla de manera diferente de como lo haría un varón. Así, la ética de la alteridad y de la alteración que desarrolló un pensador como Levinas, aunque tiene sentido para todos y todas, resuena, sin embargo, el insistir en la receptividad y la vulnerabilidad, como una llamada de atención contra la tentación hegemónica del sujeto viril –y Levinas no lo disimula–.¹³ Quizá el apelar a la ética de uno mismo como condición de la ética del otro que he tratado de esbozar aquí resuena más fuerte en el espacio de las mujeres, a quienes no les falta tanto la porosidad como el sentido de los límites, a quienes no les falta tanto lo abierto como la capacidad de la separación, a quienes no les falta tanto el amor como el respeto (incluido el de sí mismas) de manera que a veces se consideran nada y a veces todo, mientras que la pluralidad implica la medida de aquello de que ningún ser es nada o todo. Una ética del *borderline* es una ética del límite, de un límite que separa, pero que separa reparando (según una bella expresión de Derrida) y condiciona el acercamiento. ¿No es acaso lo que Virginia Woolf llamaba “un cuarto propio” en una fórmula que, en general, ha sido comentada políticamente, como reivindicación de un derecho pero que puede y debe serlo, en primer lugar, éticamente, como trabajo de medirse a sí mismo y al otro, trabajo de medida que busca asegurar a cada una su propio espacio sin absorción del otro o por el otro, sea éste varón o mujer? Proponer no es imponer. Alimentar no es

atiborrar. Desde este punto de vista, la ley materna puede ser tan oprimiente como la ley paterna, ya que cada una de ellas consiste a su manera en hacer el bien al otro a pesar de él y sin dejarle el tiempo y el espacio para formular su petición. Acercarse es permitir que se aleje y la distancia es condición de la presencia. La preocupación por uno mismo es correlativa a la preocupación por el otro. El diálogo es ese espacio en que, como dice Levinas, se entra en relación “permaneciendo como absoluto en la relación”, y permanecer como absoluto en la relación no es solamente una posición ontológica; es también una tarea para las mujeres.

Si hay que asumir de nuevo las categorías del *caring* y de la *nurturance* para pensarlas de nuevo, es necesario hacerlo en el sentido en que podrían ser interpretadas a la luz del “velar por”, del “dejar crecer”, es decir, de un cuidado o una preocupación, o si se prefiere una solicitud lo bastante distraída como para que su objeto pueda sustraerse a ella o apartarse, y de un alimentar tal que el alimentado tenga tiempo de descubrir sus apetitos. Sólo se puede cuidar aquello que escapa.

La ética del diálogo instaaura con un acto soberano la igualdad en la desigualdad o en la asimetría de las posiciones socialmente determinadas. Instaaura la igualdad sin poder, sin embargo, fundarla: poderosa, impotente. Llama a ser al otro sin dictarle las propias condiciones, aunque el otro pertenezca a una generación distinta.¹⁴ En la ética “el ojo escucha” en vez de mirar. La ética pronuncia *Volo ut sis* en el *Volo esse*. La ética es, en el deseo, la discreción infinita del deseo, su ejercicio y su suspensión, un arte de acróbata. La ética es cortesía en toda *polis*.

Notas

¹ “duels et en termes de duel”, en el original (*N. de las T.*).

² Sobre el tema del nacer como algo dado y como fuente de iniciativa, remito a algunos de mis artículos: “N’etre”, en *Ontologie et politique*, París, DeuxTemps-Tierce, 1989; “Pluralité. Différence. Identité”, en *Deux sexes c’est un monde*, Lausana, Présence, 1991; “Agir et donné”, en *Hannah Arendt*, Annales de Philosophie de l’Université de Bruxelles, París, Vrin, 1992 (en prensa).

³ Martha Nussbaum: *The Fragility of Goodness. Luck and Ethics in Greek Tragedy and Philosophy*. Cambridge University Press, 1986.

⁴ “l’une ne va pas sans l’autre”, en el original (*N. de las T.*).

⁵ Estas observaciones no constituyen una crítica de la ecología sino que cuestionan la afirmación de un lazo espontáneo y, de alguna manera, natural de las mujeres con la misma.

⁶ “l’autre ne va pas sans l’une”, en el original (*N. de las T.*).

⁷ Jean Frimshaw: *Philosophy and Feminist Thinking*, Univ. of Minnesota Press, 1986. La autora analiza las diferentes formas de las éticas liberales y las éticas del *caring* en el horizonte anglosajón.

⁸ El diálogo es un motivo central de la ética en

Levinas, o de lo político en Arendt. Ver, entre otros: Hannah Arendt, *The Human Condition*, 1956; Emmanuel Levinas, *Totalité et infini*, La Haya, M. Nijhoff, 1961.

⁹ “Son ‘chez soi’”, en el original (*N. de las T.*)

¹⁰ “d’autres ‘chez soi’”, en el original (*N. de las T.*)

¹¹ “Il arrive que démenager...soit la meilleure forme de ménage...”, juego de palabras intraducible en castellano (*N. de las T.*)

¹² “les ‘minorisés’”, en el original (*N. de las T.*)

¹³ Como lo ha subrayado Jacques Derrida.

¹⁴ Cf. mi artículo “Un héritage sans testament”, en *Les jeunes, la transmission*, París, Tierce, 1986 (*Les Cahiers du Grif*, 34).

Traducción: Celia Amorós y Alicia H. Puleo

ACTO RECORDATORIO DEL 108º ANIVERSARIO DEL
NACIMIENTO DE LA DRA. ALICIA MOREAU DE JUSTO

Fundación Alicia Moreau de Justo

premios año 1993

TETE COUSTAROT

por su trayectoria de trabajo,
en que siempre recordó a las mujeres

LORENZA FERREIRA

por su dedicación y amor a los niños

HERMANA MARTHA PELLONI

por su valerosa búsqueda de la verdad
y la justicia

DOSSIER: MUJERES, POLÍTICA, PODER

DESVELO EN EL QUEHACER político

ANA SAMPAOLESÍ

En familia, las charlas inocentes suelen despertar incendios, furoros dentro del espíritu y hasta alguna reflexión poco atinada si se tiene en cuenta que en ese momento, quizá, una se proponía sólo cocinar o dejar vagar por allí los pensamientos.

—Mamá, ¿qué quiere decir abnegación?

La pregunta viene de mi hija, dieciocho años ella, universitaria desde hace pocos meses y sobre todo perseverante en su costumbre de aprovecharse de mis presuntos conocimientos. Una vez más caigo en la trampa y empiezo a pensar por ella. Mejor dicho asocio, y en mi cabeza aparecen frases como “mujeres abnegadas”, “madres abnegadas”, e imágenes como la de cierta enfermera, nunca vista por mí y sin embargo presentida, que se inclina para curar las llagas de una persona enferma de hospital. O la de la Madre Teresa de Calcuta, menuda y envuelta en un manto interminable, mientras acaricia niños desnutridos en medio de gente adulta igualmente desnutrida a la que ayuda con diligencia de madre. Hasta las Damas Mendocinas llegan a mi mente, aquellas vestidas con abultados miriñaques que aparecían blandiendo cadenas de oro destinadas a costear la gesta del gran capitán. Y mi abuela, mis tías, mi madre, que con tantas otras hubieran podido inaugurar un frente de abnegadas desconocidas, y esto dicho sin exagerar. Como sigue la avalancha de mujeres intento explorar otras vertientes. Nada. No puedo encontrar imágenes. Quiero decir imágenes viriles que acompañen el tránsito a la definición. ¿Serán las “anteojeras feministas”? Me ruboriza la idea de manejar con prejuicios y, en el afán de mantener limpia mi conciencia, busco un territorio acaso más neutral. Voy al diccionario: “Abnegación. Sacrificio que uno hace de su voluntad, de sus afectos o de sus intereses en servicio de Dios o para bien del prójimo”.

Ya lo sabía yo, me digo. Allí nadie nos disputaría los lugares de modo que se hace innecesario sancionar la Ley de Cupo. Ese espacio es todo nuestro. O casi, digamos, si nos queremos dejar ganar por la generosidad. ¿Acaso no pretenden que es un atributo de la naturaleza femenina, algo así como una parte constitutiva de nuestra identidad? Personalmente, yo lo pienso más bien como una especie de callo que a través del tiempo nos creció en el alma y a esta altura parece tener existencia universal. Y me pregunto cómo habrá de manifestarse el “callo” cuando, vía ley de cuotas, nos llegue el momento de ocupar nuevos lugares. ¿Nos lanzaremos, coherentes con la famosa identidad, a sacrificarnos nuevamente por las otras personas a través de la renuncia a los propios intereses y la domesticación de nuestra

voluntad? ¿O a lo mejor podremos cercenarlo, recortarlo un poco para definir cuáles pueden ser a estas alturas los intereses verdaderos? Según ciertos discursos, parece que lo nuestro consiste no sólo en llegar sino en mostrarnos ejemplares. Es decir, que no se trata en el fondo de distribuir más equitativamente el poder sino de una especie de cruzada en la que nos cabe la responsabilidad de sostén y demostración de cualidades humanas ignoradas por la sociedad general. Nos requieren, entonces, desde un carácter misional.

La propuesta puede ser tan peligrosamente incitadora que quizá convenga analizar el sentido profundo de la demanda. E intentar una reflexión acerca de la construcción de identidad política en relación a lo que verdaderamente en política importa, como lo es el poder de decisión. Claro que, previamente, quizá debamos abordar una vez más el viejo tema, el que nos pesa allí desde siempre y aparece desde siempre envuelto en la ambigüedad. Las mujeres, ¿queremos o no queremos el poder? Y si lo queremos, ¿por qué no podemos sostener manifiestamente este deseo?

I. El deseo expresado, verbalizado, ¿es ése el deseo verdadero?

“El poder político es malo. Es terrible. Da miedo. Corrompe. Es capaz de anular la voluntad. Es opresor. Nosotras no queremos tener nada que ver con ese poder. Queremos transformar eso en otra cosa. Queremos gravitar sobre la realidad pero... ¿Si nos interesa el poder político? No”.

Así dio comienzo hace unos meses un seminario sobre Poder y Negociación solicitado por una dirigente partidaria y destinado a quince dirigentes intermedias. Esas fueron las respuestas que surgieron cuando, durante la primera reunión, se les pidió que intentaran definir el poder y cómo se percibían a sí mismas en relación a su ejercicio. El seminario, de título en verdad sugerente, fue pedido así, casi “a medida” y con la consigna de centrarse en tales temas no sólo para su indagación teórica sino con un objeto de aprendizaje de cierta tecnología valorizada como herramienta política acorde al desempeño en los lugares de decisión.

¿Cómo no sorprenderse frente a la reaparición de un discurso que insiste en el rechazo del deseo de poder político, cuando proviene de mujeres dirigentes o cuadros intermedios que aspiran a conducir?

Eva Giberti, en el prólogo del libro de Jutta Marx sobre *Mujeres y partidos políticos*, señala este hecho llamativo surgido también en la investigación. Y en torno a él reflexiona: “¿Cómo puede entenderse que una investigación referida a un partido político que pretende ser gobierno, encuentre militantes (dirigentes algunas) que se planteen si el poder les interesa o no?”. Y agrega: “Acerca del poder, ¿dirán

'la verdad' quienes fueron entrevistadas? ¿No habrá algo de pose en ellas?... ¿No será que se espera que digan esto?... ¿No estarán reproduciendo el discurso asignado para ellas por el varón?". Importantísimo el punto que señala Giberti.

Personalmente, me llevó a centrar la atención en esta situación paradójica y a pensarla desde ciertas experiencias emergentes de los seminarios mismos. En este sentido, el carácter ambiguo de la relación de las mujeres con el poder puede allí percibirse a partir de la existencia de dos discursos, simultáneos y contradictorios. Por un lado, el discurso del deseo expresado, de "no tener nada que ver con ese poder", enunciación sempiterna que además obliga a quedarse "al margen", independientemente de las menores o mayores presiones formales propias de la lucha política. Por otro lado el discurso implícito, que puede dar significado a ciertas actividades revestidas hasta ahora de una aparente inocencia. Tales actividades son la totalidad de seminarios en marcha sobre temas como "Negociación y Poder", "Toma de decisiones", "Liderazgos", "Planificación estratégica", etc., que apuntan al aprendizaje de cierta tecnología, de determinados instrumentos específicamente aptos para la acción. ¿Para qué tipo de acciones? Para las que se desarrollan en espacios tan diversos como las organizaciones políticas, empresariales y militares, que son los espacios donde más claramente se juega el poder.

¿Por qué querrían tantas mujeres apropiarse de esos instrumentos si no existiera en ellas voluntad de poder? La decisión de apropiación instrumental de técnicas destinadas a desenvolverse eficazmente en espacios en que se lucha por el poder ya existente, independientemente de los buenos propósitos para la transformación y humanización de los modos con que ese poder opera.

¿Qué hace que las mujeres renieguen de este deseo de poder, lo inhiban, no puedan explicitarlo y permanezcan embretadas en una situación ambigua que, como tal, paraliza las acciones e impide el diseño de estrategias tendientes al logro de sus objetivos. ¿No será que se espera que en las mujeres no exista tal deseo? ¿No será que los varones esperan eso? ¿Y no será que las propias mujeres también lo esperan, en tanto existe un sistema simbólico que pareciera señalarnos que estamos libres del deseo de apropiación, del impulso de apoderamiento? Deseo incompatible, además, con principios éticos configurados a partir de ciertas conceptualizaciones que lo demonizan, que lo invisten de representaciones y afectos en relación a los cuales las mujeres han construido su propia prohibición. Lo bueno y lo malo—"ser buenas" o "ser malas"—estarían entonces aquí en juego ante la eventualidad de reconocerse en los deseos. Deseos que, a la manera de las pasiones oscuras, encuentran en las mujeres sus instancias de represión.

Sin embargo, aún reprimido, el deseo de poder late en muchas mujeres y se expresa a su manera, como muestra el ejemplo de los seminarios con

títulos que resuenan, que despiertan adhesiones inmediatas, que crean excitación. ¿Será posible hacer explícito el deseo subyacente?

La aceptación implica riesgos. Porque, en un sentido, el reconocimiento del deseo de poder pondría en crisis la así llamada "identidad femenina", configurada por la presunta presencia de ciertos atributos y la presunta ausencia de otros, adjudicados a los varones en tanto usufructuarios del sistema patriarcal. Crisis que hiere no sólo la circunstancia de cómo nos ven sino de cómo las mujeres nos contemplamos. Crisis que, en todo caso, llevaría no sólo a la posible ruptura de la idealización que nos llega desde el otro sino a la caída de la idealización sostenida por nosotras mismas.

Quizá, surgirían preguntas inquietantes. Si ya no somos aquéllas que creíamos que éramos, ¿quiénes somos? ¿Cómo somos? ¿Y cómo seremos, una vez caído el mito de la ausencia en las mujeres de deseos y pasiones que hasta hoy creíamos ajenos?

II. La construcción de identidad política

Solemos pensar la identidad como el conjunto de ideas relativamente estables y relativamente homogéneas que tenemos de nuestros propios atributos. En relación a la identidad política global de las mujeres, sería esa zona de intersección en que, de alguna manera, todas estamos más o menos de acuerdo en cuanto a grandes objetivos y así lo explicitamos. Sin embargo, para que la identidad política sea "visible" debe manifestarse en términos de acción, de actuaciones valorizadas públicamente como acciones políticas. La identidad es así actuada, puesta en escena. Y genera determinada imagen a partir de la cual habrán de esperarse acciones y conductas acordes con tal identidad. Si las mujeres nos manifestamos desdibujadamente, si tenemos una cultura política exclusivamente defensiva o de queja, si actuamos en base a la renuncia o al miedo en relación al ejercicio del poder político, si entregamos "abnegadamente" nuestro trabajo militante a la manera en que se actúa en las instituciones benéficas, esa habrá de ser en política nuestra identidad. Y tal la imagen pública que habremos de irradiar. En base a ella serán configuradas las expectativas de los medios político-sociales y las demandas que se produzcan en relación a los roles que nos correspondan supuestamente desempeñar en el ámbito.

Norberto Chávez, investigador especializado en identidad organizacional, sostiene que la identidad y la imagen públicas tienen un peso tal, una tenacidad y una inercia que condicionan cualquier planificación o diseño de estrategia. Identidad e imagen serían dos dimensiones de todo proyecto que incluya metas estratégicas a desarrollar en el tiempo. Y añade que tal identidad pública puede ser—lo es así en las organizaciones—producto de pactos, de acuerdos que hacen posible llevar adelante acciones eficientes acordes a los objetivos que se han determinado. Es decir, coherentes con el posicionamiento que se desea alcanzar.

¿Podrían las mujeres, en base al reconocimiento de objetivos comunes de posicionamiento en los lugares de decisión, acordar y diseñar una identidad pública positiva y eficaz en el nuevo escenario político que establece la ley de cupo? ¿Podrían llegar a acuerdos que tiendan al logro de sus intereses de equiparación en el ejercicio del poder político? ¿Y podrían, sobre todo, resistirse a las solicitudes de acción mesiánica y a la incitación a hacerse cargo nuevamente del “sueño” de otra persona?

Al empezar a remontar un territorio del cual no se poseen mapas trazados, uno de los conflictos en marcha es el que se genera por la presión de fuerzas externas a las que nos veremos sometidas, inevitables por otra parte si se tiene en cuenta que lo que está en juego son lugares y ejercicios del poder. Tales presiones no serán sólo directas. Por ejemplo, ya están operando tácticas destinadas a agitar ciertos fantasmas, específicamente los vinculados a nuestra “identidad de mujeres”, a sus cualidades de positividad y a aquello que deberá ser evitado. Las demandas de desempeño altruista y ejemplificador que hoy escuchamos son parte de esas estrategias indirectas de disuasión.

III. La demanda de ejemplaridad como estrategia de neutralización

Nunca ha quedado definitivamente establecido si los comportamientos de los poderes hegemónicos para mantener tal hegemonía son producto de una planificación deliberada totalmente o si, en realidad, operan mecanismos dotados de cierta cualidad inercial que los hace responder espontáneamente a situaciones que podría afectar de algún modo los resortes de su estabilidad. Digamos que las dudas y opiniones diversas prevalecen y que, quizá, lo mejor sea pensar que en torno al mantenimiento del poder existe una mixtura donde la planificación convive con mecanismos reactivos que se generan con espontaneidad. Mecanismos demoledores por sus efectos insidiosos que, en relación a la posibilidad de acceso de las mujeres a los espacios de poder político, están ya actuando y podemos visualizar.

Un plano en que estos mecanismos actúan de manera intensa es el discursivo. En tal sentido, es allí donde se multiplican las recomendaciones y demandas de ejemplaridad virtuosa dirigidas a las mujeres. Y las reflexiones generales centradas invariablemente en el rescate de las cualidades de la femineidad y en el peligro potencial de la pérdida de sus atributos. Fantasmas como el de la masculinización y el de la menor o mayor capacidad de corrupción son, entre otros, agitados y tematizados. Apelaciones a un desempeño acorde con las bondades de la naturaleza de mujeres, capaz de generar aparentemente intervenciones salvadoras de la cultura política existentes, es la consigna que valoriza nuestra participación.

¿Cómo resistirse a semejantes solicitudes? Esa apelación suena como una invitación excitante, un intento de potenciar “lo mejor” que supuestamente

hay en las mujeres. Sin embargo, si no nos dejamos ganar por la candidez, detrás de ellas podremos percibir el mecanismo por el cual, mediante acciones incitadoras dirigidas al narcisismo femenino, actos sobre todo de adulación casi irresistible, se intenta obviar, adormecer, el sentido real de nuestro estar allí: el ocupar lugares de decisión y de poder.

En *Introducción a la estrategia* el general A. Beaufre describe ciertos mecanismos y estrategias peculiares utilizados tanto en el ámbito militar como en el campo de la lucha política. Señala que estas acciones, conocidas como “contramaniobra exterior”, son elegidas deliberadamente partiendo de las debilidades del sistema adverso –opiniones, tabús psicológicos, restricciones culturales– y consisten en realizar el mayor número posible de disuaciones basadas en el plano ideológico y de los valores. Son discursos disuasivos sostenidos en consideraciones morales y filosóficas ajenas a quienes los enuncian, y tienen por objetivo neutralizar desde el punto de vista de la acción. “[H]ay que partir de esos puntos débiles y no de nuestras consideraciones morales o filosóficas”, instruye claramente.

¿No nos resuena la descripción de estas formas de intervención? ¿No resultan fáciles de asociar con nuestro presente, en que tanta demanda de ejemplaridad aparece sostenida por personas cuya conducta pública o privada contradice los valores y comportamientos que dicen admirar? Siguiendo esta línea de razonamiento, ¿no será que esas demandas en realidad son parte de una estrategia o voluntad de neutralización y control de los efectos del acceso de las mujeres a los lugares de poder? Neutralización mediante el procedimiento de agitar fantasmas y tabúes que ya han mostrado su eficacia para mediatizarnos en la acción.

VI. Algunas reflexiones

Hasta ahora, todo es ideal en el puro ejercicio teórico de cómo habrán de ser las mujeres participando masivamente en los espacios políticos de decisión. Sólo desde una concepción esencialista pueden surgir visiones y premoniciones que prevén conductas vinculadas a una identidad estabilizada y permanente, obediente además respecto de una normativa a priori independizada de la experiencia de las acciones políticas. Las exigencias y oportunidades participativas que ofrece el nuevo escenario pueden operar como plataforma de construcción de identidad y de cultura política, y de hecho lo están haciendo. La voluntad de apropiación instrumental de cierta tecnología de la acción, por ejemplo, ya está señalando el inicio de cambios culturales vinculados a necesidades que surgen de las nuevas posibilidades de participación y al deseo de poder en las mujeres, que por ahora obra de manera subyacente. Son fundamentales estos cambios culturales pues, si mantenemos la cultura de la queja y la renuncia abnegada a los propios intereses, difícilmente podremos poner en práctica estrategias de consolidación y obtención de nuevos espacios políticos.

Los cambios de estrategias imponen sutilmente transformaciones en la cultura política que, por la misma índole de los cambios culturales y de todo lo que afectan, serán lentos y difícilmente puedan ser planificados o controlados. Surgirán de las necesidades de las acciones y de la aparición de posibilidades y ofertas participativas que requieran nuevas cualidades y capacidades para la actuación.

De ese modo habrá de configurarse la nueva identidad política de las mujeres que, como toda identidad, se mostrará en los comportamientos y no en diseños y expectativas ideales. Los cambios que en ella se operen habrán de producirse como lo hacen siempre estos cambios, subrepticia y sigilosamente, a pesar de las propuestas moralizantes que aspiran a su control ya sea desde las incitaciones del campo político o desde la preceptiva estricta de las propias mujeres.

LAS MUJERES y el poder

¿PODEMOS LAS MUJERES TRANSFORMAR EL SISTEMA DE PODER?

CECILIA LIPSZYC

El tema del poder se ha convertido para las Ciencias Sociales en uno de los análisis fundamentales. Seguramente por las tramas cada vez más complejas y distantes de las/los ciudadanos que éste asume. Desde mi postura feminista lo que me parece necesario pensar es si las mujeres podemos transformar el sistema de dominación –que consideramos injusto– del poder actual en el nivel *macro-social*. Para realizar este análisis debemos tratar de contestar dos preguntas: 1.– Podemos las mujeres –en cuanto categoría social– *solas* realizar esta transformación o debemos aliarnos con otros sectores sociales discriminados y marginados para construir en conjunto un bloque alternativo de poder que le dispute al actual la hegemonía; 2.– ¿Cómo podemos romper el concepto hegemónico neoconservador de la separación entre la sociedad política y la civil (que no es otra cosa que nuestro conocido “público y privado”) para colocar nuestras demandas legítimas socialmente en la agenda política, es decir, en el nivel macro-social?¹ Para analizar cómo nos insertamos en los procesos sociales de producción y transformación de nuestras sociedades debemos hablar del poder político.

Desde el punto de vista sociológico el poder en una sociedad es la factibilidad que posee una clase o *bloque* de clases y *grupos dominantes para imponer* (mediante múltiples mecanismos económicos, ideo-

lógicos, culturales, políticos, etc.) *sus intereses* y presentarlos ante la sociedad global como los intereses generales de esa sociedad, ya sea en nombre del bien común o de la Nación. Entonces, la pregunta fundamental es: ¿cómo la situación social de las mujeres *reproduce* y/o transforma las bases de la dominación (del poder) de la sociedad capitalista? Es decir, ¿cuáles son las relaciones sociales y las estructuras que reproducen o coadyuvan a reproducir² la formación social capitalista y cuáles son los caminos para su transformación?

Nuestro rol en la transformación ha sido gigantesco en estas tres décadas pasadas pero aún no hemos resquebrajado el sistema de poder. El movimiento feminista mundial logró visibilizar la necesidad de elaborar estrategias políticas y sociales para cambiar la situación social de las mujeres; para adquirir mediante la concientización, acción y organización, poder social y político para revertir la situación de opresión y subordinación. Ha estado *construyendo una contracultura* y formas organizativas tendientes a visibilizar en lo político nuestra problemática común de subordinación y opresión.

Para seguir avanzando en la transformación debemos visualizar cuál es la situación en el plano del poder político para estudiar cómo podemos integrarnos en la formación de un bloque alternativo de poder, en lo coyuntural y en lo estratégico.

Los partidos políticos fueron los más poderosos vertebradores de las demandas sociales totales o sectoriales de la sociedad, pero su legitimación dependía de que una vez en el ejercicio del poder estas demandas sociales fueran satisfechas. ¿Qué ha pasado con el sistema de partidos políticos? Antes de plantear cuestiones coyunturales debemos remarcar lo estructural de nuestras sociedades: *la irresoluble paradoja del capitalismo, de la tensión entre el principio democrático de igual participación de las masas y el principio económico de poder desigual y privado de adopción de decisiones. Esta paradoja es una de las causas en el debilitamiento y la sustitución gradual del papel dominante de los partidos políticos como intermediarios entre el pueblo y el poder del Estado.*³ Esta tensión irresoluble se agravó con la fenomenal crisis del capitalismo de la década del '70 y de la feroz reconversión del mismo, que se tradujo en la implantación de los modelos neoliberales.

Esto dio como resultado en el sistema de partidos políticos a lo que se denomina la crisis de representatividad. Estos, al no poder responder a las demandas sociales, forzosamente se han separado de los intereses vitales y de la identidad de las personas y convirtieron a las mismas sólo en votantes. Esta situación conlleva un proceso de burocratización y oligarquización de las dirigencias partidarias y como legitiman modelos económicos que no pueden basarse en el consenso, aparece fuertemente la corrupción como metodología de cooptación. El resultado es la marginación política de amplios sectores de la población en el capitalismo contemporáneo.

La caída tan vertiginosa de la satisfacción de las demandas sociales *conlleva una espectacular caída en la titularidad de los derechos políticos*, es decir, en la capacidad de los sectores sociales dominados para influir mediante acciones colectivas sobre las decisiones políticas de las clases dominantes, encontrándose prácticamente impotentes para contrarrestar el neoconservadorismo. Esto ha llevado –en la última década– a un proceso de “desidentificación” con las instituciones políticas tradicionales. Una de las consecuencias de este proceso es la instalación, como pensamiento hegemónico, de la idea conservadora de la separación entre la “sociedad política” y la “sociedad civil” (entendida ésta como el espacio de los “intereses particulares” frente a la primera que sería el lugar de lo “universal”, de los intereses generales). Pero ésta es una trampa conceptual que tiende a *inmovilizar* a la sociedad en el espacio de lo privado reduciendo a lo mínimo indispensable (períodos electorales) su participación en la vida política.

Esta postura neoconservadora intenta seguir manteniendo la división entre ambas esferas para fundamentar la inmunidad de las dirigencias frente a las presiones, inquietudes y acciones de las/los ciudadanas. Se basa en una permanente redefinición restrictiva de lo que debe ser considerado “político”, eliminando del temario de los gobiernos y de los partidos políticos aquello denominado como exterior a la esfera política, relegando todo el resto al espacio de la sociedad “civil” como lo “no político”.

Pero los propios actores sociales han desdibujado esta supuesta línea divisoria mediante el uso de formas no institucionales o convencionales de participación política, huelgas “salvajes”, manifestaciones y protestas (jubilados, comunidad docente, reclamos por injusticias policiales y/o judiciales, etc.). Por ello, al exterior del sistema de partidos políticos surgen grandes movimientos sociales (habría que decir que resurgen porque los movimientos sociales son anteriores a los partidos políticos) en Europa y en EE.UU. y también en América Latina (aquí más relacionados con la pobreza). De éstos, los más importantes, sin lugar a dudas, fueron el estudiantil en los finales del '60 (el mayo francés), el feminismo de la 2^{da} ola, el pacifismo, el medioambientalismo, que intentan transformar el sistema de poder imperante con diferentes niveles de éxito, pero todos lograron altos niveles de visibilidad política y social que en los '90 por la crisis de representatividad, tienen una oportunidad histórica de ser más poderosos. El movimiento social de mujeres, por su inserción social específica, tiene la posibilidad de romper el pensamiento hegemónico neoconservador si tiene la audacia política necesaria de enlazar el espacio político y el civil. Tenemos experiencia acumulada⁴ y el potencial revolucionario; nos falta aún la voluntad política de poder para implementarlo.

Veamos las posibilidades de *transformación* del sistema de poder desde las organizaciones de muje-

res en nuestro país. Para ello se debe contar con: **I.** Formulaciones teóricas o una ideología general que interpele a las mujeres.⁵ El poder de la ideología no es solamente para consolidar los sistemas de poder; también pueden ser la causa de su transformación; **II.** Traducir las formulaciones teóricas en prácticas políticas y en consecuencia en la construcción de organizaciones que las lleven a cabo; **III.** La construcción de una nueva subjetividad.

I. Formulaciones teóricas o una ideología general que interpele a las mujeres

En líneas generales, podemos decir que existe un cuerpo teórico ideológico que da cuenta de la opresión de las mujeres (en sus distintas vertientes). Creo que lo que aún falta es la visualización en el conjunto social de la *legitimidad* de nuestra postura; es decir, *convertirnos en sujetos sociales y políticos que construyan nuevas formas de legitimidad*. Aun partiendo del supuesto de que los cambios ideológicos son lentos, en este tema aún estamos en deuda. Nadie exige una versión unívoca que dé cuenta de la opresión de las mujeres por dos razones: a) por un lado, lo cual es muy saludable y enriquecedor, porque los feminismos conviven en la pluralidad y el respeto a la diversidad es asumido como una conceptualización intrínseca al movimiento (al menos en teoría); b) hay otra razón, no tan saludable, que ha retrasado el repetido concepto de la “unidad en la diversidad” y de la democracia interna: la falta de confrontación teórica entre los grupos feministas.

En el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe ya se planteaba que: “Nuestra mediación con el mundo ha de ser el ser para los otros: el amor como vía de significación. Esta manera de vincularnos las mujeres con el mundo, las feministas la hemos trasladado al quehacer de la vida política y social, al movimiento, a los grupos de mujeres. Hemos desarrollado una lógica amorosa –todas nos queremos, todas somos iguales– que no nos permite aceptar el *conflicto*. Para desmontar este entretejido es necesario acabar con esa lógica amorosa y pasar a una *relación de necesidad*”.

Estas cuestiones debilitaron nuestra lucha al exterior de los grupos autónomos y por ende *debilitaron la necesidad de la lucha por el “sentido”*, para imponer –no forzadamente– nuestros sistemas de representación en el sistema general de significaciones que organizan el universo según las necesidades materiales y simbólicas de los grupos sociales. Logramos algunos avances en la necesaria producción de consenso para ensanchar la base social de apoyo y de alianzas: tal vez sea la discriminación uno de los ejes sobre los que más se ha luchado y hemos logrado “imponer” el tema en el universo de significantes de la sociedad moderna. Pero con ello no alcanza para realizar una base social de alianzas con las mujeres y con el conjunto social popular que permita la creación de un consenso positivo y legitimador hacia nuestras demandas.⁶

Tanta insistencia en el tema de la variable género

como la variable omnicompreensiva de la subordinación de las mujeres produjo una cierta visión omniexplicativa no sólo de la vida de las mujeres sino también de la dinámica social. “La diferencia entonces se convirtió en universalidad. Ello acercó al movimiento al reduccionismo tan criticado” (G. Vargas). Este error teórico impidió que se elaborara una correcta política de alianzas con otros sectores sociales que también sufren discriminación y subordinación. *Esto nos aisló. Sacralizamos lo micro.* Por una exagerada defensa de la autonomía, por una incorrecta lectura de los mecanismos que operan en los cambios sociales, por impotencia en muchos casos y porqué no, de estrecho individualismo en defensa de los pequeños espacios conseguidos con tanto esfuerzo. *Y nos fragmentamos.* Y así hemos perdido –o no hemos ganado, que es lo mismo– visibilidad y legitimación social.⁷

II. Traducción de las formulaciones teóricas en prácticas políticas

Respecto de las prácticas y organizaciones para la construcción de un bloque alternativo de poder, las organizaciones de mujeres en nuestro país que conforman el movimiento social de mujeres son: organizaciones feministas; organizaciones sociales de mujeres; mujeres de partidos políticos y sindicatos, en general, mujeres de espacios más institucionalizados. Esa división la he hecho para fines analíticos. Pienso que los feminismos y las mujeres de partidos políticos son parte integrante y constitutiva del movimiento social de mujeres, pero si bien éste contiene a todas, tiene características diferenciales por el peso específico de las mujeres de sectores populares en el mismo.

Las que apostamos al movimiento partimos del supuesto de que la variable “género” no es la variable unívoca omniexplicativa de la situación social de las mujeres. Sostenemos que las relaciones sociales de producción son también portadoras de relaciones de género; por ello, tratamos de articular en la praxis política, clase y género y etnia, en el convencimiento de que la abolición de las jerarquías, ya sean sexuales como económicas, políticas y sociales, es sólo posible en sociedades diferentes.

La pregunta fundamental de cómo legitimar las demandas sectoriales ante el conjunto social tiene un buen ejemplo en la estrategia llevada a cabo por las mujeres de partidos políticos de diferentes países en el tema de las “cuotas”. No fue casual que en el contexto de general debilidad del sistema político las mujeres de muchos países (las socialdemócratas alemanas, en el PSOE, en el PCI, y en nuestro país mediante la ley de cupos, las luchas en Uruguay y Brasil) hayan elaborado correctas estrategias para ganar en el tema de la representación del sector.

La lucha por las cuotas tuvo en nuestro país una característica que fue esencial para ganar la partida. Una objetiva lectura de la debilidad en la correlación de fuerzas y por consiguiente, una correcta elaboración en la política de alianzas y concepción

unitaria entre las mujeres de todos los partidos políticos⁸ y con los espacios en el Estado: el Consejo Nacional de la Mujer.

Lo que se intenta conseguir con las cuotas no es poco: por un lado, se intenta profundizar la democracia global, lo que es mucho en este momento de marginación creciente, al tratar de garantizar la representación de más de la mitad de la población; por otro, abre el camino para la imprescindible democratización interna de los partidos políticos, que es uno de los requisitos esenciales para salir de la crisis actual. Nosotras estamos esperanzadas que si muchas mujeres, no tres o cuatro, llegan a ciertos lugares de decisión en la política, lograremos modificaciones en las prácticas actuales. No porque somos mejores, sino porque las mujeres tenemos en lo social una inserción diferencial y en lo político estamos al costado de los mecanismos clientelísticos de los partidos políticos, por ello tenderían a dar respuesta, desde la esfera política, a las demandas sociales. pero para ello es necesario que estén presionadas y apoyadas por el movimiento. claro que eso dependerá del peso que logre adquirir el movimiento social de mujeres, para impedir la cooptación y para vigorizar su independencia del sistema político vigente y de la disciplina partidaria. Pero si el movimiento no es importante tampoco habrá muchas mujeres representantes con conciencia de género.⁹

III. La construcción de una nueva subjetividad

Es imprescindible que el movimiento de mujeres resuelva esta cuestión. Estoy convencida de que si las mujeres no tomamos conciencia de este problema, será casi imposible la transformación de la estructura de poder.

La reproducción de cualquier organización social implica una correspondencia básica entre sometimiento y cualificación (en términos de Therborn). Los individuos que han sido sometidos a una particular modelación de sus capacidades, a una disciplina concreta, quedan calificados para determinados papeles, y son capaces de llevarlos a cabo. Obviamente, la construcción social del sistema sexo-género entra dentro de esta definición. Pero el cambio de la subjetividad es posible; sin la aceptación de este supuesto, no tiene sentido ningún planteo. Los seres humanos son el blanco de interpretaciones ideológicas en conflicto o en competencia, pero el receptor no es necesariamente coherente en sus recepciones, en sus acciones de respuesta y en sus interpelaciones. La estructura psíquica que subyace a nuestras subjetividades no es monolítica sino que se parece más a un campo de fuerzas en conflicto. Y aún más importante que esto es el hecho de que la *formación o reforma ideológica de las subjetividades es un proceso social.*

Los cambios entre la conformidad y las rupturas o las revueltas son procesos colectivos, no sólo acciones individuales. Estos procesos colectivos están íntimamente relacionados con la dinámica

colectiva de poder y contrapoder. Las mujeres debemos tender a romper la ideología autoritaria, la competencia destructiva, cupular, antidemocrática de nuestra sociedad y de nuestros partidos políticos y lograr una metodología de reemplazo basada en la solidaridad y el respeto a las diferencias. Si no lo logramos, sólo conseguiremos que algunas personas del sexo femenino estén en ciertos lugares de decisión, pero sólo para repetir especularmente y al infinito los mecanismos y dispositivos sociales que sólo abonan a la reproducción de un orden social injusto y antidemocrático. Sólo serán una fachada “más moderna” para los mismos fines. Y perdemos así la posibilidad de la legitimación social de nuestras demandas. Debemos lograr romper el círculo perverso de la ideología del individuo dominado que internaliza las prácticas y modelos del dominador. El problema es cómo lograrlo. Algunas prácticas se realizan, pero son insuficientes. Por ejemplo, la práctica de la horizontalidad ha sido una metodología correcta en la búsqueda de formas de relación no jerárquicas imprescindible para el ejercicio de la democracia interna, requisito necesario para la concreción del respeto a las diferencias y a la libre expresión de las personas, pero sobre todo para tratar de borrar las huellas de las jerarquías¹⁰ en nuestra subjetividad. Sin embargo, debemos seguir avanzando en encontrar una horizontalidad con mayores responsabilidades en los roles grupales de cada una de las personas. Muchas veces la horizontalidad oculta la inactividad de compañeras que redundan negativamente en el conjunto. Otras veces oculta *temor a delegar* en otras mujeres las representaciones.

Este temor no es infundado, por varias razones: la experiencia que todas tenemos del manipuleo que aparece inmediatamente en el ejercicio del “poder”, por mínimo que éste sea en la sociedad global; la experiencia de los que sucede con las pocas mujeres que han accedido a algún espacio de poder dentro del aparato del Estado o de toma de decisiones, ya sea en lo político, en lo académico, etc., las cuales – mayoritariamente – han repetido especularmente las metodologías jerárquicas y cupulares en las que han sido formadas. Frente a este panorama se están desarrollando nuevas metodologías (por ejemplo, coordinaciones rotativas) que posibilitan mejores formas de relación entre las mujeres que apuntan a cambiar las huellas patriarcales en la subjetividad.

El objetivo sigue siendo la construcción de un gran movimiento social de mujeres que pueda, junto con los demás actores sociales colectivos del espacio popular, conformar un bloque alternativo de poder para construir un nuevo humanismo sin jerarquías ni desigualdades para las mujeres y para todas las personas.

Notas

¹ Desde ya mi respuesta es la segunda opción, con la condición de que el movimiento de mujeres logre peso y visibilidad política.

² En cuanto a la reproducción, para el así llamado feminismo socialista los roles socialmente asignados a

las mujeres en el capitalismo se relacionan con el capital en forma indirecta, aumentando la masa general de plusvalía, pero además mantiene una relación directa con la reproducción social, es decir, con la estructura subyacente y articulante del sistema de poder. Ver. C. Lipszyc, “Desprivatizando lo privado”, en prensa.

³ La declinación de los Parlamentos –el lugar del pueblo– en el capitalismo actual es un claro ejemplo de ello.

⁴ “Lo personal es político” como la consigna del feminismo justamente condensó nuestra voluntad de romper el cerco de lo “privado” de la sociedad civil para llevarlo a la esfera de lo público-político.

⁵ Respecto de una ideología que interpele en primera instancia a las mujeres o al menos a la mayoría de ellas, debemos aclarar que cuando nos referimos al término interpelar queremos significar (siguiendo a Althouser y Therborn) que la ideología no es recibida como algo externo a la persona interpelada sino que “convoca” y “resuena” en la misma.

⁶ Las ideologías –y los feminismos lo son– tienen por función constituir a los individuos concretos en sujetos políticos y sociales. Nosotras no lo hemos logrado aún.

⁷ Un ejemplo realmente dramático de nuestra fragmentación y de la incapacidad teórica para realizar alianzas es la participación a título individual en las manifestaciones sociales argentinas como la desarrollada en 10/III/93 en defensa de la situación de los jubilados. No diré que estábamos todas las feministas, pero sí éramos bastantes (como en tantos otros hechos políticos) pero invisibles. No teníamos un sólo cartel que nos identificara y que visibilizara nuestra presencia en la solidaridad con otros sectores sociales. Perdimos así legitimación social.

⁸ Un ejemplo de ellas es la formación de la Red de Feministas Políticas en Bs. Aires, Río Negro, y varias multipartidarias de mujeres en diferentes provincias.

⁹ Este enfoque teórico es compartido por muchas feminista en la Argentina. Un grupo muy numeroso de organizaciones de Mendoza, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Entre Ríos, la Provincia de Buenos Aires y Capital Federal hemos formado luego de dos años de discusión la “Corriente Autónoma de Mujeres 8 de Marzo”, uno de cuyos objetivos es lograr la visibilidad política del movimiento social de mujeres para lo cual se están instrumentando políticas de alianzas con otros sectores que componen el movimiento justamente para concluir en la formación de un bloque alternativo de poder con otros sectores del campo popular.

Aquí me surgen unas preguntas: ¿será suficiente mujeres con conciencia de género para legitimar ante el conjunto social las demandas de las diferentes mujeres en estos momentos de espectacular crisis para los sectores populares? ¿basta sólo con las demandas de representación del sector?

¹⁰ Debo aclarar que cuando tratamos que las relaciones sociales no sean jerárquicas no nos referimos a borrar las necesarias divisiones de roles, sino las relaciones asimétricas de poder.

Bibliografía

- Artaos, A. *Los orígenes de la opresión de la mujer*. Fontamara, Barcelona, 1979.
 Gruner, E. *El menemato*. Letra Buena, Bs As, 1991.
 Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile*. FLACSO, Santiago, 1985.
 Lipszyc, C. “Desprivatizando lo privado”, Buenos Aires, en prensa.
 Therborn, G. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Siglo XXI, Madrid, 1982.
 Vargas, G. “El movimiento feminista latinoamericano, entre la esperanza y el desencanto”.
 Documentos: “El feminismo de los ‘90, desafíos y propuestas” (elaboración colectiva. V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe); “Del amor a la necesidad” (elaboración colectiva IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe).

ELECCIONES INTERNAS bajo el cupo: la PRIMERA aplicación de la Ley de CUOTAS EN LA CAPITAL FEDERAL

JUTTA MARX y ANA SAMPAOLES

Después de la sanción de la Ley de Cuotas (Ley 24.012) en noviembre de 1991 y su posterior reglamentación (Decreto 379/93) se realizaron este año las primeras elecciones internas bajo este nuevo régimen. La sanción de esta norma es el resultado de la movilización de las mujeres que comprendieron, en base a experiencias comunes, que su masiva y activa presencia en el ámbito político no era condición suficiente para superar su histórica marginación en esta área y que, para lograr una participación significativa en los niveles de representación y decisión de la política institucional, necesitaban juntar sus fuerzas para poder impulsar la introducción de medidas especiales destinadas a contrarrestar la hegemonía existente en estos ámbitos. Con este motivo generaron redes de alianzas y acuerdos que superaron los límites partidarios, y encontraron una situación política gubernamental favorable en la que encuadrarse, factores que cuajaron dando como resultado la normativa que determina, a nivel nacional, que de ahora en adelante “las listas que se presentan deberán tener mujeres en un mínimo de 30% de los candidatos a los cargos a elegir y en proporciones con posibilidad de resultar electas”, según la Ley de Cuotas.

En este trabajo queremos analizar los alcances y límites que tuvo esta ley en el momento específico de las elecciones internas del corriente año, concentrándonos en los factores que, según nuestro entender, son de especial importancia para el desarrollo de estrategias capaces de responder a las exigencias del nuevo escenario político. Nos basaremos en entrevistas que realizamos en junio de este año a dirigentes políticas, peronistas y radicales, de la Capital Federal. De las 7 mujeres entrevistadas 4 ocuparon lugares importantes en las listas de las precandidaturas y 3 aparecieron como posibles precandidatas aunque no se concretó su nominación.

¿Por qué razones llegaron o no llegaron a ocupar lugares en las listas de las precandidaturas? Todas las entrevistadas respondieron que fue importante el apoyo del aparato del partido o de la agrupación interna, la inserción en su estructura, haber ocupado cargos anteriormente o ser una personalidad públicamente visible y reconocida. En un caso influyó además el hecho de que la dirigente era menos conflictiva que sus pares masculinos y su candidatura sirvió para “serenar un poco las aguas” entre los competidores varones. Si bien las entrevistadas dijeron contar con el apoyo de las mujeres, en esta ocasión dicho apoyo no influyó de manera decisiva en las postulaciones. También expresaron que el hecho de haber acumulado fuerzas primordialmente entre mujeres no dio un resultado exitoso en estas elecciones.

¿Cuáles fueron sus estrategias para llegar a la candidatura? Las respuestas vienen de dos ángulos: **1.- Estrategias grupales de las mujeres:** las entrevistadas coinciden en que las mujeres se concentraron en esta ocasión en la lucha por el cumplimiento de la cuota. Por esta razón no hubo fuerza ni tiempo suficiente para generar un debate amplio entre militantes y dirigentes, lo cual hubiera posibilitado un consenso y el desarrollo de estrategias consistentes para postular y dar apoyo organizado a candidaturas concretas. Sólo entre un sector del peronismo existió un intento de formar alianzas entre varias líneas para logra la designación de precandidatas elegidas por mujeres, pero este intento fracasó. En el radicalismo se trató que en cada línea las mujeres logran nombrar sus propias candidatas, las que luego contarían con el apoyo de las demás. **2.- Estrategias individuales:** de las cuatro entrevistadas que llegaron a ocupar lugares en las listas, sólo una desarrolló deliberadamente una estrategia que consistió en trabajar en ámbitos mixtos y simultáneamente crear consenso entre las mujeres. Dos señalaron que la oferta de la candidatura les llegó por sorpresa, pues no estaba dentro de sus aspiraciones personales, y la aceptaron por un acto de responsabilidad ante las mujeres. Una, si bien indicó no haber planificado conscientemente su precandidatura, dijo haber tratado “no dar este paso al costado, sino seguir peleando e ir accediendo a los espacios de decisión”. De las entrevistadas que no accedieron a las listas sólo una desarrolló deliberadamente una estrategia, y la basó en su trabajo realizado con mujeres.

¿Qué influencia tuvieron las mujeres en la negociación de las listas? ¿Piensan que sería importante que en el futuro las mujeres participen con mayor peso en la negociación de las listas? Si bien todas las entrevistadas opinaron que la participación de las mujeres en la negociación sería importante, coincidieron en que esta vez no pudieron gravitar en este proceso como hubieran querido. Algunas pocas lograron formar parte de la negociación formal, pero no llegaron a participar en el tramo informal de la negociación. Señalaron que fueron los varones quienes tuvieron la última palabra acerca de qué mujeres se incorporaban a las listas y adjudicaron este hecho a la “falta de conciencia de las mujeres acerca de la necesidad de apoyarse mutuamente” como también a su falta de práctica en el campo de la negociación. “Las mujeres están más acostumbradas a reclamar que a negociar”, indicaron algunas.

¿Piensan que las dirigentes deben contar especialmente con el apoyo de la militancia femenina? En el tema de la relación entre mujeres dirigentes y militantes, las entrevistadas pusieron especial atención en la necesidad de evitar en lo posible la habitual división entre estas dos instancias participativas. Esta necesidad se fundamentó

en dos razones centrales: por un lado, por la actual posición de debilidad de las mujeres, y por el otro, por el propósito de cambiar las reglas de la política. En este contexto se señaló que las mujeres, favorecidas por la Ley de Cuotas, se encuentran en una etapa de redefinición. Está en juego la construcción de liderazgos femeninos, que en el presente existen –según la mayoría de las entrevistadas– sólo muy escasamente. También la construcción de nuevas modalidades de acción política de las mujeres y la generación de medidas y mecanismos que faciliten la interrelación y el compromiso entre militantes, líderes y población.

¿Qué estrategias desarrollan para las elecciones del '95?

A partir de estas valorizaciones todas las entrevistadas evaluaron de gran importancia el desarrollo de estrategias consensuadas entre mujeres que les permitirían aumentar su poder como grupo y gravitar en mayor medida tanto en la confección de las listas como en el diseño y la decisión de los proyectos políticos. La planificación, organización y capacitación fueron señaladas como factores determinantes en este proceso. En lo que se refiere a la temática de las alianzas y pactos apareció la necesidad de desarrollar estrategias: **1.–** Entre las dirigentes que ocupan y ocuparán cargos: las alianzas en este nivel posibilitarían introducir en la agenda política demandas que, debido a la posición de debilidad de las mujeres en los niveles de decisión, fueron tradicionalmente excluidas. La puesta en práctica de estrategias comunes en torno a temas específicos demostraría la capacidad de las mujeres de actuar en la política más allá de los intereses partidarios lo que les otorgaría, además, visibilidad pública y una imagen distintiva en relación a la práctica vigente. **2.–** Entre dirigentes y militantes femeninas: en este contexto apareció como elemento primordial la adjudicación y asunción de roles entre mujeres, tal como desarrolló una entrevistada: “Las mujeres [necesitan] explicitar cada una en función de sus contextos y realidades y fuerzas propias o de sus grupos de base, a qué lugares aspiran, discutir en el grupo, evaluar qué es posible de todo eso e intentar mecanismos de cooperación y de apoyo recíproco”. En base a esta explicitación, indicó otra entrevistada, sería preciso que las mujeres eligieran entre ellas a “la mejor”, “a la que más expresa a todas, la que también tiene más posicionamiento en la opinión pública” y “montar sobre esta posición una campaña”. El desarrollo de mecanismos transparentes de elección, basados en el reconocimiento de las diferencias, resulta importante para la formación de alianzas, especialmente si se toma en cuenta que el cupo generó el fenómeno de que “todas querían ser candidatas a todo”, como señalaron algunas entrevistadas. Esta modalidad ayudaría, además, a establecer un compromiso de las dirigentes hacia la militancia, pues les demostraría “que representan a todas las que quedaron del otro lado” y que se espera que utilicen el poder

delegado en ellas para abrir espacios para otras mujeres. **3.–** Si bien la mayoría de las entrevistadas se expresó favorablemente en relación a la formación de alianzas interpartidarias, se señaló también la dificultad de ponerlas en práctica. En un caso se indicó que aunque los pactos entre mujeres de los diferentes partidos llevarían a una mayor visibilidad externa de la acción política, podrían también complicar la negociación interna de cada partido. **4.–** Que la acción política de las mujeres sea públicamente visible fue señalado como otro factor de importancia en la acumulación de poder y en la construcción de liderazgos. Como medidas destinadas a lograr más presencia en la opinión pública se mencionaron estrategias basadas en la adopción por parte de las mujeres de las nuevas técnicas de comunicación social y del marketing político, la necesidad de iniciar una reflexión más consistente “hacia afuera” de “meterse en el hecho social” como lo formuló una entrevistada, y no concentrarse sólo en la lucha interna de los aparatos partidarios. **5.–** Todas las entrevistadas percibieron un clima favorable en la sociedad respecto al actuar político de las mujeres, pero también se señaló la necesidad de investigar más a fondo las demandas de las mujeres y de la población en general y cuáles son las expectativas específicas que tienen sobre ellas para poder diseñar proyectos políticos que permitan “vincularse con los distintos sectores de la sociedad”. Esto resultaría también elemental en la generación de recursos y apoyos económicos necesarios para la realización de los proyectos políticos, proceso que dependerá, en gran medida, de la capacidad que tengan para responder a intereses de mujeres de los diversos sectores sociales.

Conclusiones: la Ley de Cuotas como base para la construcción de poder

Las mujeres pueden realizar su poder potencial a través de sus alianzas y pactos; esto quedó probado con la sanción de la Ley de Cuotas.

A partir de la implementación de esta norma contarán con lugares propios desde donde podrán acumular poder político. Si bien existe hoy una realidad más favorable para las mujeres, no hay que perder de vista que, como se desprende de las entrevistas recién mencionadas, su posición en las relaciones de poder en el presente sigue siendo endeble. Vale decir, si bien las mujeres lograron imponer su presencia en mayor número en las listas electorales, no consiguieron participar en forma significativa en la conformación de dichas listas.

Esta situación se comprende desde el análisis del momento político por el que atraviesan, ya que hasta ahora su interés estuvo fijado en lograr la Ley de Cuotas primero, y en garantizar su cumplimiento después. De ahora en adelante las mujeres se encuentran ante el desafío de transformar la potencialidad que ofrece dicha ley, en actos concretos que les permitan su plena participación en los niveles de decisión y la introducción de contenidos y modalida-

des propios en estos ámbitos. Las alianzas y pactos explícitos que se puedan generar entre mujeres que actúan en los diversos niveles de los partidos políticos y en los movimientos de mujeres serán de especial importancia en este proceso.

En este contexto, merece un análisis particular el hecho de que para muchas mujeres existe la situación del doble compromiso que sostienen, por un lado, con sus respectivos partidos y agrupaciones internas en tanto representan proyectos políticos y orientaciones ideológicas globales, y por otro, con las reivindicaciones particulares de género. Esta doble exigencia frecuentemente es vivenciada como lealtades difíciles de articular o como lealtades disociadas. Superar las contradicciones que eso genera demanda un esfuerzo de comprensión y de trabajo para integrar los dos niveles de compromiso así como capacidad de tolerancia para el reconocimiento de la diversidad política para posibilitar acciones comunes tendientes a objetivos específicos.

Estos acuerdos resultan fundamentales en la exteriorización visible del accionar político de las mujeres y en la construcción de poder políticos, elementos que habrán de favorecer sus posibilidades de participar con mayor autonomía en los procesos de negociación.

En cuanto a la relación entre militancia y dirigencia, aparece la necesidad de construcción de liderazgos con niveles de representatividad explícitos basados en acuerdos claros entre estas dos instancias. Estos pactos son de especial importancia en esta próxima etapa, pues constituyen el sostén que puedan brindar las militantes a sus dirigentes. Y en este contexto hay que tomar en consideración que los resultados de la gestión de las electas influirán inevitablemente en la imagen política que proyecten las mujeres en la sociedad.

Las exigencias que plantea el actual escenario participativo darán lugar al desarrollo de una nueva cultura política. En este contexto, las mujeres, además de lo antedicho, se encuentran ante el desafío de adquirir herramientas indispensables para conducirse eficazmente en los espacios conquistados. Nos referimos a la necesidad de incorporar en mayor medida el conocimiento y dominio de técnicas referidas a la organización, planificación, negociación, oratoria, toma de decisiones, etc. para su accionar político. Un aporte en este sentido sería la profundización de los procesos de capacitación política, aspecto que aparece, además, en forma creciente en las demandas de las mujeres.

Las chances de constituirse como grupo de poder y las posibilidades de efectuar las transformaciones deseadas dependen en gran medida de las estrategias y alianzas que las mujeres puedan desarrollar más allá de su afiliación política y en forma consciente y planificada. De esta manera serán más capaces de enfrentar las limitaciones que les plantea el actual sistema político y comenzar a superar la situación de marginación que, por otra parte, comparten con otros grupos sociales.

CONSTRUIR EL PODER

ENTREVISTA CON ANITA PÉREZ FERGUSON,
REALIZADA POR JUTTA MARX, MAYO 1993

– **U**sted está en la Argentina desde hace dos semanas dictando cursos de capacitación para mujeres políticas. ¿A qué organización representa? ¿Cómo está estructurada y cuáles son sus objetivos?

– Yo pertenezco al National Women's Political Caucus, una organización del movimiento de mujeres políticas en EE.UU. Esta organización existe desde hace 20 años. Una de sus fundadoras es Betty Freidan. Actualmente, tenemos 20.000 integrantes en todo el país. Desde hace 2 años soy la vicepresidente. El propósito del grupo es la identificación, educación y apoyo de mujeres que aspiran posiciones en el gobierno. Tenemos una oficina de administración en Washington D.C. y afiliadas en cada estado de los EE.UU. La mayoría de las integrantes trabajan al nivel voluntario, solamente 20 personas son empleadas de la organización. Cada dos años realizamos convenciones y cada estado tiene un determinado número de votos. En estas convenciones se eligen las directoras al nivel y la única directora que recibe un sueldo es la presidente. Además, tenemos vicepresidentes, como yo. Cada directora tiene una actividad por área y actividad, como comunicaciones, política, que recibe la información sobre nuestras candidatas, las integrantes de la Caucus, la educación, las finanzas, etc.

Todas las personas que entran en nuestro grupo tienen que estar de acuerdo con tres principios básicos: igual salario para igual trabajo, la incorporación de todos los criterios de igualdad entre varones y mujeres en las enmiendas constitucionales y la libre decisión sobre el propio cuerpo (*pro choice*). Entre nuestras socias hay demócratas, republicanas, verdes, independientes.

Tenemos programas de educación para mujeres que aspiran candidaturas propias y también para aquellas que trabajan en las campañas para otras mujeres. El programa empieza con un curso de 3 días, más o menos, o de un fin de semana y se realiza cerca de una ciudad grande. Participan integrantes de nuestra organización y/o también otras mujeres que tienen interés en la temática. El programa se divide en varios módulos, como recolección de informaciones para la planificación de campañas, comunicación con los medios, métodos para recaudar fondos para las campañas, métodos para la identificación de los votos de los distritos, y varios más. También atendemos las condiciones de las mujeres, especialmente en el mundo político. Disponemos de investigaciones acerca de las mujeres que están en cada nivel de nuestro gobierno, la composición de sus votos, cómo se definen en varios aspectos, cuál es la actitud de la población hacia estas mujeres y hacia las mujeres del mundo público en general, qué cambios se producen en estas actitudes, cómo se diferencian mujeres y varones que tienen posiciones

de liderazgo, cuáles son sus formas de tomar decisiones, hacer sus campañas, qué es la historia de sus votos, cómo se definen en relación al poder, etc.

Para realizar estas actividades recibimos dinero de las socias. La cuota de cada una depende del estado de donde proviene; varía entre 30 y 45 dólares por año por socia. Una pequeña parte de estos aportes queda para la administración nacional y la mayoría se devuelve al estado de las socias. Es obvio que para una organización como la nuestra estos aportes no son suficientes. Contamos también con otras fuentes de financiación, por ejemplo, de empresas, especialmente de las que venden productos para mujeres, como Revlon, y de organizaciones y grupos que tienen fondos políticos. Según nuestra legislación, se tienen que diferenciar los fondos. Hay fondos para el apoyo de las candidatas y otros para la educación solamente. Esto nos posibilita recibir dinero de varias fundaciones y otros grupos. Además, tenemos dos actividades cada año que aportan dinero para el grupo. La primera es “los varones buenos”. Se trata de un premio para varones, especialmente políticos, empresarios, varones de la vida pública, que se destacaron positivamente en relación a las mujeres. Los varones saben que es un premio importante, que trae mucha publicidad, y por eso compiten por él. La entrega se realiza en Washington D.C. en una gran fiesta; es un acto muy emocionante. La otra actividad, también es la entrega de un premio. Se dirige a las mujeres de los medios –periódicos, televisión, radio, etc.–, a mujeres que realizaron investigaciones o escribieron artículos que aportan informaciones nuevas sobre las mujeres, especialmente sobre sus éxitos. Esta actividad, que se realiza en New York, también trae mucha publicidad para las mujeres que producen y frecuentemente publican sus artículos en periódicos chicos. Es importante para estas mujeres y también trae fondos para nuestro grupo. Organizamos un lunch y las personas que participan pagan su entrada. New York es un lugar donde hay muchas representantes de los medios y lo más importante es la introducción de nuestro grupo en los medios de comunicación. De esta manera estas actividades significan un buen intercambio cada año.

– *¿En qué consisten los cursos que Ud. está dictando en la Argentina?*

– El curso consiste en una metodología de planificación para mujeres políticas. Comienza con la identificación de los problemas del país, de la provincia o del distrito donde las mujeres se quieren postular para posiciones de decisión política. Es una parte muy importante porque nosotras queremos líderes o potenciales líderes, que tienen experiencias en áreas específicas en que aparecen los problemas. Eso se diferencia de la tradición también de nuestro país según la cual las personas reciben honores públicos u ocupan posiciones de poder por la posición de su familia, o por su nombre, dinero, popularidad, etc. Eso no es un fundamento suficiente para ejercer un liderazgo en el futuro. Por eso

empezamos los cursos con la identificación de los problemas más graves del distrito. Después sigue la identificación de las mujeres del distrito que tienen experiencias o métodos de solución para estos problemas. No necesariamente desde el principio tienen que tener interés en el mundo político, sólo tienen que tener habilidad para estos temas y habilidad para la comunicación. Después pasamos a otro programa que se refiere a los cargos de la comunidad. ¿En qué niveles necesitamos cambios? Hay muchas posiciones de poder, en las comisiones, en los comités, en la municipalidad, en la provincia. No todas son igualmente importantes. Identificamos las importantes para las mujeres, confeccionamos una lista de estas posiciones y de las próximas elecciones para ellas. En este contexto hay que tomar en cuenta que hay líderes varones que van muy bien y hay otros que tienen mala reputación, no tienen ningún interés en el distrito, no trabajan, están solamente para el show. Anotamos entonces los cargos que queremos cambiar. En una planilla ponemos: cargo, año de elección, y, como tercera columna, las mujeres que están preparadas para este cargo. Cuando tenemos una idea acerca de las mujeres que tienen más experiencia y de los cargos que nos interesan, investigamos el distrito, sus votos, las afiliaciones, las actitudes de la población hacia nuestra candidata, hacia la persona que está ocupando el cargo en la actualidad. De estas investigaciones extraemos la información si este cargo es posible para nosotras en este año y con esta mujer. Nos preguntamos si la persona que ejerce este cargo, aunque sea mala, tiene su poder político en la zona. De esta manera efectuamos un proceso de selección de los cargos y posiciones posibles en el próximo año. Recomendamos a las mujeres que empiecen primero al nivel municipal, éstas son las posiciones que necesitamos ahora y para acumular experiencias en las campañas y en el liderazgo también es mejor empezar con un grupo chico. Como próximo paso planificamos las actividades que realizaremos tanto con las candidatas como con el grupo de apoyo durante un año. Las investigaciones de EE.UU. y otros países indican que las mujeres deben enfrentar limitaciones en la vida política en varios aspectos. Limitaciones en su acceso al sistema político, en cuanto a sus conexiones con los niveles de decisión de sus partidos, limitaciones culturales que se refieren a la opinión pública, a la actitud de sus familias, de la sociedad, limitaciones físicas. Necesitamos apoyo en diversos aspectos de nuestra vida porque tenemos múltiples obligaciones. Debemos enfrentar limitaciones financieras para las campañas. Las mujeres no tienen ni el dinero ni contactos suficientes para este tipo de actividades. Nuestro grupo de mujeres da apoyo en todos estos aspectos. Facilita contactos con los partidos, ayuda resolver problemas como el cuidado de los niños, da apoyo financiero, y también, y esto es muy importante, da apoyo en otros aspectos que se podrían definir como un intercambio de servicios.

Lo que queremos lograr es que al final del proceso que iniciamos se pueda cambiar el sistema político.

– *Todo eso está planteado en base a la realidad de EE.UU., que difiere bastante de la nuestra. ¿Cree Ud. que este modelo es igualmente aplicable en Argentina?*

– Este proceso que planteamos no se restringe solamente a los EE.UU.; se trata de un modelo abierto a las modificaciones de las mujeres de otros países. Para nuestro país tenemos un manual de educación que da cuenta de nuestra realidad y de nuestras tareas a realizar. Yo creo que a partir de estas dos semanas muchas mujeres de la Argentina se dieron cuenta que les puede servir una parte de nuestro planteo, no todo, y que es modificable para la realidad concreta de cada país.

La idea general es que necesitamos un cambio completo del sistema político. Nosotras nos centramos en la solución de problemas de la sociedad. Eso es diferente al concepto de popularidad; también trabajamos con personas que tienen experiencias en ámbitos específicos, eso difiere del modelo de los “ricos y famosos”. Trabajamos con un grupo, no sólo con la candidata. Nuestra metodología se diferencia en cada parte, y como resultado no necesitamos, por ejemplo, la misma cantidad de dinero ni los mismos contactos que necesitaron históricamente los varones; logramos una fuerte representatividad en la comunidad que participa en este proceso.

Finalmente, tenemos contratos con nuestras candidatas que entran en vigencia seis meses antes de las elecciones y continúan hasta seis meses después. Estos contratos comprometen a las candidatas a atender los problemas que identificamos anteriormente como los más importantes. Por ejemplo, si identificamos un problema en el área de salud, apoyamos a una candidata con experiencias específicas; esta mujer visita durante su campaña hospitales que necesitan varias cosas, también tiene el compromiso de volver en una fecha que determinamos a estos hospitales con la ayuda que prometió.

– *Es decir, Uds. realizan un control de gestión. El apoyo tiene un precio, las mujeres tienen que comprometerse con el programa que desarrollaron conjuntamente.*

– Exactamente. Eso es fundamental.

– *¿Y si no cumplen?*

– Si no cumplen, no hay ningún apoyo en la próximas campañas. Nuestras investigaciones nos indican, además, que cuando las candidatas llegan a un puesto de poder, se encuentran con limitaciones muy severas y que necesitan este apoyo continuo de las mujeres. Si las candidatas no cumplen el contrato nos retiramos.

– *¿Qué impresión tuvo de la Argentina? ¿Cuáles son los puntos más importantes que tendrían que resolver las mujeres políticas aquí?*

– Yo tengo una imagen, no tengo suficientes palabras para explicarla. Es como cuando buscamos oro. Porque está debajo de lo que podemos ver.

Pero una persona que tiene una visión especial ve reflejos, pequeños pedazos de luz. Aquí hay oro. Creo que en Argentina hay oro en las mujeres. Mujeres que tienen una historia sofisticada en la educación, en la cultura. Pero ahora necesitan esta oportunidad para usar sus experiencias, su educación, sus capacidades. Creo necesario que estas mujeres formen grupos de identificación a lo largo del país y desde cada partido. En base a esto se pueden desarrollar metodologías, juntar fuerzas para enfrentar los problemas. En nuestros días hay problemas muy graves en este país, en el mío, en todo el mundo. Necesitamos apoyo, necesitamos de las ideas, de las capacidades de toda la gente, varones y mujeres. Si no usamos nuestro oro en este proceso no tendremos éxito mañana.

INFERTILIDAD

la infertilidad constituye una situación conflictiva a la que se agrega el sufrimiento provocado por los tratamientos utilizados para resolver la falta de hijos/as.

Nuestra propuesta:

1. abrir un **espacio de intercambio grupal** para considerar estos conflictos y sus alternativas: aceptación de la infertilidad, adopción, desarrollos creativos en otras áreas, nuevas técnicas de procreación
2. brindar **información** biológica y psicológica pertinente

Bióloga:

Lic. Susana E. Sommer 72-3231

Psicóloga:

Lic. María Teresa Musso 70-7247

SECCIÓN

bibliográfica

BRASSECO, María Inés. "¡Somos mujeres y estamos lejos de morir en el intento!", *Margen Izquierdo* (Año 3, N° 3, invierno de 1993), pp. 38-39.

del BRUTTO, Bibiana. "Jóvenes mujeres jóvenes". (Homenaje al Día Internacional de la Mujer, 8 de marzo de 1993) Sec. de la Mujer y de la Juventud. Sindicato de Empleados de Comercio Cap. Fed.

———. "Discriminaciones: mujeres y trabajo" (julio 1992).

———. "Mujeres, trabajo y organizaciones sindicales", ponencia presentada en el II Simposio de Análisis Organizacional, 1992.

CISLAGHI, Silvia, DOBON, Juan, ABIGADOR, Beatriz. "Relaciones peligrosas. Acerca de la problemática de la violencia en la mujer". *Terapias* (Año II, N° 14, julio 1993), pp. 11-12.

JEROZ ARBISER, Alicia M. "Pareja violenta", *Terapias* (Año II, N° 14, julio 1993), pp. 4-7.

MATTIO, Celina. "Reflexiones sobre el tiempo", *Margen Izquierdo* (Año 3, N° 3, invierno de 1993), pp. 36-37. [re: mujeres y sociedad]

MENDEZ AVELLANEDA, Juan M. "La vida privada de Trinidad Guevara. *Todo es Historia* (N° 311, junio 1993), pp. 26-40.

MONZON, Isabel. "Créale otra vez a su neurótica, Dr. Freud", *Terapias* (Año II, N° 14, julio 1993), pp. 13-15.

NARANJO, Rubén. "Hablamos con Leticia Cossettini", *El Tintero Verde* (Rosario, Año I, N° 1, mayor 1993), pp. 6-8.

de PINO, Liliana. "Hablamos con Ofelia Morales", *El Tintero Verde* (Rosario, Año I, N° 2, julio 1993), pp. 4-8.

PISTONE, Catalina J. "Indias, mestizas y españolas en la época de la conquista de América". Separata del N° LVIII de la *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*. Santa Fe., 1992.

Propuesta Educativa: "Educación y mujer" (FLACSO, Año 4, N° 7, oct. 1992): Beatriz ALFEI, Graciela CRESPO, Víctor SIGAL: "Las carreras profesionales: hombres y mujeres en el mercado de trabajo", pp. 37-52; Graciela MORGADE: "La docencia para las mujeres: una alternativa contradictoria en el camino hacia los saberes 'legítimos'", pp. 53-62; María Antonia GALLART: "Educación y empleo en mujeres de sectores populares", pp. 63-67; Silvia Cristina YANNOULAS: "Meminas de / na rua y la socialización en la calle", pp. 68-72; Diana Helena MAFFIA: "La increíble y triste historia de la naturaleza femenina según la filosofía", pp. 73-77.

SALVO, Gilda de. "Violación a mujeres. Entrevista con Inés Hercovich", *Terapias* (Año II, N° 14, julio 1993), pp. 8-10.



SEIBEL, Beatriz. "Mujer, teatro y sociedad en el siglo XIX". *Revista Conjunto* 92 (La Habana, julio-dic. 1992), pp. 54-57.

SOLIS, Lucía S. "María Bertolozzi, de la narración histórica a la historia social", *Todo es Historia*, N° 309 (abril 1993), pp. 56-59.

SOSA DE NEWTON, Lily. "Entonces la mujer: César Duayen, una mujer que se adelantó a su tiempo". *Todo es Historia* (N° 311, junio 1993), pp. 46-48.

———. "Una francesa ilustre en la Argentina del siglo pasado". *El Grillo*. (N° 8, abril-mayo 1993), pp. 20-21 [Gabriela Lapérrière de Coni]

Poesía

BELLOC, Bárbara. *Bla*. Bs.As., Ultimo Reino, 1993.

CAAMAÑO, Elizabeth y Silvana RIVERA PAZ, *Hilos de habla*. Bs.As., Ocruxaves, 1993.

CALVERA, Leonor. *Poemas y canciones a la madre*. Bs.As., Grupo Editor Latinoamericano, 1993.

COLOMBO, María del Carmen. *La muda encarnación*. Bs. As., Ultimo Reino, 1993.

CHEMES, María. *Los lejanos amantísimos (1981-1993)*. Bs.As., Libros de Tierra Firme, 1993.

FELDMAN, Lila María, PARSELIS, Verónica, SHESTENG, Gisela K. *Causas últimas*. Bs.As., Libros de Tierra Firme, 1993.

GARCIA HERNANDO, Leonor. *La enagua cuelga de un clavo en la pared*. Bs.As., Ultimo Reino, 1993.

NUÑEZ, Charo. *Asuntos pendientes*. Bs.As., Libros de Tierra Firme, 1993 [la autora es peruana]

PRADO, Gabriela. *El falso retorno del deseo*. Neuquén, Ed. artesanal de la autora, 1993.

SOMOZA, Patricia. *Uno y el paciente*. Bs.As. Ultimo Reino, 1993.

Narrativa

ALONSO, Diana. *Memoria y olvido*, Tierra del Fuego, Cabo de Hornos Ediciones, 1992.

CABAL, Graciela. *Las Rositas*. Bs. As., Ediciones Colihue, 1992 [novela juvenil].

CATELA, Sonia. *Consejos perversos*. Bs.As., Emecé Editores, 1993.

CRUZ, Josefina. *La gesta heroica de los fundadores de Córdoba*. Bs.As., sin ed., 1993.

DIAZ MINDURRY, Liliana. *A cierta hora*. Bs.As., Ediciones del Dock, 1993.

FAVA, Laura. *Algunas víctimas*. Bs.As., Ada Korn Editora, 1993.

FERNANDEZ MORENO, Inés. *La vida en la cornisa*. Bs. As., Emecé Editores, 1993.

FERRARO, Diana. *Escenas de una película argentina*. Bs.As., Catálogos Editora, 1993.

GILMAN, Claudia y MONTALDO, Graciela. *Preziosas cautivas*. Bs.As., Alfaguara, 1993

GONZALEZ, Carolina. *Porque las cosas pasan y pasan y chau*. Bs.As., NUSUD, 1993.

GUERRA, Hilda. *La rosa negra*. Bs.As., Catálogos Editora, 1993.

MIGUEL, María Esther de. *La amante del restaurador*. Bs.As., Planeta, 1993.

NOS, Marta. *Mata, Yocasta, mata y otros cuentos*. Bs.As., Grupo Editor Latinoamericano, 1993.

RAMOS, Laura. *Buenos Aires me mata*. Bs.As., Ed. Sudamericana, 1993.

SISCAR, Cristina. *Las líneas de la mano*. Bs.As., Ediciones Colihue, 1993. [novela juvenil].

Boletín/Cuaderno/Revista

"Anticoncepción - Aborto. ¡Basta de silencio!". (Elegir. Mujeres por el Derecho a la Anticoncepción y al Aborto Legal), 28 de mayo de 1993.

Travesías I. "Enfoques feministas de las políticas antiviolencia" (Año I, N° 1, oct. 1993)

Entre Nosotras (Sindicato Unico de Empleados del Tabaco de la República Argentina. Dept. de la Mujer) N° 4, enero 1993.

"Mujer y comunicación. Hacia un nuevo perfil de la mujer y su protagonismo", Ministerio de Cultura y Educación; INSTRAW de Naciones Unidas; Centro de Estudios de la Mujer, 1992.

"Manual para profesionales de la salud que tienen oportunidad de atender a mujeres víctimas de violencia familiar". (Fundación Alicia Moreau de Justo), 1992.

"Parlamento Latinoamericano. Comisión de la Mujer. Una necesidad de 200 millones de mujeres". (Fundación Mujeres en Igualdad), agosto de 1992.

"Prensa Mujer" N° 29 (feb. 1993) - N° 35 (agosto 1993).

Zona Franca. Año I, N° 1 (set.-oct., 1992) - Año I, N° 2 (ago. 1993) Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Humanidades y Artes. Centro de Estudios Históricos sobre las Mujeres.

Ensayo

ALONSO DE SOLIS, María Esther. *Recetas para ser y parecer mujer*, Ana María Camblong, prólogo. Posadas, Misiones, Editorial Universitaria [Campus Universitario / km. 7 - CP 3304 - Villa Lanús / Univ. Nac. de Misiones / Posadas, Misiones]

"La autora analiza las imágenes femeninas que se elaboran en dos revistas para la mujer editadas en la Argentina: *Emanuelle* y *Para Ti*. Explica su intención afirmando: ¡En el entramado social y a lo largo de la historia, es factible encontrar múltiples interpretantes del **objeto mujer**, del cual la revista femenina es uno de ellos, por cuanto toma algunos aspectos de ese objeto y construye a su vez un nuevo **objeto mujer**".

FAINHOLC, Beatriz. *La mujer y los medios de comunicación social*. Bs.As. Humanitas, 1993 [Carlos Calvo 644 / Bs.As.]

"A partir del hilo conductor [la mujer y su vínculo con los medios de comunicación] un grupo de expertas aborda su análisis abarcando un sustancial abanico de variables, que van de la fundamentación epistemológica hasta lo relativo al

trabajo, la educación, la conciencia de género, la producción alternativa de significados para los medios de comunicación. El libro, si bien de lectura obligada para los diversos profesionales de lo social, en su intencionalidad profundamente didáctica y transformadora, va dirigido a todos los miembros de la sociedad".

FRAISSE, Geneviève; SISSA, Giulia; BALIBAR, Françoise; ROUSSEAU-DUJARDIN, Jacqueline; BADIOU, Alain; DAVID-MENARD, Monique; TORT, Michel. *El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos*. Traducción: Víctor Goldstein; Revisión técnica y prólogo: Martha Inés Rosenberg. Bs. As., Ed. de la Flor, 1992. [Anchoris 27 / 1280 Bs. As.]

"En junio de 1990 se organizó en el Colegio Internacional de Filosofía con sede en París un coloquio con el título de este volumen, bajo la responsabilidad de Monique David-Ménard, Geneviève Fraisse y Michel Tort. En él se presentaron los trabajos aquí reunidos, dando cuenta del lugar que en el mundo actual demanda el pensamiento acerca de la diferencia sexual. El espacio para esta nueva interrogación es obra y efecto del movimiento feminista 'que de manera sincopada, pero permanente, desde hace tres décadas interpela a la sociedad para la transformación del sentido de las relaciones entre los sexos'. Como dice en su prólogo Martha Rosenberg, el discurso feminista ha tenido la eficacia ideológica 'de mostrar hasta qué punto es masculino, y por lo tanto, parcial, el discurso pretendidamente neutro de las ciencias, la filosofía, la política, el derecho'. Este libro es una estimulante propuesta para el abordaje de la elaboración teórica de una muy difícil transición".

GARCIA ESTEBANEZ, Emilio. *¿Es cristiano ser mujer?* Madrid, Siglo XXI España, 1992.

"El presente libro es un estudio de la mala idea que el patriarcalismo judeocristiano ha forjado de las mujeres e intenta poner de relieve que la cuestión feminista no puede despacharse frívolamente sino que es un cuestionamiento frontal y en profundidad de la competencia de la Biblia y de la seriedad de la teología cristiana en este asunto".

NICHOLS, Geraldine C. *Des/cifrar la diferencia. Narrativa femenina de la España contemporánea* Madrid, Siglo XXI España, 1992.

"Dos son los propósitos [...] de este libro: explicar, con carácter introductorio, las grandes líneas teóricas de la ginocrítica -o crítica literaria feminista-, y aplicar el enfoque de la ginocrítica al análisis de las obras de algunas de las más destacadas novelistas españolas de este siglo (Ana María Matute, Carmen Laforet, Mercè Rodoreda, Esther Tusquets, Montserrat Roig, Carme Riera, Ana María Moix...). Sin olvidar que el acto de escribir se realiza siempre desde el interior de una cultura, de una lengua y de una tradición literaria ya dadas, los estudios agrupados en este libro rastrean (des/cifran) las huellas de la diferencia específica que, por el mero hecho de ser mujer, toda escritora encarna, en un mundo donde la norma es masculina. Una lectura, en suma, que estimule la atención hacia los silencios del discurso, que acerque el oído al susurro que cuenta lo femenino".

NOVICK, Susana. *Mujer, Estado y políticas sociales*. Bs.As., C.E.A.L., 1993 [Biblioteca Política Argentina], N° 419. [Tucumán 1736 / Bs.As.]

"Este libro tiene por objeto descubrir y analizar las *políticas sociales* que explícita e implícitamente involucraron a la *mujer*, interrogándose acerca de qué modificaciones pretendían introducir en su situación y que ideología las legitimaba, tal como se presentan en el ámbito normativo -leyes- del Estado, diferenciándose gobiernos justicialistas, militares y

radicales durante el período 1946-1989. El trabajo se inscribe en la tendencia que pretende revalorizar el espacio jurídico de lo social como un elemento fundamental para comprender los cambios en la sociedad y aprehender los mecanismos de contradicción y conflicto que lo caracterizan”.

SERO, Liliana. *Cuerpos del tabaco. La percepción del cuerpo entre las cigarreras*. Posadas, Ed. Universitaria [Campus Universitario/km.7-CP 3304 - Villa Lanús / Univ. Nac. de Misiones / Posadas, Misiones]

“La autora consigue demostrar las estrechas conexiones que ligan las relaciones materiales de producción en una manufactura, con las percepciones de las trabajadoras sobre ellas mismas, su productividad, y el desgaste físico. De este modo, perfila una suerte de ‘subcultura de las cigarreras’, ya no como mera subjetividad o reflejo, sino en sus correspondencias necesarias con el medio laboral en el cual surgen”.

VILLAVICENCIO, Marita. *Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX-XX*. Margarita Zegarra, Editora. Lima, Flora Tristan - Centro de la Mujer Peruana, 1992 [Parque Hernán Velarde 42 / Lima 1, Perú]

PROGRAMAS DE CAPACITACION PARA LA PARTICIPACION POLITICA DE MUJERES

Seminario/taller:

- mujer y poder político
- liderazgo y conducción
- conflicto y negociación
- introducción a la planificación

Coordinadoras: **Jutta Marx** y **Ana Sampaolesi**

Tel./fax 541-6242	Tel. 793-1189
Naón 3585	Avda. Libertador 14538 2º 10
1430 C.F.	1640 Acassuso - Bs.As.

Aquí está, ésta es
para vos, mujer, niña, muchachita,
tu agenda, tu tiempo abierto en hojas

AGENDA DE LA MUJER 1994

¡que no se te escape!

Conseguila en librerías: **Clásica y Moderna, Fausto, Gandhi, Liber/arte, Prometeo** y muchas más en Buenos Aires y el interior del país, o en las organizaciones de mujeres.

Informes: **771-8901** (Fundación TIDO); **772-8665**

Auspicia: **Fundación TIDO** (Trabajo, Investigación, Desarrollo y Organización de mujeres)
Córdoba 4773 / 1444 Buenos Aires

“Recoge la historia de las mujeres peruanas desde la Colonia, pasando por el surgimiento de un grupo de mujeres intelectuales a fines de siglo pasado, el trabajo femenino en Lima durante este mismo período para desarrollar, finalmente, la configuración de las 3 vertientes del movimiento urbano de mujeres en el Perú”.

WALSH, María Elena. *Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes*. Bs.As., Sudamericana, 1993. [Humberto I 531 / Bs.As.]

Esta es una colección de artículos y ensayos breves inéditos o publicados entre 1946 y 1992. [...] Los textos reunidos con el título “Los años de plomo” (1976-1993) sortean la censura apelando a un tema irritante en esos cercanos tiempos: la crítica feminista, amén de las notas de viaje en que reiteradamente se comentan ejemplos de democracias extranjeras”.

CATALOGOS , srl

La mujer y el 30% - desigualdades y diferencias:

DIO BLEICHMAR, E. *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisistas de la feminidad*

FERRO, N. *El instinto maternal o la necesidad de un mito*

GARCIA ESTEBANEZ, E. *¿Es cristiano ser mujer?*

TURBERT, S. *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*

EVANS, R. *Las feministas*

FOLGUER, P. (Comp.) *El feminismo en España*

LEITES, E. *La invención de la mujer casta. La conciencia puritana y la sexualidad moderna*

VIGIL, M. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*

CASTILLO, J.J. y otros *Sociología del trabajo*. vol. 3

El trabajo a través de la mujer

ASTELARRA, J. (Comp.) *Participación política de las mujeres* (CIS Nº 109)

MARCEL, Gloria Poal *Entrar, quedarse, avanzar. Aspectos psicosociales de la relación mujer-mundo laboral*

Avda. Independencia 1860
1225 Buenos Aires
Tel. 381-5708 Fax 381-5878

libros de mujeres en el

Fondo Editorial Rionegrino

Narrativa:

Mirtha Isabel Amestoy: *Fantasmas de hojarasca*

Elena Bianchi, *Aconteceres*

Delia Inés Harina, *Contraluz*

Lidia Hünicken, *De aquí de vos, de mí*

Silvia Angélica Sánchez, *No se, amos*

Alvear 320
8500 Viedma (R.N.)
tel. (0920) 24538

NOTAS y ENTREVISTAS

FESTIVAL "MUJER y CINE". ENTREVISTA CON ANAMARÍA MUCHNIK REALIZADA POR MÁRGARA AVERBACH

—¿**C**ómo evaluás el festival de este año?

—Todavía está muy fresco para evaluarlo realmente.

En este momento hay demasiado que hacer: pagos, devolución de películas, toda la posproducción. Pero creo que ha sido satisfactorio: vino un poco más de gente, se habló más del festival y se vieron algunas películas interesantes. Eso es lo más importante. Mostramos películas dirigidas por mujeres que no siempre tienen salida comercial y se vio un buen nivel.

—¿En otros años no fue así?

—Bueno, en general, excepto un festival más flojo que tuvimos, el nivel es bueno como esta vez y como esta vez, desparejo, como en todo festival. Este año pasamos algunas películas latinoamericanas que no tienen posibilidad de verse comercialmente y que a mí me interesan mucho; pasamos la de Barbara Trent, ganadora del Oscar al mejor documental, que no creo que tenga posibilidades comerciales tampoco, por ser documental. Esa película es atractiva porque muestra cómo desde el mismo EE.UU. se puede producir un documental crítico y durísimo sobre la política exterior de ese mismo país. Además, vino la directora y hubo debate.

Eso no quiere decir que no se hayan visto películas que sí se van a ver comercialmente, las más comerciales pero la selección fue buena y amplia. Nos gustaría tener más, por supuesto, pero el problema mayor que tenemos es el de la subtitulación. Nosotras exigimos la subtitulación y no todo el mundo quiere hacerlo porque es un proceso muy caro en el exterior y no es rentable subtitular sólo para mandar a un festival. Pero digamos que desde el punto de vista de lo que se mostró, la evaluación es positiva. El problema es siempre el económico. Trabajamos desde el exterior y todo es muy costoso. Hicimos un festival de acuerdo a la situación del país, de eso somos muy conscientes.

—¿Y el público?

—Una piensa que en general las que tendrán que engancharse serían las mujeres. Pero lo cierto es que vienen muchos varones.

—¿Vienen a discutir o a qué exactamente?

—Vienen a ver cine. Sólo en la película de Trent vinieron a debatir y el debate siguió hasta las cuatro de la mañana. No es un público muy activo en general.

—¿Los varones del público tampoco?

—No se enganchan en la discusión. No parece interesarles. Y no sé si a las mujeres les interesa. Creo que las que más nos enganchemos somos las organizadoras. El público se inhibe. Y tengo algo más que agregar sobre el público, algo importante: las personas que no se enganchan son los/las jóvenes, los/las estudiantes de cine. Y no sólo en las discusiones: también vienen muy poco. Eso me llama mucho la atención. Es extraño y no me gusta. Es algo para pensar, sobre todo porque

sí hacemos mucha publicidad en las carreras de cine, en las universidades. Se enteran pero es como si no les interesara. A mí me gustaría mucho que vinieran pero la gente que viene es de 25 años para arriba. No menos. Este año cobramos mitad de precio para estudiantes y socios/-as de cine club, pero no conseguimos atraerlos/las.

—¿Los medios hicieron publicidad?

—No, muy poca. En general apoyan lo más comercial.

—¿Pensás que los asusta el hecho de que no es comercial o más bien el tema de la mujer?

—No. Yo prefiero no perseguirme con eso. Creo que no es comercial y que es por eso que no le prestan mucha atención. Hicieron reportajes a las directoras pero se podría haber hecho mucho más. Tal vez sí corre el tema de que es la mujer; una nunca sabe. Pero yo prefiero pensar que no. Creo que las cosas han ido cambiando, hay más periodistas mujeres trabajando, periodistas que firman, los medios cambiaron en ese sentido...

—El año que viene, ¿pensás cambiar algo a partir de la experiencia de este año?

—En cuanto a la organización, creo que no, pero hay que evaluar con tranquilidad el problema de la captación de más público. No sé cómo vamos a resolverlo, pero tenemos que hacerlo. Eso sería lo esencial: una hace esto para que venga la gente, para que la gente, mucha gente, lo vea, para que disfrute con lo que a una también le gusta. Pero es difícil. Además, la época no ayuda; lo cultural no funciona bien en este país en este momento.

—Y en cuanto a la discusión teórica en el festival, ¿qué me podés decir de la estética femenina? ¿Surgió algo nuevo de este festival al respecto? ¿Una nueva actitud, una posición nueva?

—Lo que se dice en general es que la mujer directora tiene una manera diferente de mostrar los estados del alma, de mostrar los personajes y las cosas que les pasan a esos personajes. El tema es muy discutible y muy discutido. Es un tema que se instaló más en la discusión desde que hay un feminismo. Somos mujeres y todo lo que producimos es desde la mujer, desde nuestro cuerpo: eso es innegable, indiscutible. Pero también hay que reconocer que tenemos la cabeza tan armada hacia una cultura de varones que algunas cosas se nos escapan. Yo creo que no hay que ser frívolas ni livianas en esto. Tenemos que plantear el tema con mucha calma y reflexionar sinceramente desde adentro y eso no siempre es posible. Debemos pensar si es posible producir cine, un cine bueno, creíble, inteligente, interesante, indistintamente desde el varón o desde la mujer. Hacer un cine de mujer no significa tocar temas de mujeres. Hablamos de enfoques. Quiero decir, hay ciertas maneras de tratar la violencia o el sexo o el erotismo desde la mujer, maneras que son diferentes de las que surgen desde el varón. Y al mismo tiempo, hay películas que una vez que son películas, solamente eso. Y no sé si yo sabría si son

de varón o de mujer, sin conocer el nombre de la persona que las dirigió.

—¿Las directoras se interesan por el tema?

—Algunas sí, otras no. Hay muchas que dicen, “yo hago cine, hago lo que siento. Es cine de mujer pero porque soy mujer”. A lo mejor hay algunas que sí, pero las últimas que vinieron aquí, incluso las que tienen militancia feminista, como Margarette Von Trotta o Pilar Miró, decían que hacían cine desde ellas y lo mejor que podían con su sensibilidad, su habilidad, su tacto al servicio de una buena película. Nada más. Lo cierto es que tienen que ocuparse tanto de las trabas para filmar, de la financiación, de la producción, de los actores y actrices, de lo específicamente cinematográfico, que el tema de la estética, si hay una estética y una ética femeninas sale muy pocas veces a la luz. Por mi parte, creo que es un tema significativo y que sería importante sentarse a discutirlo.

Sí creo que hay una ética femenina. Yo, directora de

cine, no dejaría que tocaran ciertos temas de ciertas formas; no permitiría que ciertos personajes femeninos hicieran ciertas cosas. Eso sí. Pero es por lo que es mío, por lo propio, porque soy mujer. Creo que la estética del cine es importante, sobre todo ahora en que el cine que tiene éxito no es estético, no es “de buen gusto”, y creo que hay que discutir el tema de la estética del cine en general. Pero lo cierto es que esa discusión no se da porque es tan difícil hacer cine que lo práctico pasa a primer plano y todavía más en Latinoamérica que en Europa, porque lo demás es todavía más complejo. Lo que sí se discute es lo que significa para una mujer entrar a un estudio donde todos los técnicos son varones, porque ése es un problema real que todas las directoras enfrentan. María Luisa Bemberg dice que la mujer no se puede permitir ni una duda frente a su equipo por esa razón, y eso significa presión. Pero también creo que si lo seguimos posponiendo, nunca vamos a tener tiempo para lo teórico.

¿EN QUÉ ANDAN LAS MUJERES DIBUJADAS?

UN ANÁLISIS BREVE DE LAS ÚLTIMAS HEROÍNAS DE LAS PELÍCULAS DE DIBUJOS ANIMADOS DE LOS ESTUDIOS DISNEY

MÁRGARA AVERBACH

Las últimas dos películas de dibujos animados de Disney son materia interesante de análisis para cualquiera que se preocupe por la forma en que la sociedad contemporánea, la estadounidense en este caso, piensa la imagen de la heroína. Son películas pensadas para el público infantil, sobre todo para el *gran* público infantil: películas que transmiten ideas e ideales que el común de la población, el “gran público”, acepta y considera positivas. No son textos avanzados de rebeldía o repulsión de valores como cierto cine-arte o ciertas novelas y poemas más bien underground sino por el contrario, productos de cine comercial, que lo que quieren es venderse y que se construyen a sí mismos con la mira puesta en un mercado susceptible a cualquier tipo de mensaje demasiado alejado de lo convencional.

Por esa razón, los cambios que se pueden detectar en Bella, la protagonista de *La bella y la bestia*, y en Jazmin, la princesa de *Aladdin*, marcan en cierto modo hasta dónde ha llegado la idea de la mujer a fines del siglo XX..., y hasta dónde permanece inmóvil.

El salto

Al principio de *Aladdin*, el protagonista y la princesa Jazmin huyen de los guardias del malvado visir. El ladronzuelo salta entre un techo y otro con una garrocha. Cuando llega a un lugar seguro, se vuelve para preparar un puente para su amiga pero ni siquiera puede empezar con la operación: en un segundo, ella está con él, después de un salto parecido y se ríe de su sorpresa.

La escena trabaja sobre el contraste con un estereotipo muy antiguo, el mismo que está en la base de la vieja rutina del caballero que extiende la capa sobre el charco para que no se mojen los pies de su dama. Según ese estereotipo, el héroe es el que debe resolver

las cosas para la heroína. Ella sólo tiene que esperar o gritar un poco para que él llegue con la solución.

Es evidente que ese tipo de escena ya no es pensable en nuestros días, por lo menos no sin algo de ironía de por medio y no lo es porque la idea de una mujer totalmente pasiva, la idea general de “la dama en peligro” ya no parece un modelo que pueda venderse a una hija (o un hijo) en los Estados Unidos.

La escena del salto no es más que un ejemplo. Tal vez la diferencia más importante que separa a estas heroínas de las tradicionales (pienso en la cierva de Bambi, tan impotente frente los perros y el otro ciervo, el modelo de la hembra que espera la ayuda del macho) sea el hecho de que ellas “enseñan” a los héroes masculinos ciertas claves del mundo y de sí mismo.

En *Aladdin*, el protagonista subestima a Jazmin cuando le miente sobre su identidad y la subestima por lo menos en dos sentidos. Por un lado, la está considerando una tonta incapaz de reconocerlo ni de notar las contradicciones de su disfraz de “príncipe Ali” (Aladdin parece creer que ella no es capaz de ver más allá de la superficie de la ropa, los lujos y los regalos, como hacían las princesas tradicionales). Por otra parte, está suponiendo que ella sólo puede amar a los de su clase, que no puede ir más allá de lo que le dictan las leyes de los nobles (¿es lo que haría él en el lugar de ella? Probablemente, dados sus sueños de riqueza, su pasión tan poco oriental por el sueño americano.) Pero lo nuevo no es que Aladdin juzgue así a la que ama sino que ella se lo reproche y que en la película, la que tiene la razón sea ella y él el que tiene que cambiar.

En *La bella y la bestia*, la mujer maestra es el tema esencial, el que recorre todo el argumento. Bella está descrita como “rara” (“una chica rara es”, dice la canción en castellano) y lo que tiene de raro (y en este caso de valioso: ése es el cambio) es lo que la separa de las heroínas tradicionales. Bella lee, estudia, no se interesa ni por el “hogar” ni por el matrimonio con el mejor partido del pueblo, que la persigue todo el tiempo; no se asusta por la brutalidad de la persecución ni por el horror del castillo de la bestia y es capaz de ver en un monstruo la bondad y la sabiduría que él mismo no es capaz de ver. Es inteligente, intelectual,

valiente, independiente: todas y cada una, cualidades que van en contra de la imagen tradicional.

Esas cualidades la convierten en maestra: ella las enseña, las presenta como modelos para otros individuos de la película y en el público. Enseña al pueblo un principio fundamental opuesto al machismo y el racismo del cazador: la tolerancia frente a lo diferente, una tolerancia sin deseo de convertir al otro en igual (como quiere hacer él, que dice que la ama pero lo primero que le exige es que deje los libros). Bella es quien es y no está dispuesta a ser otra para conformar a las personas que la rodean. No se deja manejar, ni por el pueblo, ni por Gastón, ni por la Bestia. Mientras la Bestia la trata como la trataba Gastón, ella se rebela y lo rechaza. Cuando él aprende a considerarla y tenerla en cuenta, le responde. El amor que le exige es un amor equilibrado, un amor donde el poder no está de un lado solo.

La contraposición entre el cortejo de Gastón y el de la Bestia (después de la primera huida) es esencial en la película: Gastón impone, la Bestia comprende. En lugar de regalarle flores o caramelos (como le sugiere la voz tradicional del mayordomo), le da lo que ella realmente quiere: una biblioteca. No le interesa una mujer imaginaria ni una figura física perfecta, sino Bella misma. Y Bella le responde, lo defiende, lo salva. Cuando Gastón ataca al padre de Bella por "loco" y luego a la Bestia por "monstruosa" (dos diferentes más), es Bella la que se pone frente al pueblo y define al carilindo: "Tú", le dice, "tú eres el monstruo". Buena definición para el machismo egocéntrico de Gastón.

En las historia de Bella, como vemos, es la mujer la que impone sus reglas de vida, la que define y esas reglas, en el contexto de la película, son mejores que las de los varones.

El abismo

En la serie de divulgación científica *Cosmos*, Carl Sagan decía que la tecnología y la ciencia del ser humano avanzan sobre esquemas tradicionales, sin cambios espectaculares y totalmente innovadores sino poco a poco. Por ejemplo, describía la forma en que la vía del tren seguía los caminos de tierra de las carretas o el puente cruzaba el río en el mismo lugar en que antes estaba instalada la balsa de cruce. Del mismo modo, los rasgos que acabo de describir significan avances en la imagen de la mujer pero no que el salto se haya dado sobre terreno seguro, ni que no se esté dando sobre un abismo.

El ancho del abismo sobre el que saltamos está marcado por un detalle repetido que después de tres películas no puede ser simple casualidad, un detalle que tiene que ver con un área de enorme sensibilidad para el problema de la mujer: la maternidad.

Como Bambi, las dos últimas heroínas de Disney, Bella y Jazmin, no tienen madre. Tampoco la tiene Ariel, la Sirenita, protagonista de la película anterior a *La bella y la bestia*. Es una vieja costumbre de Disney eliminar prematuramente la figura de la madre y hacer que sus héroes o heroínas se apoyen sólo en el padre o en figuras sustitutas. Si el protagonista en cuestión es masculino (sea un ser humano o una animal personificado), esta falta tiene un sentido evidente y fácil de rastrear: es la forma argumental de hacer lugar a la creencia según la cual la educación del varón debe

quedar en manos del padre después de cierta edad para que la madre no "lo malcrie", "lo haga mujercita", "lo debilite". Pero, ¿por qué es necesaria la eliminación de la madre para heroínas femeninas?

La sirenita Ariel tiene un padre autoritario enfrentado a una pulpa malvada que es la única figura femenina adulta. En la película, ella tiene que independizarse del padre y lo logra a través del acercamiento a otra figura masculina, su novio, el príncipe. El padre de Bella es otro "diferente" que justifica en cierto modo las "rarezas" de su hija y que siempre la acompaña. El padre de Jazmin es un idiota útil al que su hija enseña algo de responsabilidad e independencia de pensamiento. Pero, ¿por qué ninguna de ellas tiene madre? ¿Qué funcionalidad tiene la falta de madre en estas tres historias? Se podría aducir una función argumental a esa falta en *La bella durmiente*, o la *Cenicienta*; y ya explicamos la posible razón de la falta de madre para héroes masculinos como Bambi. Pero aquí el argumento no lo pide y las hijas son mujeres, mujeres presentadas como modelos, mujeres que poseen ciertas características nuevas como independencia de criterio, voluntad de autopreservación y de autorespeto, personalidades fuertes. ¿De quién salen? ¿Quiénes son sus modelos? Es evidente que ni Tritón ni el sultán pueden ser modelos de Ariel y Jazmin: ambos son figuras muy criticadas y, cada uno a su modo, patéticas. El padre de Bella sí es un modelo: no hay duda de que se trata de un varón bondadoso, inteligente, creativo y bastante tolerante, un poco como el padre de *Yentl* en la película de Barbra Streisand, pero, otra vez, ¿por qué no una madre así?

En un análisis general habría que convenir que el vacío de una figura materna en estas películas expresa por lo menos una confusión con respecto a esa función en la sociedad que las produjo. Es como si a pesar de haber construido un modelo distinto de heroína joven, la sociedad no estuviera dispuesta a aplicárselo a la función de crianza. La mujer capaz de saltar sobre el abismo entre un techo y otro está muy bien..., como jovencita. Como madre..., al parecer no. El vacío en sí mismo es una pregunta: esa joven que ya aceptamos (distinta, activa, decidida) ¿es capaz de ser madre? ¿qué clase de madre modelo puede darnos esa joven?

La respuesta es que la joven libre no se concilia con la figura de la madre en el mito social. O tal vez lo que da miedo es justamente la sospecha de la posibilidad de una supuesta conciliación. No hay modelo de madre para ese modelo de hija porque la hija tiene atributos que en el fondo siguen pareciéndose más a los del padre, o en todo caso, a los de la mujer "mala". Como en el aspecto físico, donde no ha entrado la "diferencia" (las heroínas de estas películas siguen siendo "hermosas", aunque sean inteligentes y se las arreglen solas), en la maternidad, lo nuevo hace agua. La sociedad no tiene el valor de imaginarse a una madre saltando con una garrocha sobre el abismo. Aunque eso sea exactamente lo que hacemos muchas madres.

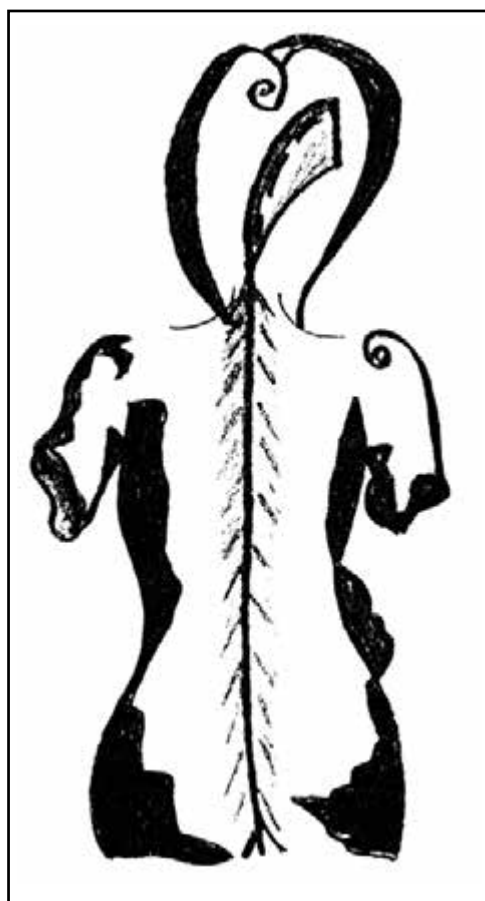




La lucha contra el machismo



Las máscaras que ocultan a la verdadera mujer



La mujer por la mitad

Eliana Gómez (Buenos Aires, 1978) es una joven artista argentina. Este es su primer contacto público.

Feminaria

L I T E R A R I A



SUMARIO

Ensayo

Juana Manso: contar historias, <i>Liliana Zuccotti</i>	2
El sexo despiadado (sobre Juana Manuela Gorriti), <i>Gabriela Mizraje</i>	5
El desierto que no es tal: escritoras y escritura, <i>Lea Fletcher</i>	7
La dama de estas ruinas (sobre Alejandra Pizarnik), <i>María Negroni</i>	14
La mujer acerca de sí misma en el cuento y la novela del Paraguay, <i>María del Carmen Pompa Quiroz</i>	17

Poesía

Charo Núñez	20
Diana Bellessi	21
Mirta Rosenberg	22

JUANA MANSO: CONTAR HISTORIAS

LILIANA ZUCCOTTI

La generación de 1837, quizá como ninguna otra antes, tuvo conciencia de ser motor de la historia nacional y alternativa para un país que se debatía entre las luchas de unitarios y federales. La certeza de representar “la juventud”, de estar refundando una cultura, de ser vehículo de la nueva moda y de los buenos modales le dio un toque distintivo que se profundizó con el exilio, y terminó por imprimir la marca dramática indispensable a estos jóvenes que tempranamente se convirtieron en héroes y mártires de una nación precaria.

Mariquita Sánchez mantuvo estrechas relaciones con este grupo que acudía a su salón y fue parte constitutiva de él a través de la correspondencia con Juan Thompson (su hijo), Alberdi, Gutiérrez y Echeverría. Las tertulias, sus opiniones políticas, las cartas que escribe la sitúan como testigo privilegiado de las ya lejanas invasiones inglesas y de las jornadas independentistas de mayo del año diez.

Más joven, de otra condición social, Juana Manso buscó su lugar en esta generación participando activamente en los periódicos de Montevideo. Sin un pasado conocido que exhibir, ni un gesto heroico que reivindicar, ella y su familia se exilian allí en 1840. El exilio genera una escritura que delata la doble intención de ganarse la vida con el trabajo intelectual y de ser parte integrante de la “nueva Troya”. Inserción difícil en un grupo en el que las mujeres obtienen reconocimientos más ornamentales que concretos.

En 1841, *El Nacional* publica sus poesías vinculadas siempre a la crónica, la necrológica y el hecho histórico, como puede leerse en los títulos y dedicatorias: “A la hija del jefe de Policía de Montevideo”, “A la muerte del joven poeta Adolfo Berro”, a la victoria de José María Paz en “Corrientes vencedora”, o muchos años más tarde “Al propagador de escuelas” (Sarmiento).

Durante 1850, aparece en el *Diario das Senhoras* de Río de Janeiro su novela histórica, *Los misterios del Plata*, que reeditará luego en Buenos Aires, entre 1867 y 1868 el periódico *El Inválido Argentino* con el título de “Guerras civiles del Río de la Plata - Una mujer heroica”.

Este itinerario que comienza con las poesías celebratorias y continúa con la novela histórica, tiene su cierre en un texto que funciona como condensador de la doble tarea de escritora y educadora que ejerce Juana Manso: el *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, cuya primera edición aparece en 1862. El texto, “Destinado para el uso de las Escuelas de la República Argentina”, es aprobado con muchas reticen-

cias por el Consejo de Profesores del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1863 y por el Consejo de Instrucción Pública de la Provincia de Buenos Aires en 1869.

En carta a Sarmiento Manso relata: “La publicación del *Compendio*, me ha conquistado el odio del Sr. Inspector, y el departamento se halla en serios embarazos para dictaminar en el expediente de adopción; esto a pesar de la carta del General Mitre, y de haberse suscripto el gobierno por quinientos ejemplares. Es que en materia de literatura el departamento es algo difícil; no sabían que remontar un río es navegar contra la corriente, y a pesar de invocar yo en mi abono el diccionario de la Academia, el inspector dice que remontar es cosa de barriletes [...] ese Sr. no quiere que nadie viva sino él”. (Velasco y Arias, 315)

La publicación del *Compendio* y la insistencia en que éste sea aprobado como texto oficial en las escuelas públicas está fuertemente ligada a la necesidad de aliviar penurias económicas. El tratamiento que recibe el texto de Manso es sólo un ejemplo de la hostilidad con que es recibido, a mediados del siglo pasado, el trabajo de una maestra que quiere hacer una profesión de la tarea de enseñar y al mismo tiempo se permite entrar en el terreno vedado de la escritura de la historia. Hostilidad evidente, aunque esa maestra cuente con el cauteloso aval de un Mitre o un Sarmiento.

El manual: ¿novela, catecismo o santoral laico?

Es difícil situar este *Compendio*¹ en un “género”, dificultad fácilmente comprensible si consideramos que es un texto precursor, no sólo como manual de historia, sino como incursión de una mujer rioplatense en escrituras más “científicas”. Por un lado, podemos leerlo como un “primer libro de lectura”; por el otro, en tanto las sucesivas ediciones organizan los párrafos a través de un sistema de más de 500 preguntas y respuestas, podríamos vincularlo al catecismo. En todo caso el texto se descarta, sin vacilaciones, como historia y se inscribe en cambio como narración: “No abrigo la pretensión de haber escrito la historia de mi país” explicita la autora en uno de los prólogos (Manso, 1881).

Aunque el *Compendio* desestima su validez científica, vislumbra y apuesta a una eficacia de otro tipo: se promueve como texto intermedio entre aquél que produce el “filósofo de la historia” y el que se dirige a un público más extenso. La edición de 1862 contabiliza imaginariamente a sus lectores en “centenares de generaciones”; la del año '81, por su parte, diversifica hasta casi universalizar la posible utilidad del *Compendio*: “libro de lectura” para la escuela primaria, “vademecum” para los estudiantes de enseñanza superior, el texto se propone incluso a los padres como “mentor del hogar”.

La concepción del libro de historia como “primer libro de texto” fusiona muchas veces el relato histórico con el literario. El *Compendio* toma prestados de la novela de aventura los recursos narrativos y el

desarrollo de los hechos se subordina entonces a la necesidad de despertar la curiosidad del público lector. La relación de la muerte de un personaje histórico puede por ejemplo posponerse (o plantearse incluso como una incógnita) para lograr sostener el suspenso.

“Dejémosle atravesar con un puñado de valientes aventureros los bosques y las tierras vírgenes en busca del oro que tal vez le prepara la muerte y veamos lo que hacían durante su ausencia Irala y Galán” (*Compendio*, 1862, 13; 1881, 22-23.)

En este mismo sentido, la narración va eligiendo a lo largo de la historia, los héroes y los antihéroes, en un gesto que, por un lado tiende a mantener el interés de la peripecia, mientras por el otro aprovecha esta antítesis hacia un discurso moralizante que –quizá siguiendo el modelo de exposición de las “vidas de santos”–, comienza a construir una suerte de santoral laico, en “parábolas de la patria”. Se produce así una doble operación sobre el hecho histórico: primero se lo transforma en trama novelasca, para releerlo luego a su clave moralizante.

Se elude entonces la discusión histórica (si Colón fue o no de Corte en Corte) para afirmar otro tipo de disquisición, que propondrá, en una suerte de sistema de tesis y demostración, que a toda virtud, necesariamente, le sigue su recompensa.²

La persona que lee esto es así conducida por analogías pedagógicas que median entre su actualidad y el pasado, lo conocido y lo desconocido: “La mita era una especie de conscripción anual, por la que un crecido número de hombres libres eran forzados al violento trabajo de las minas” (*Compendio*, 1862, 40; 1881, 61). Esta definición facilita la comprensión del/de la lector/-a al homologar un sistema lejano y ajeno, la mita, con otro que resulta familiar, la conscripción. Simultáneamente ideologiza el enunciado histórico al colocarla en el centro de una disputa ética y política que involucra los términos libertad-esclavitud, escasos opresores-multitud de oprimidos, paz-violencia.

Marcar la historia

Como señala Elvira Arnoux,³ en el *Compendio* no se dirimen argumentativamente las cuestiones históricas. En ningún momento se expone a la consideración del público lector el fundamento de un esquema valorativo que hace de los conquistadores “instrumentos inmorales” y de los indios “pueblos inocentes”. Manso se niega a ocupar el lugar de historiadora y no confronta científicamente las diversas interpretaciones que circulan sobre los hechos.

La adopción de una u otra versión corre sin embargo a través de una adjetivación copiosa. El texto atenúa poco estos índices de las posiciones desde donde se narra. Cuando refiere las invasiones inglesas y la semana de mayo utiliza una adjetivación exaltatoria que convierte a los protagonistas en héroes semejantes entre sí, sin hacerse cargo de las discusiones políticas que se plantean entre ellos.

Cuando refiere la conquista o el período de las guerras civiles (especialmente en la edición de 1862), la adjetivación se exaspera, marcando ideológicamente el texto.

El último capítulo de la edición de 1862 y la corrección que de él se hace en 1881 permiten ver la transición entre dos modelos posibles de “textos escolares”.

La denuncia concreta, indignada y clara del '62, se transforma en afirmaciones abstractas y moralizadoras en el '81.⁴ El “imprudente Alvear” se transforma en el “general Alvear”, el “fascineroso Artigas” simplemente en “Artigas”, y la certeza sobre el intento de entregar a Inglaterra la independencia se diluye, atribuyéndolo a una versión.

La opinión irrumpe con violencia, y a la vez cierra la posibilidad de decir. Cuando comienzan a tratarse cuestiones contemporáneas, el *Compendio* abandona su condición de apunte o resumen.⁵ El objetivo de ofrecer una “narración ejemplificadora” expresado en el '62 seá: el límite concreto de lo que se podrá o no narrar al/a la lector/-a escolar:

“...hemos ido siguiendo nuestra relación con la posible claridad, aunque procurando siempre no ampliarla con episodios estraños, y buscando solo haceros conocer aquellos rasgos del heroísmo de vuestros antepasados, con el objeto de educar vuestros corazones para la patria y para el honor” (*Compendio*, 1862, 130)

Si en el '62 el silencio es explícito e irrumpe incluso la crítica velada,⁶ en el '81 la narradora se hace cargo de una división del trabajo por la cual la crítica y la opinión se confinan a quien “escriba la historia general de la República”.

Cuando en el '81 se aborda el rosismo, el manual intenta una exposición objetiva de los sucesos: primero esboza un “diccionario” que define los términos dictadura, ley, ley de Dios, facultades extraordinarias, para poder permitirse luego definir a Rosas como tirano y a su gobierno como una dictadura.

El *Compendio* de 1881 trabaja con enunciados más neutros que permiten ver el pasaje entre dos modos de entender al texto escolar: la historia se transforma en un relato poco apasionante, sin aventuras ni suspenso, que despliega ante el/la lector/-a una galería de héroes que no despiertan ni el amor ni el odio. La discusión crítica se abandona al “filósofo de la historia”, mientras las posiciones políticas y la opinión de la escritora hay que buscarlas entre un cúmulo de hechos y definiciones “neutras”.

Sin embargo, en un gesto nada objetivo, la autora intensificará una forma de marcar subjetivamente la historia de su patria: el apellido Manso, que en 1862 aparecía solamente una vez, unido sospechosamente al de Alvar Núñez e Irala, aparece en el '81, p. ej., ligado al de Rivadavia a través de un débil lazo: a su padre, el ingeniero Manso se le habían encargado los planos de una escuela pública.

Manso no pertenece a un hogar que archive

biografías de personajes célebres como Juana Manuela Gorriti, ni goza de la amistad de personajes históricos, como Mariquita Sánchez, ni puede acudir al relato oral transmitido de generación en generación. Quizá por eso suple la voz de la tradición familiar a través de los estudios de Mitre y Deán Funes. Resume, opina, transforma estos textos para inscribir su propio apellido en la historia patria, en un intento distinto de superponer la biografía a la historia.

Notas

¹ Del *Compendio* se hacen varias reediciones. Entre la de 1862 y aquélla que comprende los hechos hasta 1881 se producen modificaciones considerables en el texto. La de 1862 se detiene en el 9 de julio de 1816, fecha emblemática en que se cierra con mucha dificultad el compendio. La otra incluye unos capítulos que preceden al primero de la edición de 1862, y otros posteriores. De estas reediciones he encontrado sólo la de 1862 y la novena disponible en la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Letras (suponemos de 1881) en la que también pueden leerse capítulos agregados por sus hijas, "herederas de la autora", quienes actualizan el texto de 1874 a 1881.

² "Sin afirmar la peregrinación de Colón de Corte en Corte, lo que eso quiere decir, es que la perseverancia es rasgo característico de los hombres de

genio" (*Compendio*, 1881,10) se dice en el capítulo, para afirmar páginas más adelante: "...su perseverancia fue recompensada" (*Compendio*, 1881,11)

³ Elvira Arnoux, "Reformulación y modelo pedagógico en el *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata* de Juana Manso", mimeo.

⁴ En la edición de 1862 la síntesis del proceso se refiere así: "Las ambiciones individuales sobreponiéndose al interés general, suplantando el amor patrio deshonraron con indignos manejos el noble fin de los patriotas del año diez" (*Compendio*, 1862,127). Su reformulación en 1881, en cambio, sintetiza: "comprometiéndola en su éxito, tanto más cuanto la guerra de la independencia requería el sacrificio de todas las aspiraciones individuales..." (*Compendio*, 1881, 190)

⁵ Manso trabaja con la Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina de Bartolomé Mitre y el Ensayo Histórico del Deán Funes. Acerca de la relación que el texto didáctico tiene con los textos—fuente ver el artículo de Elvira Arnoux antes citado.

⁶ "Pasaremos en silencio los detalles íntimos de las disensiones domésticas que tan estrañamente comprometían el resultado (...) Apartemos los ojos de ese triste espectáculo..." (*Compendio*, 1862, p.128). Páginas más adelante corrige: "...paso que debió ser el primero en la senda de la revolución y el único...." (*Compendio*, 1862, 130)

revista:

Feminaria

teoría, bibliografía, notas
y entrevistas, opiniones;
Feminaria Literaria:
crítica literaria, cuentos,
poesía; humor; arte



libros:

Feminismo/posmodernismo,

Linda J. Nicholson, comp. e introd.

Escritoras y escritura,

Ursula Le Guin y Angélica Gorodischer

La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80,

Bonnie Frederick, comp. e introd.

Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual,

Diana Maffía y Clara Fontana, comps.

El feminismo argentino a través de sus periódicos, siglo XIX,

Francine Masiello, comp. e introd.

El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti,

Cristina Iglesia, comp. e introd.

Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX,

Lea Fletcher, comp. e introd.

El sexo despiadado

(SOBRE JUANA MANUELA GORRITI)

GABRIELA MIZRAJE

Juana Manuela Gorriti es, sin duda, la más insistente y la más convocante de las escritoras argentinas del siglo pasado. Ella hace, dentro de la medida en que esto era posible, de “las letras” lo primero: un oficio.¹

Los papeles “íntimos” de Juana Manuela están cubiertos de un tono de máxima y trascendencia. Un rápido recorrido por su figura y por algunas de esas condensaciones podría permitir un acercamiento inicial a su visión, contradictoria y fervorosa, de la mujer.

Nada hay más despiadado para una mujer como su sexo,² afirma ya anciana, en su diario, en 1890. Estas palabras, que pretenden ser axiomáticas, expresan la situación de la mujer enfrentada con su medio y atravesada por concepciones románticas. Enfrentamiento y romanticismo hallan una síntesis en su literatura.

Esa especie de abrumada declaración de principios, alejada –en lo inmediato– de lo genital se expresa de un modo impersonal, fatalista. Lo “despiadado” es el hecho, que además parece irreversible; se despidió al posible sujeto que ejecutaría tal falta de piedad humana en detrimento de la mujer.

Resulta significativo que aparezca, en la secuencia mosaica del diario, justo a continuación del triunfo de una mujer: la primera escultora argentina, M. Josefa Aguirre. Después de las felicitaciones por su éxito en Francia, luego de los buenos deseos para que retorne “coronada del merecido laurel” surge la máxima, flotante y autosuficiente en medio de la página, como un desafío que tiene el efecto de relativizar los logros de “Pepita”, como J. Manuela suele llamarla.

El honor de una escritora es doble: el honor de su conducta y el honor de su pluma. Tal convicción, cara a la nobleza y a la moral, evidencia el estado de alerta, en términos de género, que siempre caracterizó las reflexiones de Juana Manuela, hasta el punto de un análisis en el cual abundan prescripciones y proscripciones respecto de qué debe hacer una mujer cuando escribe.

Esta también es una aseveración de la Gorriti anciana (1889), de la Gorriti a la cual, además de su condición de mujer, le preocupa su condición de vieja. Una actitud nada neutra frente al género y la cronología, una conciencia de las condiciones de producción que no elude las instancias más corporales desde las que trabaja. Así se articulan la queja, el reclamo, la nostalgia, la enfermedad y toda una retórica de la minusvalía que ostenta en su haber el hecho de poder seguir (la continuidad de la escritura) a pesar de las circunstancias.

El lugar estratégico de la máxima es otro en este

caso: viene a cerrar un fragmento. Es la culminación necesaria, aunque no previsible, de un comentario en torno –nuevamente– a una mujer y su obra, Mercedes Cabello de Carbonera. Lo que hace Gorriti, para decirlo de una sola vez, es una censura.

Argumenta contra el naturalismo de *Blanca Sol* y sugiere una estética de lo velado, al confesar que no se cansa de predicarle que *el mal no debe pintarse con lodo sino con nieblas*, sobre todo si no se es varón. Los enemigos que semejante escritura puede provocar resultan “si incómodos para un hombre, mortales para una mujer”. La crítica como conjuro que realiza aquí marca una etapa de sus apreciaciones de M. Cabello y sus trabajos. Si en 1878 el reproche a la amiga consistía en que se dedicaba poco a la literatura, por ocuparse de cosas de femenina liviandad (“Mercedes estará entregada a las modas, al lujo, a la coquetería”), en el '89 no va a perdonarle que se dedique a la literatura de un modo tan poco femenino y le sermoneará acerca de la utilización de trazos más livianos. Al año siguiente, al mismo tiempo que recrimina a Cabello, no podrá evitar un tono admirativo, como el de “¡Qué levantamiento de faldas a las señoronas de las sociedades piadosas!”. Se regocija pero se contiene, es la posibilidad de la ‘desnudez’ lo que la asusta. ¿Qué se les va a ver a las señoronas piadosas por abajo de las faldas? ¿Acaso el despiadado sexo?

Tanto va a preocuparse y reflexionar Gorriti en torno a estos tópicos que llegará a postular una correspondencia entre géneros. Género sexual y género literario no pueden combinarse de manera arbitraria: *el género más agradable de manejar en literatura, para una mujer, es la novela* (1890), pero la que no sea naturalista.

Género dilecto pero no único en sus trabajos. Las novelas, en general, las probará breves y respecto del resto podría decirse que J. M. Gorriti tentó casi todos los géneros. Los relatos históricos conviven con las cartas, el recetario de cocina, el prólogo, del diario, la plegaria, el discurso fúnebre, la crítica literaria, la arenga, la miscelánea, el aforismo, el periodismo, la crónica, el libro de memorias...³

Huyendo de un varón (el Gral. Belzú) y vestida de varón, volvió a Salta en 1842. Este disfraz, multiplicado en su obra, da cuentas de las ventajas del “sexo fuerte”. El disimulo de la feminidad permite vehiculizar acciones y palabras que, de otro modo, caerían en el vacío del propio sexo.

El travestismo literario anuncia dos marcas: una corporal y otra gramatical. Es esta última el verdadero espacio de fuga. El disfraz instaaura el logro (adquirir lo deseado gracias a él), pero también la perplejidad; construye la mentira (en la que el otro queda atrapado), pero también la paradoja que convierte en víctima a quien protagoniza esa ficción; proporciona el tiempo de un conocimiento más profundo del engaño (mientras se permanece tras la ‘máscara’ pueden advertirse rasgos del otro que sin ella no se verían, el enfrentado muestra otros aspectos porque no sabe frente a quién está), pero

también el del reconocimiento (tanto por parte del protagonista que descubre en sí mismo facetas hasta entonces ignoradas, como por parte del otro – según un modelo clásico de anagnórisis–.

Las consecuencias que un cambio de género promueve son múltiples; cuando menos, un problema de verosimilitud. En los relatos de Gorriti los camuflajes de esta índole nunca aparecen pensados en términos morales como estafa. Más bien se trata de una artimaña; y es allí, en esa zona ignorante de culpabilidades y otras consideraciones impropias del artificio donde pueden observarse las oscilaciones de género y donde se está postulando una poética.

En el otro extremo de la desnudez, el disfraz, lindero con la muerte, se presenta para volver menos vulnerable al personaje, para reproducir sus fuerzas. Por eso las mujeres no sólo se disfrazan de varones, también se disfrazan de mujeres. De otras. De un exponente menos débil de su sexo (así Laura, en medio de su enfermedad, en “Peregrinaciones de un alma triste”, 1875).

A diferencia de Eduarda Mansilla, por ejemplo, cuando el disfraz llega al nombre, Gorriti jamás se escuda en la masculinidad. Seudónimos, rara vez y con estos atributos: nombre de mujer e indicios ostensibles para saber de quién se trata; el seudónimo en Gorriti funciona más como coquetería – mostración– que como ocultamiento de su persona, y, mucho menos, de su sexo.

La mujer debe ser mujer en todos los actos de su vida ordena otra de las máximas de *Lo íntimo*, sin olvidarse de aclarar que “si en una joven ostentar alguna vez los atributos del sexo fuerte es una gracia, en la edad madura es la más ridícula de las ridiculeces” (1887), memoria y prevención parecen darse cita.

¿Cómo ser, entonces, mujer, en el acto de la escritura? ¿Descartando

los versos “imprudentes” de un poema quichua para *La Alborada del Plata*? Gorriti, en el número dos (25/11/1877), al presentar la traducción del “Manchay Puitu” aclara, en nota al pie: “Al hacerla hemos tenido especial cuidado de suprimir, en estas estrofas, los versos que pudieran ofender el decoro de nuestras lectoras”.

No sólo no incorpora a la

traducción las *partes peligrosas* sino que también las suprime del original quichua. Esto es notable en cuanto subordina realmente la escritura al género (a lo que ella considera adecuado en cuanto al género). El “doble honor de la escritora” que proclamará años después tiene aquí una resolución simple. El decoro de la escritora: respetar la letra, el texto del otro autor (en este caso se trata de un poema bastante popular) es superado por otro “decoro”, otro respeto; la tan proclamada ética intelectual es sustituida por la moral de su tiempo. El hecho de que se reserve el “misterio” de un *corpus* popular en su labor de traductor y además como transcriptora nos presenta nuevamente a una J. M. Gorriti ejerciendo censura desde un saber. Juana Manuela *controla* la lengua y sus ojos se acercan (como lectora de la lengua nativa) a la naturaleza del sexo que borran sus manos (como transcriptora–intérprete).

Un coro de mujeres (acaso el mismo de las ‘señoronas piadosas’) escandalizables se esconde tras el decoro siempre tan buscado por Gorriti. Ella llega hasta el límite que Mercedes Cabello se atreve a romper. La frontera está determinada por las líneas de la aceptabilidad.

Adaptar hasta lo aceptable, adoptar frente al otro sus parámetros. Alternar varones y mujeres como interlocutores/-as, porque el lugar de la censura es masculino.

Así, por ejemplo, va a trabajar dentro del marco de *La Alborada del Plata*, periódico destinado especialmente a las mujeres. Había en él colaboradoras, pero ninguna de ellas gozaba del privilegio de ejercer control: Josefina Pelliza, Lola Larrosa, “Zoraida” (Eufrasia Cabral), entre otras. Mientras las escritoras polemizan dentro del periódico acerca de la emancipación de la mujer, J. M. Gorriti encarga la tarea de selección de textos a un jurado en el cual son todos varones: Santiago Estrada (que no acepta), Santiago Vaca Guzmán, Mariano Pelliza y Eduardo Bustillo.⁴ Asimismo, en un acto final, que también es un gesto, Juana Manuela *deja* su puesto a Josefina Pelliza.⁵ La síntesis propuesta parece ser: la dirección a una mujer, pero la censura a un grupo de varones.

(Con el siguiente agregado: una inversión de roles, cuando Gorriti necesita sustraerse de lo público a lo privado hace pública su retirada y de modo complementario “saca” a alguien –a otra mujer– de su espacio privado para que aparezca en el público que ella abrió.⁶ “Completamente olvidada del ruido literario, retirada a la vida tranquila del hogar, he sido sorprendida de una manera inexplicable por mi querida amiga Juana Manuela Gorriti”.)

¿Es que la confianza a las mujeres nunca es completa? ¿Es que Gorriti siempre distribuye ademanes compensatorios, da y se sustrae, toca y huye, incita y controla? ¿Es que su *feminidad* le sirve como fuente de seducción y su *patrimonio* simbólico como posibilidad de control? ¿Es que, como en el “locutorio” del mismo periódico, se convence de que a las mujeres no se las puede dejar solas, de que deben



ser 'conducidas' y se siente elegida para ese rol intermedio entre los géneros?⁷ ¿Es que cuando aparece *otra mujer*, amiga o no, se abren otros juegos peligrosos, se le juega algo del orden del protagonismo o el afecto? ¿Y entonces, la máxima de que *nada hay más despiadado para una mujer como su sexo* puede empezar a querer decir, también, alguna otra cosa?

Notas

¹ Para subsistir sus trabajos literarios se complementan con su tarea en la enseñanza de primeras letras.

² Todas las citas de *Lo íntimo* corresponden a la edición de Ramón Espasa, Bs.As., s/f (1983?).

³ No al teatro y a la poesía –hasta lo que nos llega–, ése, el de la lírica, era el terreno que le dejaba a su hija Mercedes Belzú de Dorado y era, además, el punto que encandilaba a las aficionadas y a más de una profesional de su tiempo; ella se sustrae. En esto también habrá una marca de la diferencia con otras mujeres.

⁴ Cf. *La Alborada del Plata*, Año I, N° 5, domingo 23/XII/1877, donde se hace público el pedido de J.M. Gorriti; y el N° 8, 6/I/1878, donde se reproducen las respuestas de cada uno de los caballeros convocados.

⁵ Las decisiones de ésta quedarían acotadas por un trío de voces masculinas. Es cierto que Gorriti llama a

dicho jurado censor mientras ella misma es directora, pero también es cierto que, entre proposiciones y respuestas estamos ya en el N° 8 y el último que Gorriti tendrá a su cargo será el 9 (13/I/1878), con lo cual, de hecho, el jurado entra cuando ella se retira.

⁶ “La Dirección” del N° 9 de *La Alborada del Plata* trae, junto a consideraciones de índole biográfica, la aclaración de que su ida “que pudiese ser inconveniente en la marcha regular de este Semanario, queda salvada en provecho de sus favorecedores, por la cesión hecha a la Señora Josefina Pelliza de Sagasta, á cargo de cuya inteligencia continuará desde el próximo número 10”.

⁷ En el primer número de *La Alborada del Plata* (18/XI/1877) queda inaugurada la sección ‘Mosaico’ bajo la firma de *Emma*; y J. M. Gorriti la define así: “¿Podría creerse que este oscuro rincón, tapizado de abigarrada chismografía, sea el sitio mas aneclado de la redacción? Sin embargo, nada mas natural. Es un locutorio donde el cronista cuenta con la dicha de platicar mano á mano y á corazón abierto, con sus hermosas lectoras; [...] las mima; las lisonjea y les dice, en amor...las verdades del barquero”. Detrás de un seudónimo femenino (*Emma*) emerge la función cronista, pero, como la función “hace” el género, *Emma* es el cronista y se asume como narrador masculino (esto se refuerza en la comparación con el barquero).

EL DESIERTO QUE NO ES TAL: ESCRITORAS Y ESCRITURA

LEA FLETCHER

En el atlas de la narrativa argentina, el terreno de la mujer está representado generalmente por un desierto rodeado de montañas por los cuatro costados: las cumbres Gorriti, el acantilado Lange, la cordillera Ocampo y los cerros Guido.¹ Si cercenamos dicho terreno a uno específico, como el de la década de 1930, el atlas se modificaría así: las cumbres Bosco, el acantilado Lange, la cordillera Ocampo y los cerros Bullrich; con la excepción de Lange, todas publicaron su primer libro de narrativa en esa década. Esta imagen –en particular la parte del desierto– es un espejismo compartido, inadvertidamente o no, por muchas personas que investigan y escriben sobre la literatura argentina; ven solamente a las grandes figuras, los nombres reconocidos que lograron cincelarse un lugar –por más variada que sea la explicación del logro– en la historia literaria del país. A esta limitación se puede agregar el hecho de que en la Argentina es bastante reciente el esfuerzo por considerar la obra de las escritoras –de nuevo, las grandes figuras– desde una óptica que no provenga del campo estético y valorativo patriarcal. La distorsión es múltiple; un ejemplo basta y sobra: ¿quién conoce o ha leído a las sesenta autoras con noventa libros de narrativa publicados durante la década de 1930?² El objetivo

del presente trabajo es rescatar una parte de la tradición literaria femenina argentina, una parte tan fecunda como desconocida: la década de 1930.

No quiero insinuar que las mujeres y su escritura han sido omitidas por alguna conspiración ni tampoco diré que todos estos textos ignorados son “buena literatura”,³ pero sí creo que es hora que se reconozca que la literatura argentina no solamente no es una cuestión de escritores varones⁴ sino tampoco se trata de algunas escritoras reconocidas, en base a quienes se elaboran teorías acerca de la escritura de mujeres en general. Al no tomar en cuenta las otras escritoras –a veces menores, a veces no– se pierde de vista la relación entre ellas como también de la relación entre ellas y sus tiempos, se desconoce la presencia constante de escritoras y sus contribuciones, y se intenta valorizar y periodizar su obra según factores muchas veces ajenas a ellas y su obra.

Cualquier examen de la escena literaria y las publicaciones de esta época tiene que considerar una revista de primordial importancia en cuanto al tema de la escritura de mujeres: *La Literatura Argentina*, dirigida por L. J. Rosso. La presencia de las escritoras y de información sobre ellas, su obra y actividades es una de las características más notables e inusuales de esta revista: los comentarios sobre las autoras y sus libros, entrevistas con ellas, y notas de fondo sobre ellas y/o la literatura femenina están presentes desde el primer número, entre mezclados con las notas sobre los escritores y sus libros; a partir del N° 37 (setiembre de 1931) se crea la sección fija “Libro femenino”, a cargo de la poeta María Raquel Adler, en la cual se concentran todas

las notas críticas y bibliográficas sobre los libros de mujeres; en el siguiente número se inicia otra sección femenina, la de “Escritoras del interior”; en e

1
Nº 40 de dic. de 1931 comienza a aparecer esporádicamente “Notas femeninas” con una suerte de gacetillas acerca de las actividades de las escritoras; y en el Nº 57 (mayo de 1933) se crea “Escritoras sobre escritoras”. Otro dato: de los 104 números que aparecieron, hay dos cuya nota de tapa están dedicadas a un asunto femenino: una sobre la Primera Exposición Latinoamericana del Libro Femenino (Nº 35, julio de 1931) y la otra sobre Nydia Lamarque (Nº 19, marzo de 1930); todas las otras tapas están dedicadas a escritores fallecidos.⁵

Si enmarcamos *La Literatura Argentina* en su tiempo y ámbito en cuanto a las revistas contemporáneas a ella se patentiza la relevancia de estas secciones femeninas. Las publicaciones literarias más importantes que aparecían en esa época eran *Nosotros* (1907-1943), *Claridad* (1926-1936), *Síntesis* (1927-1930), *Nervio* (1931-1936), *Cursos y Conferencias* (1931-1959), y *Sur* (1931-1979?); las revistas feministas eran *Tribuna Femenina* (1931-?), *Mujeres de América* (1933-1935, en la cual encontramos de vez en cuando una sección de “Libros de hombres comentados por mujeres”), y *Vida Femenina* (1932-1941).⁶ Ni siquiera juntando todas estas revistas, tanto las literarias como las feministas, para confeccionar una lista de las autoras y sus libros llegamos a un mínimo porcentaje de lo que se encuentra en *La Literatura Argentina*, una excepcional fuente de información acerca de las escritoras. La página femenina de publicaciones periódicas populares y generales se ha incorporado en una publicación específicamente literario-bibliográfica.

Cabe preguntar, entonces, ¿por qué ninguno de los estudios bibliográficos sobre las revistas literarias argentinas menciona la existencia de esta sección? La respuesta se debe buscar en el lugar desde donde se mira: antes de poder mirar hay que poder ver y para que esto suceda, es necesario que una persona esté atenta a las diferencias, a tal punto de preguntarse acerca de las implicancias de estas “anomalías”. Evidentemente no estaban conscientes de la cuestión de género representada en esta revista; por eso, no les parecía ni llamativa ni meritoria esta “presencia femenina”, aun cuando sería la primera vez que se encuentra en una revista literaria argentina. Al saber ver desde otro lugar para apreciar este fenómeno, esta presencia, su significancia salta a la luz.

Ahora bien, creo oportuno contemplar esta “estructuración” de las escritoras, sus obras, actividades y pensamientos. Por un lado, Adler, como otras escritoras cuyas opiniones se leen en la revista, cree en la unión de varones y mujeres y de sus obras: una sola literatura, no una por y para un sexo y otra por y para otro sexo; mientras por otro lado, se separa toda la producción femenina de la masculina en las páginas de esta publicación: lo concerniente a los

varones se encuentra por toda la revista, sin ninguna clasificación genérico-sexual, mientras lo femenino se agrupa bajo uno y otro subtítulo, estando así o recalcado o excluido. No se trata de si hay o no una literatura femenina y una literatura masculina, sino de la posibilidad, de la necesidad, de incorporar aquella en lo que se ve como la *literatura*, es decir, la literatura masculina.⁷

¿Diferentes e iguales? El debate sobre la igualdad o no entre el varón y la mujer, sobre la jerarquización de lo masculino y lo femenino, sobre el valor o no de lo diferente –en este caso representado por la separación de lo diferente de “lo no diferente” en una sección como “Libros femeninos”– forman parte del escenario aún hoy. La interpretación depende de la lectura.

Mi lectura es ésta: no puedo saber cuál era la intención del editor, como tampoco de Adler, pero el resultado fue la exaltación de la creatividad femenina. La estrategia empleada –o tal vez será más adecuado decir, las consecuencias de la separación de la creatividad femenina en una sección– se puede designar como “discriminación positiva”.⁸ En la polémica entre María Velasco y Arias y Enrique de Gandía, que trataré más adelante, Adler hace la siguiente aclaración, en un aparente intento de suavizar el golpe que Gandía está por dar en su respuesta a Velasco y Arias, cosa que Adler no hace en otras circunstancias, es decir, circunstancias favorables a las escritoras:

“Encuadrado dentro del movimiento femenino de esta revista, todo lo que puede estimular y analizar la obra de la mujer escritora, como un bien y un mal necesarios, esta página firmada [por Enrique de Gandía], debe ser meditada por toda escritora con escrupulosa conciencia. El ataque si es severo y justo pone a prueba nuestra sensibilidad y nuestro decoro. Si es sutil, premeditado, perverso, hace un llamado a nuestra capacidad y a nuestra buena inteligencia. Demás está decir que el movimiento femenino, que iniciamos en *La Literatura Argentina*, acompañará siempre con el estímulo y la justicia a todas las escritoras”. (Nº 40, dic. de 1931)

Aunque esta revista no se propusiera servir como arena para la reproducción del debate del tema “feminista” de la época, en gran parte lo hizo, siempre desde una postura intelectual más bien reformista.⁹ “El movimiento femenino” se admite –¿por el editor? ¿Adler? ¿ambos?– sin problemas, mientras “el feminismo” entra a través de las colaboraciones de las otras mujeres, debido a la política pluralista de la revista:

“Este sumario [de la participación femenina en *L.L.A.*] a vuelo de pluma puede dar, sin embargo, la evidencia del núcleo ya crecido de escritoras que se vincularon a nuestra revista, y cuyos libros, conceptos, opiniones y consideraciones tuvieron el eco correspondiente entre nosotros, que al no dar la preferencia a ninguna, acercamos a todas las intelectuales a las páginas

informativas y críticas de LA LITERATURA ARGENTINA".¹⁰ ("Actividad intelectual femenina", por María Raquel Adler, N° 64, dic. de 1933)

Lograron su objetivo: la contribución de esta singular revista a la difusión de los libros y las actividades de escritoras, así como su actitud sobre la polémica que se entabló a raíz de la constante aparición de las mujeres en la literatura, no encuentra su igual en ninguna otra publicación de su época.

Puesto que es de común consentimiento creer que hubo pocas escritoras en esa época, comenzamos con algo de estadística respecto al número de escritoras y sus obras editadas (sin especificar materia o disciplina y sin tratar de convertir estadísticas en literatura). La información proviene de tres artículos aparecidos en *La Literatura Argentina* sobre exposiciones de libros femeninos realizadas en 1928, 1931 y 1932. Juana Rouco Buela, conocida y respetada activista anarquista y directora de la revista militante femenina de esta tendencia política *Nuestra Tribuna* (1922-1925) reportó sobre el Tercer Congreso Internacional Femenino que tuvo lugar en la Argentina desde el 1° al 15 de diciembre de 1928. Una de las actividades del Congreso fue la exposición, por primera vez de todo el continente, de la producción literaria de la mujer latinoamericana. Sin ninguna pretensión de enumerar a todas las autoras y sus obras, Juana Rouco Buela se refiere brevemente a las distintas secciones, nombrando a 70 autoras y dejando sin mención a "otras muchas" (N° 4, dic. de 1928). A posteriori, en una larga nota sin firma sobre la Exposición Femenina del Libro Latinoamericano realizada por el Ateneo Femenino de Buenos Aires en julio de 1931, nos enteramos de que hubo 178 autoras argentinas con 326 libros. (De este número L. J. Rosso había editado a 28 de estas autoras, publicándoles 36 libros.) Sabemos que 133 autoras del resto de Latinoamérica expusieron con 240 libros y, sin especificar el país de origen, figura una lista de 12 autoras más con sus 19 libros. Las últimas estadísticas aportadas por *La Literatura Argentina* son referentes a la Exposición de Libros de Autoras Argentinas en 1932 bajo los auspicios de la Comisión de Cultura del Club del Progreso. Participaron 131 escritoras nacionales con 238 libros. Aunque una lectura de cifras fastidia, puede proporcionar información desconocida y útil: no es que no hubo escritoras en esa época sino que han pasado masivamente al olvido.

En el sexto año de *La Literatura Argentina*, Raquel Adler publica un breve sumario de la presencia de escritoras en sus páginas hasta la fecha. En el primer párrafo dice:

"*La Literatura Argentina* ha abierto, desde el primer número, sus páginas a la intelectualidad femenina. Nuestra revista ha ido clasificando a las escritoras, sus libros y sus expansiones intelectuales, número por número, sosteniendo la necesidad de dar a la producción femenina una posición asentada y reconocida en el ambiente

intelectual del país. Ya había sostenido en diversos editoriales de que tal reconocimiento era casi un deber en la hora actual, en que nutrido número de mujeres, residentes en la capital, provincias y territorios, escribe en su mayoría por vocación". (N° 64, dic. de 1933)

Veamos, pues, en qué consiste esta apertura.

La clasificación más obvia de la presencia de las escritoras en *La Literatura Argentina* será: 1.- las mujeres que escribieron (sobre los libros de otras mujeres, sobre los libros de los varones, o sobre otros temas) y 2.- las mujeres sobre quienes escribieron los varones. Comenzamos con esto último primero. Además de las colaboraciones masculinas sobre escritoras individuales, también figuran notas suyas de mayor envergadura, como por ejemplo la de Oscar R. Beltrán sobre "La mujer en la literatura y en la vida" en que avala sin titubeos la igualdad entre mujer y varón:

"[...] hacer notar un hecho sistemático y curioso: al hablar de la cuestión feminista, ningún hombre toma a la mujer en sí misma, aislada, sino que la estudia en sus funciones hogareñas, como madre y esposa, es decir, en constante relación biológica y sentimental con el que es su propio juez. [...] Bien afirma Cristóbal de Castro que, 'la hora fuerte del sexo débil ha sonado con vibraciones que se prolongarán en los siglos, anunciando el advenimiento de una verdad práctica que para muchos poetas y pensadores, era una verdad teórica; la desaparición de jerarquías sexuales, la más absurda aberración, quizá, de nuestra Historia Social ... Siempre quedará en pie el hecho fisiológico de que la mujer antes del feminismo, en el feminismo y después del feminismo, ha podido rivalizar con el hombre en todas las funciones del progreso humano. La mujer ha sustituido al hombre en todos los oficios y profesiones, tanto intelectuales como manuales, sin desventaja alguna". (N° 33, mayo de 1931)

Busqué en los siguientes números de la revista respuesta, polémica o no, a esta afirmación de Beltrán y no la encontré. No fue así con las otras notas, todas en contra de las mujeres -"Ideas peregrinas sobre una aspiración de la mujer" (N° 46, junio de 1932), por Salvador Merlino, "Una entrevista con Enrique de Gandía" (N° 34, junio de 1931) y "La mujer y la poesía" (N° 40, dic. de 1931), por Enrique de Gandía. La primera -"Ideas peregrinas..."- es un ataque satírico contra las mujeres que reclamaban que el jurado para los concursos municipales de literatura se formara por un número igual de varones y mujeres. En números anteriores, Raquel Adler había publicado dos artículos sobre el tema: "Las escritoras versus el Jurado Municipal" (N° 34, junio de 1931) y "Consideraciones sobre los premios femeninos. Formación de los Jurados e institución de premios" (N° 37, set. de 1931). En el primero, Adler incluye una carta de Teresa González, una

lectora del Chaco, en la cual ésta plantea que “el Jurado Municipal debería componerse en lo sucesivo de igual número de mujeres y hombres. Los premios tendrán entonces que discernirse equitativamente entre ellos”. Adler acoge la sugerencia, agrega unas observaciones (“tendrán” se convierte en “deberán”) y envía todo al intendente de Buenos Aires, quien reacciona designando a Alfonsina Storni para reemplazar a un miembro que renunció. En el segundo artículo, Adler se refiere al hecho:

“En el reciente decreto hay mucha buena voluntad. *La Literatura Argentina*, que fue la primera revista que expuso la necesidad de mover el ambiente con respecto a la obra femenina, está satisfecha en parte por la resolución de la Intendencia. No cree, sin embargo, que la incorporación de la escritora Storni solucione la opinión de los señores jurados en mayoría. Porque un voto no puede a veces contra seis. [...] Mucho nos tememos que el miembro femenino del Jurado Municipal sea sólo una figura decorativa de efectismo y de novedad”. (Nº 37, set. de 1931)

Hacia el final del mismo artículo, Adler hace un comentario que la convierte en una de las precursoras en la Argentina de la crítica literaria feminista cuando, al pedir que instituyan un premio municipal anual para el libro femenino, da voz a uno de los principios básicos de esta crítica: “reconocer en [la obra femenina] un valor nuevo, que hoy sólo se presiente, pero que existe”.

Los otros dos artículos referentes a Enrique de Gandía están inmersos en una polémica fuerte sobre la “profesión de escritora” que duró un año en las páginas de esta revista. Las semillas estaban sembradas en una afirmación de otra de las precursoras en la crítica literaria feminista, María Velasco y Arias¹¹:

– “L.L.A.: Eso de atacar más a las escritoras, ¿no le parece que es con razón justificada?

– M.V.A.: Nada justificará, en conciencia, que entre dos autores malos, si uno es del género femenino se extreme con éste la nota sañuda”. (María Velasco y Arias declara que la conferencia y la entrevista abusan ya de la tolerancia pública”, Nº 22, junio de 1930)

La tormenta, desatada en la entrevista con la respuesta de Gandía, va adquiriendo dimensiones más complejas. Este escritor y crítico, después de citar palabras parecidas a las suyas emitidas anteriormente por Leopoldo Lugones, formula su juicio acerca de las escritoras en las siguientes palabras:

“La literata, por su propia profesión, se masculiniza y de ahí su tendencia, que ella misma advierte, de quererse igualar al hombre. [...] Y bien –se me dirá– ¿qué importa que la mujer escriba como un hombre y que sólo por excepción haya alguna mujer que en sus escritos se conserva siempre mujer? Importar me parece que nada importa, al menos por ahora, en que la

producción literaria femenina no amenaza con suplantarse a la masculina”. (Nº 34, junio de 1931)¹²

María Velasco y Arias refuta el concepto de Gandía acerca de los elementos característicos de la escritura masculina y la femenina señalando que:

“El hombre se endiosa como arquetipo de lo mejor entre lo bueno: él califica, y si a regañadientes tiene que reconocer una valía inobjetable la arrima al grupo de la producción masculina mudando el género gramatical de las palabras aplicables a la artista. Ellos incurren en el yerro y acusan de falla psicológica a ella”. (“Entrevista”, Nº 37, set. de 1931)

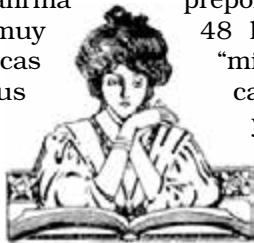
Después, Velasco y Arias recuerda a sus lectores/-as “los resultados de las normas sociales que emparedaron siempre a la mujer, impidiéndole no el escribir poesías, sino el *escribir*, el mecánico escribir”. Termina su respuesta a Gandía reconociendo que “estamos en época de transición: del subterráneo, a la gloriosa luz del día en la superficie amada del planeta, y el resplandor solar ha encandilado muchos ojos; esperemos la acomodación al medio, que ya llegará el equilibrio del remanso dominador”.

A su vez, Gandía contesta vehemente las ideas expresadas por Velasco y Arias:

“Siempre he dicho que no debe existir diferencia entre los derechos de la mujer y del hombre, y que la ciencia y la literatura están abiertas tanto para una como para otro. [...] Lo que contribuye, en las naciones del Plata, a que muchos intelectuales no tengan por las mujeres que escriben, especialmente en nuestra patria, la admiración que les demostraban en sus comienzos, es la vanidad infundada que ha atacado a la gran mayoría de nuestras poetisas. [...] Las damas que en esta Revista salieron a la palestra para refutar mis declaraciones en la entrevista de que fui objeto, creen que he cometido un error al escribir que ‘en ninguna época hubo una poetisa superior a ningún poeta de su tiempo’ y que al preguntar, ‘¿Qué mujer ha osado medirse con Homero, con Virgilio, con Dante, con Petrarca, con Ariosto, con el Tasso, con Goethe, con Milton y con la falange de poetas españoles?’ hubiera podido pensar en ‘la vehemente Safo’, la más insignificante de los poetas de su tiempo, a quien sin duda no ha leído ninguna de las damas que la citan, a Santa Teresa, a Sor Juana Inés, a Gertrudis Gómez de Avellaneda, a Carolina Coronado, a Rosalía de Castro y a Ada Negri. Y ahora me pregunto yo: ¿No han hallado mis simpáticas contendoras otras campeonas que oponer a Homero, a Dante, a Petrarca, etc.? Sólo un apasionamiento extraviado puede hacerlas exhibir esa lista de valores femeninos. [Después, y como si esto fuera poco, dedica el resto –una página y media– de su artículo de dos páginas] al narcisismo literario [...] la singular dolencia que define el

estado patológico de ciertas poetisas. [Hasta postula el término 'literatosis' para su teoría].¹³ (N° 40, dic. de 1931)

Tres escritoras le responden: la primera es María Velasco y Arias, firme en su oposición ("La mujer y la poesía", N° 41, enero de 1932); después Hilda Pina Shaw levanta la bandera de Gandía y afirma que "hay en proporción con los hombres, muy pocas mujeres que escriben, y son tan pocas que ninguna ha sobrepasado todavía en sus producciones literarias al talento masculino" ("Hilda Pina Shaw coincide con Enrique de Gandía", N° 41, ene. de 1932) y, por último, Malvina Rosa Quiroga, quien comparte con Gandía "la opinión de que la inteligencia del hombre está mejor dotada para las disciplinas intelectuales, culpa en parte, fundamentalmente, de la inferioridad de ilustración que por siglos recibió la mujer. Pero también factores físicos y espirituales que nos diferencian esencialmente del hombre" ("Comentario sobre el artículo 'La mujer y la poesía' de Enrique de Gandía", N° 46, junio de 1932).



En realidad, este debate no desaparece nunca de las páginas de esta revista; es más, aunque en menor grado, sigue vigente hoy. Los escritores se dieron cuenta que las escritoras se tomaban en serio, que buscaban ocupar un lugar en el escenario literario, que luchaban por su convicción de que los valores canónicos no eran ni los únicos ni los mejores. Aunque no eran las primeras escritoras profesionales del país –recordamos a Juana Manuela Gorriti, Lola Larrosa de Ansaldo, por ejemplo–, sus filas se habían ensanchado sustancialmente y entraban en números cada vez más grandes al mundo público:

"¿Quién hubiese creído, por ejemplo, hace diez años, y tomo este espacio de tiempo para relacionar mejor el aspecto de entonces, en el movimiento creciente de ahora, en lo que se refiere a la profesión de escritora, a que viene incorporándose la mujer, con mayor o menor éxito según su capacidad o su temperamento?" ("A manera de respuesta", de Raquel Adler, N° 58, junio de 1933)

La perseverancia de escribir sobre cualquier tema, de ser reconocida como escritora de parte de las mujeres y la reacción a este fenómeno se reflejan en *La Literatura Argentina*, ofreciendo así una singular oportunidad para poder apreciar su situación en el mundo literario y también su relación con otras escritoras. Escribieron sobre temas diversos, desde la poesía o la crítica literaria o la nueva ley de propiedad literaria y artística hasta las figuras hispánicas en la biografía norteamericana, pasando por artículos sobre la ciencia como la base del arte, y otros artículos sobre la psicología necesaria para el buen ejercicio del periodismo. El tema más frecuentado por ellas fue el de las escritoras y su obra.

Aunque el alcance del tratamiento del tema de las escritoras traspasó las fronteras del país y los fines de la revista misma de ocuparse de la literatura argentina –hay notas sobre escritoras del Brasil, Chile, Uruguay, Perú, Cuba, Puerto Rico, Bolivia, Francia, España, Estados Unidos, Gran Bretaña–, son las escritoras argentinas quienes naturalmente preponderan: encontramos comentarios sobre 48 libros de poesía, 56 de narrativa, 51 "misceláneos" (libros de poemas en prosa, cartas, viajes, memorias, biografías, cursos y conferencias, historia y literatura infantiles, idiomas, religión, leyendas, corte y confección, cocina, deporte, política, docencia, ciencias; libros de ensayo sobre derecho, la mujer en el ejercicio de la carrera de ingeniería, la teoría de la música, crítica literaria, etc.).

Las escritoras argentinas que figuran en esta revista no son solamente las porteñas. Adler emprendió el proyecto "Escritoras del interior" con el propósito explícito de "acercar y de dar a conocer a las escritoras [del interior] cuya existencia se desconoce o se conoce a medias" (N° 38, oct. de 1931). En su nota inicial sobre el proyecto, Adler toca un tema de marcada resonancia en esa época: la inteligencia de la mujer. Es decir, si la poseía o no, y si la respuesta era sí, si era menor o igual a la del varón. Dice Adler que los/las lectores/-as de la revista:

"[han] de pensar que este [alto] número [de escritoras] es una veta abierta en la mina de la inteligencia femenina y que esta facultad existe. Hoy más que nunca su voz debe ser leída; hoy más que nunca ellas amalgaman la vida con el esfuerzo y la inteligencia, en cambio de las que hace aun poco tiempo, encantaron tan sólo con la sonrisa efímera y la belleza pasajera. [Adler cree] en la efervescencia de esta hora en que la mujer, sobre todo en nuestro país, viene a fervorizar el momento literario actual, prestándole un matiz nuevo al ofrecerle la rica, espontánea y a veces sólida capacidad de su talento y de su esfuerzo". (N° 38, oct. de 1931)

La encuesta que hizo conocer en las páginas de esta revista incluía seis preguntas, de las cuales interesan dos: ¿No opina Ud. que la mujer ocupa un puesto en la literatura nacional? y ¿Cree Ud. en la calidad literaria de la mujer escritora como para poder competir con la del hombre? Las catorce mujeres encuestadas responden afirmativamente.¹⁴ Algunas agregan que no creen que el sexo tiene que ver con la calidad de una obra literaria y otras dicen que la literatura de la mujer y la del varón van por caminos paralelos pero diferentes y por eso no pueden competir ni compararse. En otras circunstancias, al preguntar a las escritoras acerca del valor de la literatura de sus congéneres, abren juicios que caen en dos campos mutuamente excluyentes. En uno, advierten grandes valores en la escritura femenina y en el otro, afirman que aún no

ha aparecido ninguna escritora de verdadero mérito. Era de esperarse, pues reflejan el clima intelectual de la época.

Además de esta encuesta, encontramos muchísimas notas y entrevistas con escritoras de la capital que indican la misma actitud. Aunque ninguna mujer publicada en las páginas de *La Literatura Argentina* deja de considerar que la inteligencia femenina es igual a la del varón, hay discordia en cuanto a los valores relativos de la escritura de varones y mujeres, amén del siempre vigente tema de la categorización sexual de la literatura.

El último proyecto para incorporar a las escritoras en esta revista y dar cabida a voces distintas fue el de "Escritoras vistas por escritoras". Como las otras secciones femeninas, ésta, de irregular aparición, dio una estructura y encuadre a los comentarios sobre la obra literaria de mujeres escritos por otras literatas, que ya venían publicándose esporádicamente en la revista. Una lectura de estos juicios revela que las escritoras tomaron muy en serio su trabajo; estaban construyendo no sólo su propio lugar sino el de toda escritora, buena o mala, sin pretender reconocimientos inmerecidos: querían dar y recibir una justa valoración de cada texto. Exigían calidad en las obras que comentaban y cuando no la encontraban, no escatimaban ni crítica ni sugerencias sobre el estilo, el desarrollo del trama y la elección de la misma. Como las profesionales que eran, atentas a su tarea, reconocieron tempranamente la estrategia insidiosa empleada en su contra y advirtieron a las escritoras que no se dejaran engañar:

"Todavía los varones más retrógrados y los más soberbios, suelen infligir elogios a cualquier tontera que en el orden intelectual produzca una mujer, con esa benévola superioridad de los sabios para con las nimiedades de los niños en edad del deletreo. Nótese bien que digo tontera, pues si lo producido es de valía real no habrá para la dama sino reproche, acritud, inquina". ("El primer cancionero dedicado a la poesía de la mujer argentina contemporánea", por María Velasco y Arias, N° 28, dic. de 1930)

El círculo, los círculos, de escritoras no sólo crecían sino se fortalecían y se nutrían de las coincidencias y las disidencias entre sí. Autoras como Herminia Brumana y Chita Leonard, entre muchas otras, confirmaron que leían con interés a las escritoras nacionales y que querían, a su vez, ser leídas por ellas. De hecho, una de las características de las escritoras argentinas desde siempre es su dedicación a otras mujeres, escritoras o no. Desde los primeros momentos en la historia literaria femenina, se han preocupado por leer, comentar y fomentar la lectura de otras escritoras. También ha habido escritoras, como Victoria Ocampo, que afirmaron que querían escribir, bien o mal, pero escribir siempre como una mujer.¹⁵

Esta dedicación al mundo femenino se tradujo en

la temática que desarrollaron, muchas veces, a través de una mujer como protagonista. Esto se ve en obras tan disímiles temáticamente como *¡Quiero trabajo!* (1933) y *Mineros de Asturias* (1936), novelas de María Luisa Carnelli, *Cárcel de mujeres* (1933), novela de Angélica Mendoza, o *Los cíclopes*, poesía de Nydia Lamarque, libros con un marcado contenido político-social; *Liceo de señoritas* (1930), cuentos de Raquel Grünberg, *La grúa* (1931), cuentos de Herminia Brumana, *45 días y 30 marineros* (1933), novela de Norah Lange, textos de crítica social sobre la clase media en el caso de Brumana y sobre la clase acomodada en los de Lange y Grünberg; libros de amor sentimental, como *Corazón al viento* (1936), de Ethel Kurlat; *Una mujer siglo XX* (1933), cuentos de Rosalba Aliaga Sarmiento sobre "el feminismo femenino"; o libros de recuerdos infantiles como *El manuscrito de Silvia Gallus* (1934), de Susana Calandrelli, y *Viaje olvidado* (1937), de Silvina Ocampo.

En fin, "el desierto rodeado de montañas" no existió nunca en la literatura argentina. Las mujeres no demoraron mucho más que los varones en intentar su suerte en el mundo de las letras. Desde la aparición en la Argentina de la novela *La familia del Comendador* (1854), de Juana Manso, las mujeres han escrito y se han ocupado de tratar a otras escritoras y hacerlas conocer.¹⁶ Su número no llegó a constituir un acontecimiento alarmante para el mundo literario hasta que aparecieron en números superiores en la década de 1930, que, además de hacerse sentir por cantidad se hicieron notar por profesionales. No saber quiénes son, no investigar acerca de ellas y su obra forma parte de la confabulación del espejismo.

Notas

¹ Pido prestada esta imagen a Elaine Showalter (*A Literature of Their Own. British Women Novelists from Brontë to Lessing*, 1977, p. vii). Estos "hitos geográficos" en la narrativa argentina siguen un orden cronológico; si se quiere, "los cerros Guido" se puede reemplazar por "los cerros Lynch", "Orphee", "Gorodischer"; no tiene mayor importancia cuál nombre figura, pues de todas maneras se ignora a muchísimas escritoras.

² Esta información viene de la "Bibliografía de la narrativa de narradoras argentinas. Siglos XIX y XX" en la que trabajo desde hace nueve años. Se notará más adelante que mis cifras no coinciden con las de *La Literatura Argentina*; esto se debe a que –entre otras razones– éstas responden a todo tipo de escritura de mujeres y no sólo a la narrativa.

³ La inclusión o no de un autor o de una autora en el canon literario no se debe –muchas veces– al mérito intrínseco de su obra sino a las circunstancias y los mecanismos intrincados que la valoran, que no son fijos sino variables, según la época.

⁴ En adelante, la palabra "escritores" o "autores" se referirá únicamente a varones que escriben. Para hablar de varones y mujeres que escriben, emplearé "escritores y escritoras" o "autores y autoras".

⁵ Los siguientes números de *La Literatura Argentina*, por no ser localizados, no fueron consultados: Año III,

Nº 25 (set. de 1930), Nº 26 (oct. de 1930), Nº 27 (nov. de 1930), Nº 30 (abr. de 1931); Año VII, Nº 74 (oct. de 1934), Nº 78 (feb. de 1935), Nº 82 (junio de 1935); Año VIII, Nº 87 (marzo de 1936), Nº 89 (mayo de 1936), Nº 90 (junio de 1936), Nº 91 (julio de 1936), Nº 94 (oct. de 1936), Nº 95 (nov. de 1936), Nº 96 (dic. de 1936); Año IX, Nº 97 (ene. de 1937), Nº 99 (marzo de 1937); el último número que pude consultar fue Año IX, Nºs 103-105 (julio a set. de 1937).

⁶ Aunque las revistas femeninas como *El Hogar*, *Leoplán*, etc. forman un aporte importante al estudio de la actividad literaria de mujeres –principalmente en la publicación de sus escritos que no solían ser recogidos por las autoras para su posterior publicación en libro–, estas revistas quedan excluidas de la presente consideración porque no traían información bibliográfica sobre la escritura de mujeres –y las más de las veces, ni siquiera información biográfica referente a las autoras–. Además, un importante número de las colaboraciones de mujeres en estas revistas eran traducciones.

⁷ Los términos “literatura masculina” y “literatura femenina” se emplean aquí en el sentido de literatura escrita por una persona de uno u otro sexo biológico; no se contempla el área más compleja del género sexual de una persona que escribe.

⁸ Adler desarrolla este concepto –aunque, por supuesto, no usó este término– en su nota “Consideraciones sobre los premios femeninos. Formación de los Jurados e institución de premios” (Nº 37, set. de 1931).

⁹ En la revista se dio paso también a una postura abiertamente elitista, como lo demuestra la entrevista “Rosario Beltrán Núñez, fina y profunda escritora nos habla de sus libros y sus proyectos”: “La última pregunta, señora: ¿es Ud. partidaria del voto femenino? Si, soy partidaria del voto femenino; merece apoyo aún cuando más no sea por lo que significa de justicia para la mitad del género humano. Pero si no fuera casi imposible en esta época de democracia –como lo ha probado el fracaso de los ensayos hechos en algunos países de Europa– pediría el voto calificado para ambos sexos. Me horroriza pensar en el enorme porcentaje de votos inútiles e inconscientes de hoy. Dicen que así se va educando al pueblo en la democracia. Bien. Lo malo es que confiando en esto, están cerrando las escuelas ¿eh? ... ¡qué admirable criterio!” (Nº 45, mayo de 1932).

En la nota de tapa del número 19 (marzo de 1930), una entrevista con Nydia Lamarque, esta autora expresa su preocupación por los temas sociales y su devoción a la revolución social. Esto comprueba, una vez más, una intención pluralista en la dirección de la revista.

¹⁰ Por motivos que desconozco no figuran en el resumen los nombres de escritoras importantes que publicaban durante la vida de *L.L.A.*, como Rosalba Aliaga Sarmiento, María Luisa Carnelli, Norah Lange, Josefina Marpons, Rosa Wernicke. Dudo sinceramente que se debía a razones políticas porque estas escritoras eran de tendencias bien diferentes entre sí. Los nombres de Silvina Bullrich y Silvina Ocampo no aparecen porque sus primeros libros se publicaron en los momentos en que la revista dejaba de publicarse y el de María Angélica Bosco tal vez por tratarse de un único libro suyo editado en esos años.

¹¹ Ver, por ejemplo, su artículo “Cartas inéditas de Juana Manso”, *Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Año III, Nº

23, 1938 y su libro monumental *Juana Paula Manso. Vida y acción*, Buenos Aires, edición de la autora, 1937, 422 páginas.

¹² Algo parecido ocurrió con otro tema polémico: la masculinización de la mujer universitaria. Ver: “Las mujeres universitarias no son menos femeninas”, de Julia Prilutzky Farny (*El Hogar*, 10 de junio de 1932), artículo escrito en contra de uno que había aparecido con anterioridad titulado “¿Son menos femeninas las mujeres universitarias?”, en el cual el autor afirma la pregunta. Ver también: “Doctor Clodomiro Zavalia: ¿qué opina usted sobre la mujer universitaria?” (*El Hogar*, 9 de set. de 1932), cuestionario de Julia Prilutzky Farny al decano de la Facultad de Derecho. Hay que recordar que entre los años 1930 y 1940 las mujeres tenían menos oportunidad para participar en el mercado laboral y educativo, y cuando lo lograron, su participación era de menor importancia por razones coyunturales económicas. Esto por un lado, y por el otro, el cuantioso número de lectoras mujeres y la importante cantidad de escritoras, cuya presencia, debido a los logros que iban ganando en los terrenos de sus derechos civiles y la creciente autoestima que esto produjo durante esa época, se hacía sentir cada vez más. Esto hizo que se reflataran cuestiones ideológicas acerca de las mujeres y su inteligencia, “su rol natural”, su pérdida de femineidad, etc., como intentos patriarcales de controlarlas.

¹³ Reproduzco esta parte central de su artículo por ser altamente representativo de esta manera de pensar en esa época –y otras– expresada en el debate acerca de las escritoras y su inserción en el mundo público/literario.

¹⁴ Las mujeres son: Emilia S. de Pereyra, Ana María Garasino, María Amalia Zamora, Tilde Naná Pérez Pieroni, Teresa Ramos Carrion (Nº 40, dic. de 1931); Rosa Bazán de Cámara, Aida Moreno Lagos (chilena), Paulina Simoniello, Clotilde C. Buceto (Nº 42, feb. de 1932); Mercedes Pujato Crespo de Camelino Vedoya, Rosario Beltrán Núñez (Nº 45, mayo de 1932); Ana Etchegoyen (Nº 46, junio de 1932; Malvina Rosa Quiroga –en un cambio de su anterior punto de vista que sostuvo en la polémica sobre el valor de las obras literarias femeninas–, María Luisa González Barlett de Supery (Nº 55, marzo de 1933).

¹⁵ En su resumen de la actividad intelectual femenina en *L.L.A.*, Adler dice que escribió un juicio bibliográfico sobre una publicación de Victoria Ocampo. Debe figurar en uno de los números que no pude localizar, por lo tanto no lo he visto. Esta afirmación de Ocampo se reproduce en el primer volumen de sus *Testimonios*.

¹⁶ Me refiero exclusivamente a la primera publicación en el país de un libro de narrativa de una escritora argentina; no incluyo los primeros escritos, como la carta de Isabel de Guevarra, ni las primeras colaboraciones periodísticas de mujeres. La fecha de la otra novela de J. Manso, *Los misterios del Plata*, es incierta; al respecto, ver: 1.- Enrique Udaondo, *Diccionario biográfico argentino*, Bs.As., Imprenta y Casa Editora Coni, 1938; 2.- María Velasco y Arias, *Juana Paula Manso. Vida y acción*, Bs.As., Edición de la autora, 1937; 3.- Myron I. Lichtblau, *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*, New York, Hispanic Institute in the United States, 1959.

LA DAMA DE ESTAS RUINAS (SOBRE ALEJANDRA PIZARNIK)

MARÍA NEGRONI

Hungría, más exactamente Transilvania, circa 1600: en el castillo de Cestzje ocurren cosas raras. Al parecer, vive allí una gran dama, pariente de reyes, de palidez legendaria y ojos dementes, de cabellos “del color suntuoso de los cuervos”. Su nombre es Erzébet Bathóry, pero los campesinos de los alrededores la llaman *La Alimaña de Cestzje*. Algunos la han visto atravesar las salas de piedra del castillo envuelta en mutismo y terciopelo: bella reina de hielo rodeada de viejas y horrendas criadas, de brujas que saben de filtros contra la crueldad. Pero eso ocurre rara vez. Por lo general, la condesa permanece encerrada, pasa horas frente a espejos que replican la forma humana. De noche, se rumorea, la dama se extravía. Desciende a los lavaderos gélidos de su castillo y allí, con la ayuda y complicidad de sus sirvientas, tortura y asesina a muchachas. Es difícil no imaginar la escena: la condesa, de blanco immaculado, preside las ceremonias sombrías, suspendida en el silencio más álgido, los ojos perdidos en esa cosa sin nombre que está ocurriendo. Y el vestido se tiñe de un diluvio rojo. Arden las teas, los sentidos se embotan. Erzébet se ensaña cada vez más. La sangre brota de todas partes tiñendo el vestido de un diluvio rojo. Cuando la muchacha muere al fin, Erzébet puede relajarse: se baña en una tina de mármol llena de la tibia sangre de la suplicada. El prontuario final hablará de 650 víctimas.

Que un personaje así haya logrado impresionar una sensibilidad como la de Pizarnik no es de extrañar. Su propia propensión a la fascinación, su propio “embargamiento ante la muerte”—Osvaldo Rossler dixit—, su estética hecha de furores y precoces holocaustos la emparentan con violencia a la exquisitez sombría de Erzébet Bathóry. Pizarnik escribió *La condesa sangrienta* en 1965, publicando su trabajo primero en *Diálogos*, una revista mexicana, y después en la editorial argentina Aquarius en 1971, en el mismo año en que aparecía *El infierno musical*. Me interesa aclarar de inmediato que Pizarnik leyó la historia de la condesa de Cestzje en la novela gótica de Valentine Penrose *La comtesse sanglante*, publicada por Mercure de France en 1963 y que su libro es un comentario y una recreación de esa novela.

Dos fenómenos curiosos operan, en efecto, en lo que hace a la recepción de *La condesa sangrienta*. El primero: la ausencia de consideración de la novela de Penrose por parte de los pocos críticos que han hablado del trabajo de Pizarnik; el segundo: la falsa atribución a Pizarnik (en el medio literario porteño) del argumento, como si Penrose no fuera más que una máscara, una autora ficticia, inventada por la

poeta argentina para ocultarse o hacer un juego literario. De lo primero, baste citar como ejemplo este párrafo de Cristina Piña en su ensayo “La palabra obscena”: “Desgraciadamente no he podido consultar el libro de Valentine Penrose, a fin de discernir lo concretamente dicho por la ensayista [sic]—quien tampoco, según las palabras de Pizarnik, se ocupa de los puros datos documentales para construir un poema en prosa, jugando con los valores estéticos de la historia— [...] pero creo que, en el fondo, carece de importancia”. De lo segundo, no tengo más pruebas que mis propias conversaciones con otros poetas de mi generación. Ambos fenómenos obedecen, sin duda, a la falta de circulación en Argentina de la novela de Penrose, que sólo se conoció en castellano hace un año al incluirla Siruela en su colección “El ojo sin párpado”. Pero ¿alcanza para justificar lo primero, para explicar lo segundo? Hay aquí, me parece, una articulación específica de la obra con el mito del personaje literario. Yo diría: tres volteretas distintas. Por parte de la crítica, un atajo para ocultar una desinformación crucial. Por parte del público lector, una sofisticación exagerada, que viene de una desconfianza congénita (después de Borges) frente a los artificios literarios. Por parte de Pizarnik, un malentendido conveniente y no del todo falso. De hecho, esta apropiación de una imaginería perversa ajena pavimentada en ella, como bien señala Piña, el camino hacia una asunción ulterior de la palabra obscena, en especial en su libro *La bucanera de Pernambuco o Hilda la polígrafa*. El libro de Penrose era un *cult book* en la década del '60 en París (también Cortázar lo usó para enhebrar su ficción en *62 modelo para armar*): todo en él estimula la idea de la glosa. Saturado como está de episodios de fino desamparo, de sitios mágicos y personajes “lujuriosos, lunáticos y valerosos”, de leyendas de la luna que “vive en los desvanes de la noche”, de magia negra practicada en “el humo acre de las hojas de belladona y de estramonio”, este libro es un catálogo de imágenes como un diccionario mágico y una verdadera orgía de lenguaje.

En él aparecen, como en un espejo que antecede a su reflejo, muchas de las figuras y expresiones recurrentes en la poesía de Alejandra: la “dama de estas ruinas”, “la sonámbula vestida de blanco”, “la silenciosa”, “la hermosa alucinada”. Pavese dijo en *El oficio de poeta*: “Nos impresionan las palabras de los otros que resuenan en una zona ya nuestra y que, al hacerla vibrar, nos permiten apresar nuevos atisbos en nuestro interior”. La frontera difusa entre Penrose y Pizarnik proviene, con todo, de algo más profundo: el vínculo obsesivo con la muerte, el deseo furioso de inmovilizar la belleza para que sea eternamente “como un sueño de piedra”.

En el ya mencionado ensayo “La palabra obscena”, Piña atribuye la fascinación que suscita este pequeño libro de Pizarnik, de apenas 65 páginas, a su capacidad de articular lo obsceno, es decir, su capacidad de traer “adentro de la escena visible”

ciertas zonas de nuestra experiencia profunda de lo real que la vida cotidiana expulsa a un lugar excéntrico. Diferenciándolo de lo erótico (cuyas representaciones estarían más vinculadas al sentimiento amoroso, y por ende tendrían una marca afirmativa de vitalidad, placer estético y celebración) y de lo pornográfico (más vinculado al exhibicionismo paranoico y a la búsqueda de una respuesta física, que termina por denigrar el placer estético y causar hartazgo), Piña equipara lo obsceno al goce, eso que está más allá del principio del placer y que es irrespresentable por coincidir con la intolerable mostración del tabú, por ser anterior y por ende estar fuera de la escritura y de la conciencia. En lo obsceno, dice, “sexo y muerte se alían para producir la emergencia de fantasías prohibidas y destructivas que conducen a ese más allá al que tiende todo deseo, en tanto que deseo de suprimir la radical falta-de-ser”.

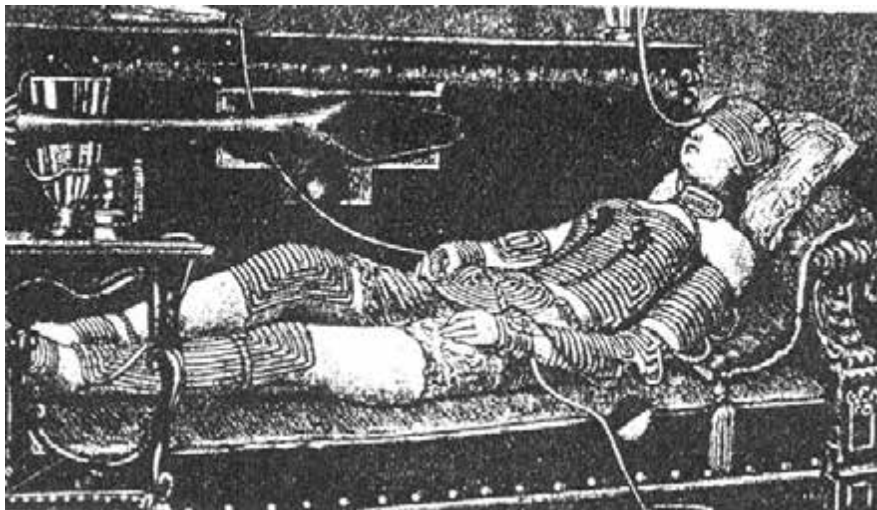
La explicación de Piña acerca del goce toma prestado de Freud y de Lacan, y no voy a discutirla. Me interesa sólo discrepar con su categorización que expulsa al Marqués de Sade (a quien pone como ejemplo de literatura pornográfica) de todo propósito que exceda la mera mostración “explícita y estridente” del acto sexual, a la vez que reduce al erotismo a una fiesta optimista e inofensiva. En realidad, la segunda proposición no toma en cuenta que el sentido último del erotismo, como explicó Bataille, no es otro que la muerte como instancia de recuperación de una continuidad perdida. (*L'erotisme*, pp.25 y sgts.). En cuanto a la primera, la aclaración es importante porque hay ciertos rasgos de la condesa (como la apatía con que comete sus crímenes, su monotonía y su incesante repetición, su sangre fría) que recuerdan a los héroes y heroínas de Sade. Pienso sobre todo en la desesperación que los embarga frente a la insignificancia de sus crímenes, como si nada alcanzara para la rebelión, para negar del todo esa Naturaleza equiparada desde el principio con la Idea del Mal. Hay en los personajes de Sade una pulsión violenta, en la cual se asocian placer y dolor, en un intento de cambiar el mundo o, al menos, de negarlo. Nada más lejos del libertino que el deplorable entusiasmo que anima, por ejemplo, a los protagonistas de *El pornógrafo* o de *L'Anti-justine* ou *Les délices de l'amour* de Restif de la Bretonne.

Deleuze, a quien debemos el término “pornología” para distinguir una cosa de otra, también expuso lo siguiente: lo que define al sádico es la existencia de su superyó abumante, tan fuerte que se ha identificado con él, mientras que el yo (y la figura materna, su complemento) han sido expulsados al

exterior. Es más: para el sádico sólo hay yo en el exterior, el sadismo no tiene otras víctimas que la madre y el yo. De ahí su paradoja central: su pseudomasoquismo, ese carácter simultáneo de víctima y verdugo de sus protagonistas, que encontramos también en la condesa: Erzébet se descarga sobre la víctima, mientras que el placer se descarga sobre ella (la supuesta victimaria) “con la lentitud cruel de un cuentagotas”. De ahí, también, su incurable melancolía.

Que el personaje de Bathóry haya interesado a Sacher Masoch, quien hizo de ella el personaje principal en *Agua de Juvencia* y que trabajó en la historia (como en algún sentido lo hizo Pizarnik) los elementos de morosidad y suspensión estética que caracterizan al masoquismo (la importancia del fetiche, la abundancia de poses inmóviles, esos gestos de sufrimiento en una atmósfera ominosa y fría) no hace más que corroborar lo que digo. El estatismo de los textos de Sacher Masoch, su vivencia del placer como algo esencialmente retrasado y del dolor como peaje para lograr aquél no están del todo ausentes en el texto de Pizarnik, aunque no hay que soslayar las diferencias entre ambos textos. Bastará mencionar rápidamente que en *Agua de Juvencia*, la condesa Elizabeth Nadasdy lleva a cabo sus fechorías con la ayuda de un personaje masculino, el terrorífico y apuesto Ipolkar, ante la presencia anonadada de un joven vienés enamorado de ella hasta la ceguera y que, por supuesto, es el héroe de Masoch. En cambio, la presencia masculina es casi nula en Penrose o Pizarnik, aunque no por ello menos amenazante: los varones pasan de ser un elemento del decorado (condes en banquetes, el marido guerrero) a corporizar al final la maquinaria represiva (el cura, los jueces, el Palatino). Por lo demás, los métodos de tortura y las imágenes acia-gas coinciden: la máquina infernal de la Virgen de Hierro, la muerte por congelamiento, el baño de sangre.

Sostengo, en suma, que el parentesco de Bathóry con Sade (directo o indirecto) es minucioso y me parece una prueba de ello no sólo la cita del Divino



Marqués que cierra el libro de Pizarnik sino también las innumerables referencias de la novela de Penrose a esa otra alma gemela de la condesa y condiscípulo de Sade que fue Gilles de Rais. Más allá de las diferencias entre ambos que exigiría un estudio en sí mismo (en especial en lo referente al desarrollo y desenlace de la *cause célèbre* seguida contra el francés), es obvio que existen paralelismos entre una historia y otra: Gilles de Rais también era noble (había sido guerrero distinguido de la compañía de Juana de Arco), y su historia incluye un interés temprano por la alquimia y las prácticas necrománticas, una corte de jóvenes corruptos a los que llamaba “efebos o ángeles homosexuales” y un final en la horca en octubre de 1440 por el asesinato de 140 niños y jovencitos.

Querría por fin ubicar este libro de Pizarnik dentro de la tradición literaria en la cual se inscribe. Por lo general, la genealogía de Pizarnik suele remontarse hasta los poetas malditos, en especial Lautréamont, y hasta el surrealismo, en especial Artaud. Los temas y figuras que la obsesionaron (toda su poesía y, en especial, la perversión de *La condesa sangrienta* y la irreverencia feroz frente al lenguaje y la cultura de *La bucanera...*) pero también ciertos datos de su biografía como el uso de psicofármacos, una sexualidad no ortodoxa y su soledad última son las pruebas que se aportan. Se aduce que comienza con los “malditos” un ateísmo hasta entonces inexistente, una absolutización de la práctica literaria y una furiosa transgresión en materia de sexualidad, y que por ende Pizarnik debe alinearse allí. De este modo y de un plumazo, todo el siglo XIX anterior a Baudelaire queda afuera, todo el Romanticismo, al cual suele imputársele una confianza última en el Absoluto Divino y un erotismo contaminado de vitalidad y optimismo.

Nada más lejos de la verdad. En realidad, la estética del mal que sin duda popularizó Baudelaire proviene de un corpus previo y voluminoso: la literatura escrita en lo que podríamos denominar el Bizancio anglo-francés del siglo XIX. Las novelas-*charrogne*, la *littérature de la chair*, abundan en ese siglo y conviene decirlo de inmediato, sus antecedentes son Byron y Sade. Cuando Baudelaire dice en su ensayo “Le peintre de la vie moderne” (*Baudelaire crítico*, p. 227): “He encontrado mi definición de lo bello, de mi bello. Es algo ardiente y triste...Ya no concibo un tipo de belleza donde no intervenga la desgracia”, está reafirmando la idea de la belleza contaminada e impura, tal como la concibieron Shelley, Keats, el Flaubert de *La tentación de San Antonio*, Anne Radcliffe, todo Swinburne, y hasta el mismo Hugo de *Hans d'Islande*. A este culto de la belleza manchada corresponde un tipo de amor específico y también un personaje: durante la primera mitad del siglo, el héroe es un varón fatal, un ser sumido en el *ennui*, exiliado en su soledad, como un ángel caído y destructor. “My embrace was fatal/ I loved her, and destroy'd her” (Byron en *Manfred*); en la segunda mitad, el Mal se personifica en la

mujer a la vez que el decorado se vuelve más exótico: “La belle dame sans merci” de Keats es ahora una mujer araña, un ser de extrema crueldad y exasperado deseo en cuyas manos el varón es un juguete y cuya belleza resalta aún más en medio de tapicerías que evocan un Oriente ensangrentado. “La débauche la décorait d'une beauté infernale” (Flaubert en *Novembre*).

Todas las variantes del vampirismo, las voluptuosidades fúnebres, el canibalismo sexual, las alianzas entre el amor y la tumba, la flagelación, el amor lesbiano, la atracción de lo exótico, los cuentos de terror y necrofilia, y también el tema de la prostituta regenerada por el amor, la mujer asesina o el incesto derivan de esta concepción romántica de la belleza y de su “physique de l'amour”. Villiers de l'Isle-Adam en “Vera” y otros *Cuentos crueles*, Théophile Gautier en *La muerte enamorada*, Mary Shelley en *Frankenstein*, Chateaubriand en *René*, Rachilde en *Monsieur Venus*, Renée Vivien en *L'histoire du loup*, Jean Lorrain en *Histoires des Masques* y en *Princesses d'ivoire et d'ivresse*, Barbey d'Aurevilly en *Les diaboliques* y Sheridan Le Fanu en *El tío Silas* y *Carmilla* llenarían por sí solos una biblioteca del Infierno y procurarían pruebas interminables.

Lo reitero: mucho antes que cualquier poeta maldito, ya en 1833 había dicho Pétrus Borel: “¡Cantar al amor! Para mí, el amor es odio, gemidos, gritos, vergüenza, duelo, hierros, lágrimas, sangre, cadáveres, osamentas, remordimientos, nunca he conocido amor de otra clase”. Y es también anterior a Baudelaire ese famoso poema de Swinburne que dice: “Ah beautiful passionate body/that never has ached with a heart!/O Our Lady of Torture/What tortures undreamt of, unheard of, unwritten, unknown” (*Poems & Ballads*). Las orgías heladas de Erzébet Bathóry forman parte de esta tradición.

¿Qué representa, en suma, *La condesa sangrienta* dentro de la obra de Pizarnik? Ante todo, el producto de una fascinación, el “sueño de una espía”. (La expresión es de Pizarnik y está en *Los poseídos entre lilas*). Una fascinación tan intensa que el comentario elige la morosidad y duplica algunas escenas, como una manera de fotografiar esos instantes de angustiado éxtasis que nos regala la novela de Penrose, acaso en la esperanza de hacer durar “eso” indeterminado y absoluto que caracteriza precisamente a lo que Blanchot llamó “la solitude essentielle”. También como un gesto de apropiación, a la vez violento y sutil, de una imaginaria ajena que le permite explorar tras una máscara esos vínculos escurridizos entre crueldad, sexo, placer y muerte “en tanto deseo de suprimir la radical falta-de-ser”.

A esto suele dársele el nombre de homenaje literario. El homenaje es a Penrose, sí, pero también a través de ella, a esa sensibilidad decadente (y tan exquisitamente lúgubre) que la literatura gótica supo encarnar tan bien.

Volvamos por un momento a Erzébet Bathóry. ¿Sabemos ahora quién es, qué se agazapa en ese

cuerpo lánguido, ese "halo de tosca soledad"? ¿Sabemos por qué, testaruda, desafió al destino hasta el final, qué significa la aceptación silenciosa con que soportó el emparedamiento a que la condenó el tribunal? La lectura de *La condesa sangrienta* apenas nos da algunas pistas: imágenes dispersas, sorprendentes. El fantasma de Darvulia, por ejemplo, esa mujer "viejísima, irascible y despiadada" que enseñó a la condesa a ver morir y el sentido de morir. La convicción de que Erzébet, a diferencia de Gilles de Rais, no era exhibicionista. Tampoco civilizada o lírica. Que no tenía esa "elegancia de ave venusiana y malvada que se pavonea ante sí misma y ante el mundo" (Penrose), que se limitaba a participar en las ceremonias del placer con la frialdad de una piedra. El resto es sólo la noche, la gran noche, la noche del tiempo, donde Darvulia traza sus círculos y prepara sus maleficios y las muchachas, tan imprudentemente bellas, se reiteran ante la vista transida (y quizá un poco cansada) de la condesa.

Bibliografía

- Barbey d'Aurevilly, J. *Les diaboliques*, Gallimard, Paris, 1973.
- Deforges, R. *Om'a dit, Entretiens avec Pauline Réage*, Jean-Jacques Pauvert, Paris, 1975.
- Deleuze, G. *Sacher Masoch & Sade*, E. Universitaria de Córdoba, Argentina, 1969.
- Furst, L. *Counterparts: The Dynamics of Franco German Literary Relationships 1770-1895*, Wayne State University Press, 1977.
- Gautier, T. *La morte amoureuse et autres récits*

fantastiques. Gallimard, Paris 1981.

- Keats, J. *The Selected Letters of John Keats*, Rarrar Straus and Girous, New York, 1951.
- . *Poems*, Dodd, Mead and Co., New York, 1909.
- Lorrain, J. *Princesses d'ivoire et d'ivresse*, Union Générale d'Editions, 1980.
- Mitchel, R.L. *Tristan Corbiere*, Twayne Pub., 1979.
- Muldoon, P. *The Essential Byron*. The Ecco Press, New York, 1989.
- Musset, A. de. *La confession d'un enfant du siècle*, Ed. Garniers Freres, Paris 1968.
- Penrose, Valentine. *The Bloody Countess*, Calder & Boyars, London, 1967.
- . *Poems and Narrations*. Carcanet Press & Elephant Trust, Manchester, 1977.
- Piña, C. "La palabra obscena", *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 479-483, 1990.
- Praz, M. *The Romantic Agony*. Oxford Univ. Press, 1970.
- Rachilde (Marguerite Eymery). *Monsieur Vénus*, prefacio de Maurice Barres, Flammarion, Paris, 1977.
- Réage. P. *Historie d'O*, Jean-Jacques Pauvert, ed. Paris. 1954.
- Restif de la Bretonne. *Oeuvres erotiques, Le Pornographe et l'Anti-Justine, L'Enfer de la bibliothèque nationale*, Fayard, Paris 1985.
- Rossler, O. *Cantores y trágicos de Buenos Aires*, Ed. Tres Tiempos, Bs.As., 1981.
- von Sacher-Masoch, L. *Contes et romans*, Tchou Editeur, Paris, 1967.
- Villiers de L'Isle-Adam. *Contes cruels*, Librairie Jose Corti, Paris, 1987.
- Vivien, R. *The Woman of the Wolf and Other Stories*. Gay Presses of New York, 1983.
- . *The Muse of the Violets: Poems*. Naiad Press, New York 1977.

LA MUJER ACERCA DE SÍ MISMA EN EL CUENTO Y LA NOVELA DEL PARAGUAY¹

MARÍA DEL CARMEN POMPA QUIROZ

Actualmente el sujeto mujer ha cobrado relevancia en nuestra sociedad merced a su mayor participación en los distintos niveles educativos y en el mercado laboral, a su capacidad de organización en pro de demandas por una situación más equitativa, reivindicando derechos de género y clase y cuestionando la hegemonía patriarcal. Sin embargo, esta intervención varía significativamente según sectores sociales, nivel educativo, edad, espacio geográfico, etc.²

Asimismo, persisten aún las normas jurídicas discriminatorias, la exclusión de las mujeres en puestos de toma de decisión, el asedio sexual, la doble jornada laboral (doméstica y remunerada), la escasa posibilidad de decidir sobre el número de hijos y su espaciamiento y la imposición de una identidad estereotipada.

Algunos aspectos de la problemática de la mujer se reflejan en la obra literaria, con la autonomía

propia de toda obra de creación. Allí aparece la mujer como sujeto excluido, discriminado y en proceso de reconocimiento de sí misma y de parte de la sociedad; emerge también como sujeto en transición, debido al reconocimiento de una nueva o nuevas identidades.

Identificar el rol que desempeña el personaje femenino en la narrativa paraguaya de autoría femenina —me limito al cuento y a la novela— es el objetivo principal de este ensayo. En segundo lugar, señalaré la existencia de un rol tradicional y la crisis de ese rol ante la emergencia de una nueva identidad. En ésta, la mujer no sólo aparece como procreadora, sino también como develadora de su propia sexualidad; la mujer se convierte en sujeto que interpela y cuestiona los valores impuestos. Creo que existe una identidad femenina tradicional que se basa en la maternidad como hecho fundamental para el sujeto mujer, que la convierte al mismo tiempo en defensora de valores tradicionales, de convenciones sociales. Opuesta a ésta, existe otra identidad en formación, como metamorfosis de la anterior con agregado de nuevos elementos.

El resultado del conflicto entre identidad femenina impuesta y nueva identidad en formación es el punto de partida de estas notas. En las obras

literarias de los últimos años, se produce una ruptura de la conceptualización o estereotipo de la mujer considerada solamente por el hecho de ser madre. Se observa también el enfrentamiento de la mujer a códigos tradicionales y la liberación de tabúes referentes al comportamiento sexual. El encuentro del personaje femenino consigo mismo se produce así a través del control de su cuerpo.

Las obras que se han escogido para este análisis forman parte de la última producción femenina publicada en la década de los años '80 pertenecientes a los géneros de cuento y novela, que parecen reflejar el cambio de mentalidad de las autoras con respecto a la identidad femenina impuesta. A través de estas obras se sigue un eje que conforma la hipótesis: la mujer actual enjuicia el componente más fuerte o único de la identidad femenina paraguaya tradicional: el rol de madre que va acompañado de la subsiguiente sumisión al varón. También, reconoce y asume su propia sexualidad.

Se ha escogido para la realización de este trabajo los siguientes cuentos y novelas: "Maína", cuento de Josefina Plá escrito en 1948, parte del volumen *El espejo y el canasto*; en la década de 1980, la novela *Golpe de luz*, de Neida de Mendonca, publicada en 1983; *La niña que perdí en el circo*, novela de Raquel Saguier, de 1987; *Entre el sexo y el seso, una mujer*, cuentos de Verónica Bassetti, del mismo año; *La verdadera historia de Purificación*, segunda novela de Raquel Saguier, aparecida en 1989; *Ramona Quebranto*, novela de Margot Ayala de Michelagnoli y *Con pena y sin gloria*, cuentos de Chiquita Barreto, ambas publicadas a fines de 1989.

Para efectuar una contrastación con las obras citadas se escogió la novela *Tava-í*, de Concepción Leyes de Chaves escrita en 1941 y publicada un año después –hace medio siglo– por parecer el paradigma de la mujer que defiende una identidad impuesta –finalmente, reflejo de la época–. A ella se contraponen las demás obras, en las que se observa la transición hacia una redefinición del ser mujer.

Tres de las autoras nombradas no son de origen paraguayo: Josefina Plá, Neida de Mendonca y Verónica Bassetti, pero se encuentra válido el estudio de sus obras. Está demás citar los aportes realizados en favor de nuestra cultura y su identificación con ella en el caso de Josefina Plá. Las obras de Neida de Mendonca y de Verónica Bassetti, que residen en el país, la primera de ellas hace más de tres décadas y algo más de una década la segunda, resultan interesantes porque denotan la inserción de esas autoras en nuestro medio.

Grandes diferencias existen entre la protagonista de *Tava-í* (1942), Anita, y las protagonistas de novelas y cuentos contemporáneos. Anita vive en un pequeño pueblo del interior acorralada por las convenciones sociales; cortejada por un varón a quien

no ama y correspondida por otro que muere en una "revolución". Queda marcada: ha sido amada –aunque platónicamente– por dos varones que no la han tomado por esposa. Asume un rol pasivo, no se rebela ni cuestiona estos prejuicios. Al final aparece otro varón que sin hacer caso de noviazgos anteriores decide casarse con ella. Queda así definida su identidad: como esposa, dentro de las pautas convencionales del matrimonio.

En el cuento de Josefina Plá, "Maína" –escrito en 1948 pero publicado en un volumen en 1981– aparecen los temas de la maternidad y el hijo como deshonra, temas ausentes en la obra anterior. Presenta también un tipo de protesta pasiva o ruptura de la mujer con su entorno en una situación límite; la mujer huye de "su" mundo, no lo cambia. Maristela, la protagonista, queda embarazada siendo adolescente. Para ocultar el hecho, la madre y las hermanas hacen desaparecer al recién nacido. Maristela huye de la casa y se entrega a una

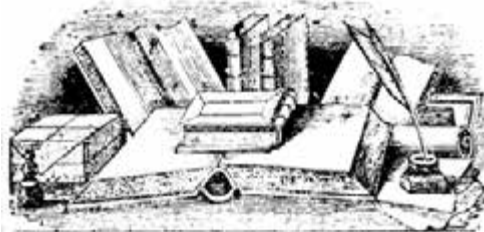
vida de prostitución. Se suceden los abortos de hijos no deseados. Cuando al final acepta un embarazo, sucede lo paradójico: el embarazo no es tal, sino un tumor que la consume rápidamente. Busca entonces una madrina para

el hijo y muere creyendo que ha podido ser madre. Maristela no cuestiona la vida que lleva, sin embargo, cree que la maternidad podrá proporcionarle un cambio. Pero vive una maternidad frustrada, engañada: en la primera ocasión le hacen creer que el hijo ha muerto; en la segunda ocasión, que el hijo vive.

Hay un lapso de 35 años (1949–1983) entre el cuento de Josefina Plá y la siguiente obra: *Golpe de luz* de Neida de Mendoca. A esta prolongada ausencia de producción hace referencia Rosalba Dendia (1989) cuando dice que "la narrativa femenina comenzó a tomar forma recién en la década del '80 y aún hoy sus contornos son imprecisos". Todas las obras que se citan fueron publicadas en la pasada década; las protagonistas son mujeres adultas, de la clase media urbana y rural, y de la clase baja urbana, siendo los conflictos resaltantes más bien de género que de clase.

En *Golpe de luz* (1983), ni el matrimonio ni el ser madre satisfacen a Beatriz, la protagonista. Su lucha contra el sometimiento se manifiesta en la compulsión de muerte que la lleva a buscar el suicidio como único fin de hallar la libertad. Por vía del psicoanálisis y del arte como catarsis, emprende la búsqueda de sí misma. La libertad llega cuando se atreve a cuestionar y a rebelarse contra los roles de esposa y madre sumisa.

La autora de *La niña que perdí en el circo* (1987), Raquel Saguier, lleva a su protagonista a una escisión simbólica que enfrenta a la mujer actual y a la niña que fue alguna vez y que denota la conflictiva relación del personaje con su entorno. La autora aún no se atreve a profundizar el tema sexual como



lo hará en su segunda novela. Aquí, en alternativos planos de desdoblamiento: mujer/niña; niña/mujer, asiste a su propio matrimonio y embarazo. Vive desde lejos a través de la niña una vida que no puede comprender.

En la obra *Entre el sexo y el seso una mujer* (1987), de Verónica Bassetti, se asiste no sólo al cuestionamiento de la relación de pareja dentro del matrimonio, sino también a la degradación de la misma. Aparece el tema del amante y también el cuestionamiento a esa relación clandestina. La protagonista de esta obra se sacude las ataduras de un matrimonio convencional y más tarde de las relaciones con el amante. Su identidad la halla en sí misma, en lo que Liliana Mizrahi (1988) llama "la conquista íntima" que permite a la mujer un replanteo, una redefinición de su situación actual.

Raquel Saguier en *La vera historia de Purificación* (1989) da un paso adelante en relación a su anterior novela: la protagonista cuestiona sus roles de esposa y madre. Esgrime su derecho de elegir otro varón. El arte nuevamente es vivido por la protagonista como catarsis. Se repite también el tema del amante, aunque no tan real como en la obra de Verónica Bassetti, y el tema de la infidelidad femenina. Aquí, la protagonista se libera de su rol de mujer sometida, pero al hacerlo, siente que transgrede una ley y se halla culpable (a esto se refiere la escena inquisitorial donde la juzgan las autoridades reconocidas por ella: marido, juez, sacerdote y otros familiares).

En las dos últimas obras, *Ramona Quebranto y Con pena y sin gloria*, en las que son protagonistas mujeres del ámbito popular urbano y de un centro urbano del interior del país, respectivamente, se retorna a la sumisión de la mujer ante el varón y ante imposiciones sociales. Los conflictos que viven las protagonistas no se solucionan; ellas son conscientes de su pobreza, su marginación, pero no pueden revertir su situación.

En la novela *Ramona Quebranto* (1989), desempeñan el rol principal los seres marginados de la sociedad que conforman el micromundo urbano-rural de la Chacarita: Ramona y sus concubinos son unos de esos seres. A Ramona se contraponen la patrona y comadre, cuyos valores chocan con los de aquélla. Ramona no cree que pueda intervenir en su contexto para producir algún cambio y acepta las reglas impuestas por su patrona, un poder social externo a ella, aunque conserva su opción de libertad de pareja. Por ejemplo, contrae matrimonio, pero defiende su derecho de vivir en concubinato por la inutilidad que implica para ella (y las demás mujeres de su mundo) el matrimonio como institución.

En los cuentos de Chiquita Barreto que forman el volumen *Con pena y sin gloria* (1989) se asiste a las vivencias en los centros urbanos del interior del país: un lugar ficticio llamado Golondrina. En "Buenos recuerdos", uno de los cuentos, Elena, la protagonista, cansada de un matrimonio impuesto, vive de antemano su rol de viuda. Cuando en realidad el

marido muere, ella se dedica a imaginarlo como le hubiera gustado que fuera, y vive de esa realidad fingida. En otro cuento, "Siesta", una jovencita es abandonada por el padre del hijo que espera; ella retorna a su casa y todo continúa igual. "Nada ha cambiado", dice la autora.

En resumen, fui siguiendo en las obras citadas el proceso de aceptación de roles impuestos, cuestionamiento más adelante y finalmente transgresión de las normas establecidas por la sociedad; reivindicación de derechos e identidad en crisis, antes que voluntad de forjar una identidad nueva. Sin embargo, este proceso no es lineal en el sentido de que las dos últimas obras plantean un regreso a esa primera fase de aceptación de roles impuestos.

Este análisis del rol femenino parte de la década de los años '40 con la protagonista sumisa de *Tavai*, novela donde los personajes se hallan estereotipados por responder a una visión polarizada de la realidad. Pasa luego, por Maristela de *El espejo y el canasto*, que presenta grandes cambios en relación a la anterior. Aquí se resalta el rol de madre, aunque se trate de una maternidad frustrada. Casi cuarenta años después, en la pasada década, se llega a algunas obras que reflejan la transición hacia una nueva forma de pensar el ser mujer. En estas últimas obras predominan los conflictos de género antes que los de clase: la mujer cuestiona su subordinación al varón y dentro de su rol materno, cuestiona la subordinación a los hijos.

Se pone en tela de juicio la relación de pareja en *Golpe de luz*, *La vera historia...*, *Entre el sexo y el seso...* En *La niña que perdí en el circo*, esa relación está camuflada en la escisión de la protagonista, pero también existe. Y se llega al final, a la degradación de la pareja establecida: *Entre el sexo y el seso...* *La vera historia...* Pero en *Ramona Quebranto* y en los cuentos de Chiquita Barreto, como se anotó, las protagonistas se someten al varón y a las imposiciones sociales, sin cuestionarlas.

En las obras que evidencian la crisis de la identidad tradicional, la expresión libre se canaliza por medio del dominio del cuerpo y específicamente a través de la sexualidad del personaje femenino. El tema se presenta en tres etapas: 1.- consideración de la dimensión sexual de la protagonista, 2.- reivindicación del placer y 3.- la infidelidad femenina. Se observa en estas obras que el cuestionamiento de normas tradicionales, de tabúes e imposiciones se realiza sólo cuando la mujer asume su sexualidad, cuya expresión le estaba prohibida. Es un paso adelante, aunque no se presentan otras demandas.

Para finalizar, cabe hacer una somera comparación con otras dos escritoras contemporáneas: Isabel Allende, chilena, y Luisa Valenzuela, argentina. Sus personajes femeninos han trascendido comportamientos que en la literatura femenina paraguaya aún no se producen: el encuentro de la propia identidad no sólo a través de la sexualidad, sino también a través de compromisos sociales. Esto es, la trascendencia de lo individual en beneficio de lo social.

Notas

¹ Ponencia, corregida, presentada al Seminario "La mujer ¿es puro cuento? Acerca del Discurso Femenino. Encuentros Interdisciplinarios". Asunción, 20-21 de abril, 1990 y publicada en *Enfoques de Mujer* (Asunción, Año 5, N° 1, junio de 1990, pp. 18-21). [Nota: se le agregó "del Paraguay" en el título del trabajo aquí reproducido.]

² Las bases socio-estructurales para el auge de la producción femenina se sientan con el crecimiento económico acelerado de los años 1973-1981 (crecimiento del 7% promedio del PBI); en esa década se acelera el proceso de urbanización, llegando a 43% de la población urbana en 1982, y se constituye el área metropolitana de Asunción. A este proceso debe agregarse la escolarización femenina como fenómeno global y la concentración del sector con mayor instrucción en la capital y su área de influencia. Con respecto a lo último, de acuerdo al Censo Nacional del año 1982, "del total nacional de 22.311 universitarias graduadas, 21.570 se encuentran en el sector urbano (95.5%) y de este total 14.461 en Asunción y 3.671 en el Departamento Central (71.7% y 17.0% respectivamente) lo que sumado alcanza casi al 90% (Céspedes y Villagra, 1988: 40-41).

Bibliografía

- Ayala de Michelagnoli, Margot. 1989. *Ramona Quebranto*. Asunción, Ed. de la autora, 144 pp.
- Barreto, Chiquita. 1989. *Con pena y sin gloria*. Asunción, RP, 111 pp.
- Bassetti, Verónica. 1987. *Entre el sexo y el seso, una mujer*. Asunción, Arte Nuevo, 106 pp.
- Céspedes, Roberto Luis y Villagra, María Susana. 1988. *Paraguay, el clamor colectivo por los derechos sociales*. Asunción, CEDHU, 124 pp.
- Dendia, Rosalba. 1989. "Imagen del ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita", en *Entre el silencio y la voz*, Graziella Corvalán, comp. Asunción, GEMPA, 344 pp.
- Leyes de Chaves, Concepción. 1941. *Tava-í*. Asunción, La Colmena, 137 pp.
- Mendonca, Neida de. 1983. *Golpe de luz*. Asunción, Ed. de la autora, s.f.
- Mizrahi, Liliana. 1988. *La mujer transgresora. Acerca del cambio y la ambivalencia*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Plá, Josefina. 1981. *El espejo y el canasto*. Asunción, Napa, 140 pp.
- Saguier, Raquel. 1987. *La niña que perdí en el circo*. Asunción, RP, 144 pp. 1989. *La vera historia de Purificación*. Asunción, RP, 174 pp.

CHARO NÚÑEZ

CUARTO PROPIO

Cuarto propio, querida Virginia,
 más tiempo regalado
 casa vacía
 comida hecha
 lluvia caída, vino
 a discreción, más
 los amores invisibles
 presentes en el aire inquieto
 la sonora, la impecable,
 la coqueta, la terrible Soledad
 tocando la puerta
 sentándose en el sofá
 armando la escena
 al cruzar las piernas
 junto a las lilas
 repetidas y perfectas.

SON LOS ASTROS

Son los astros. Los astros y las hormonas.
 El ciclo comienza bien pero luego Neptuno
 se encarga de subir la presión
 y Marte aparece en escena
 y yo te digo y tú me dices
 y de pronto oscurece y de nada vale
 seguir creyendo en las verjas, los patios,
 la luna llena, *Quasimodo*, las puntas
 de los cipreses, los gatos.

VIDA CONTINUA

Hará dos meses que me persigue
 la historia de una señora flaca con abrigo negro,
 el pelo recogido en la nuca, abrazando

una bolsa marrón de comestibles y abriendo
 la puerta de su casa como quien cruza
 el puente levadizo a caballo y entra a su feudo
 donde
 la espera el gato, el sillón tapizado en rojo,
 la lámpara de pie y su amor imposible
 (desde hace 30 años, 2 meses y días) empastado
 en tela verde botella, algo descolorida
 pero perfectamente legible.

Me levanto temprano, con la pata izquierda,
 preparo café, me doy un baño, llevo a los chicos
 al colegio, a mi marido a la estación, con un beso,
 paso por el zapatero, recojo las botas
 para el invierno, no compro el periódico,
 vuelvo a la casa, vacía, prendo la estufa,
 me siento a leer
 y
 otra vez la señora jorobada y escuálida
 buscando las llaves para abrir la puerta,
 su amor imposible y redondo
 como un queso gruyere gigante en la despensa.

ME PONÇO...

Me pongo tu pijama. Siempre
 me pongo tu pijama cuando
 te vas de viaje.
 Debería haber algún modo (barato)
 de hacer el amor
 a larga distancia, alguna
 posición entre el cielo y el hábito
 del misionero y la amazona loca.
 Si fuéramos hormigas podríamos
 cargar 50 veces el peso
 de nuestro propio cuerpo
 y caminar a la vez
 por el cable eléctrico.

DIANA BELLESSI

Lo propio y lo ajeno

No es épica no
es pérdida
de la memoria
o necesidad del
corazón de hallarse
con la memoria
velada o vuelta otra

Sumisión a la
alteridad. Campos
de alfalfares pastos
del sudán. Atrás
la pampa y atrás
sus pajonales
sin fin. Superpuesto
Inventación de ese
cuerpo y deseo
no de poseer de
domeñar sino
de ser en: lo prohibido

Paisaje recortado
por lo humano otro
que no se entiende
pero tiene
de ti. En casa
prestada pretender
alzar la casa
Nos une lo perdido
o lo que nunca
se ha tenido salvo
en el corazón

Es la herencia
una geoda que no se
parte o un diamante
pulido por demás
Se tachan entre sí

Reclama herencia
la hija para
vivir y encuentra
pedazos escandidos
en la nada

Dice no
al padre helénico
y pide entrar
a tierra americana
más las llaves
de su vivo corazón
son las llaves
equivocadas
Es mi trampa y es
mi casa

Tiempo de sembrar
cuando quería
sólo frenesí
Sueño del humano

que es hermano y
se siente: ahora sí
sé quien es, soy en
Arte de ese instante
antes del diamante
repetido, degradado
ese instante de lo móvil
ser en

Incompleto más entero
detalle en la figura
del círculo trabado

Sóñar
y sentir lo que te ha elegido
exige
tierra bajo los pies

Lo vacío
se ha fundado
en un acto
de violencia que persiste

No el vacío,
con la sombra el
terciopelo
de lo no sabido
o aún nacido. No
la oscuridad
que a la vida mece,
sino lo que no es
y borrar pretende
el signo de lo hecho

Vacío, no el vacío
Todo fue barbarie
Dónde
si se lo tuvo
–estuvo en el corazón–
espacio íntimo
de persuasión: aceptar
lo otro si lo otro
no te arrasa

si condición de su
existencia no supone
tu exterminio
sino, cambio
en movilidad
perpetua

Es la hija
¿madre que se rebela?
Y más
y misterio
oh no dejes
tierra
de hablar en mi corazón

¿Y esta hija
qué es aquello
que del padre
lleva? Certeza
de ser persona
si el deseo
de la madre

no abandona su deseo
le asegura un
sino nuevo

Desearla es
volverse ante sí
deseable

¿Los antiguos llevan
nombre
amarrados a la tierra
–lo que es propio es
ajeno– por signos
que no separan
necesidad de amor?
Nos une la condena
de exclusión y de
exterminio: ¿aquí el
amor y aquí el espanto?

Del linaje de mi padre
¿llevan parte?
Hilandera
es la voz que lo sujeta
En su visión extática
mujer doctora

última y primera
oh Kiepjá

Y también el puma
el cazador. Portador
de muerte pero nunca
de exterminio
Quien anda a solas

Ella sabe que sabe
y que no sabe
Lo propio. Y lo mismo
al hermano otorga
Lo ajeno. Desea
el círculo
Día de cosecha
Madre virtual acepta
la siembra
aunque no se esté
presente
el día grande

antes del diamante
repetido, degradado
ese instante de lo móvil
ser en

En el deseo
en la visión es lo que sabe
está la fiesta
en su propio
humano corazón

Ser, es el instante
de estar en

MIRTA ROSENBERG

No sabía
que el diamante fuera pájaro
ni tampoco que muriera
de una muerte que no fuera
natural:

un diamante
tiene la suerte del brillo
de la centella, aunque alguna estrella
se enfrie y la sal de la vida sea
lo que se lea

como novela
por el rabillo del ojo
de un gran lector
cenital. Adivinó que era amor
y se

ríe:
si pudiera, escribiría en potencial,
y si no, sería cantante. Me enoja,
hago mal y digo para
adelante:

ese
pájaro se ha muerto y no es augurio
de Lázaro, ni de santa ni sabbath. Lo cierto
es que yo te extraño y que es Maureen la que canta,
pelirroja

con esplín,
la verdad de lo ocurrido: "You'll never know
how much I miss you". **You** es tú, sos vos.
SOS, como un pedido de auxilio,
miss,

cualquier
daño fue anterior. Estoy a un tris
de entender (¿un diamante es doble amante,
o dos veces sin objeto o sólo un reto
a la

repetición?)
que por ejemplo otra vez, algo
me está esperando –corazón–mata–callando–
y se va, como en inglés, "sobre su ala",
vale decir,

se nos vuela.
La textura del tiempo, Vladimir, es rala,
una usura del instante y de sufrir cuando apela
a no sé qué: nunca volver es lo mismo
que

irse
para adelante. Me tocaste, ¿te toqué?
¿Compartimos un abismo? Dame, diste,
di, diré: las facetas del diamante
son...

no sé,
mejor hablame y te creo. Así como quien reza
sin un deseo de asceta: todo poema es de amor,
toda guerra es interior, toda palabra
está presa.

NOTA SOBRE LAS AUTORAS

Diana Bellessi: poeta y ensayista, ganadora de la beca Guggenheim 1993. Este poema es de su libro inédito "Sur".

Lea Fletcher: doctora en letras hispánicas, investigadora literaria, directora de *Feminaria* y *Feminaria Editora*.

Gabriela Mizraje: licenciada en letras, investigadora literaria.

María Negroni: poeta y ensayista, maestría en letras hispánicas.

Charo Núñez: poeta peruana. Estos poemas son inéditos.

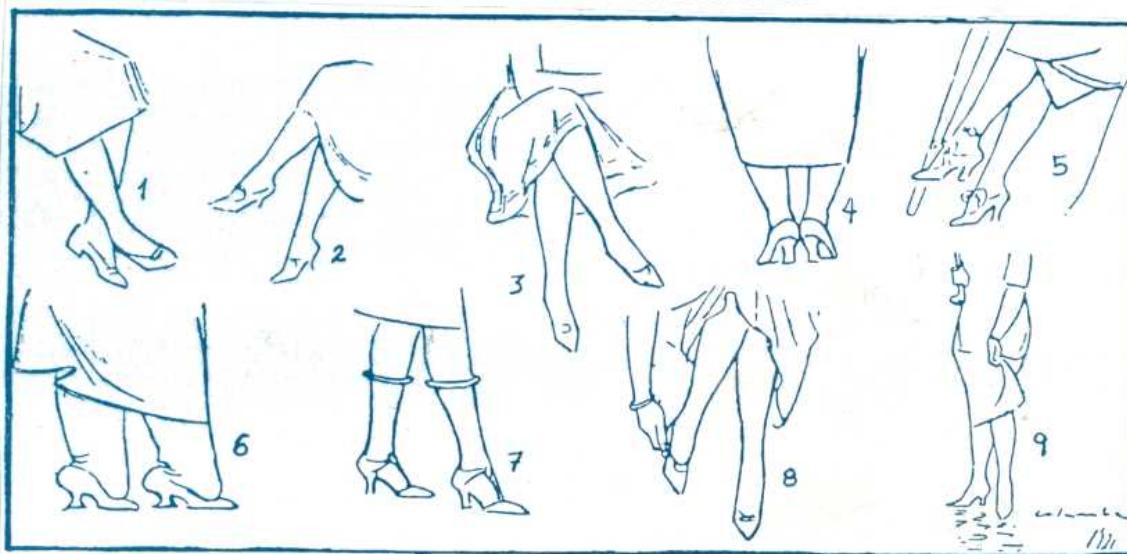
María del Carmen Pompa Quiroz: licenciada en letras, investigadora literaria paraguaya.

Mirta Rosenberg: poeta y directora de la editorial rosarina Bajo la Luna Nueva. Este poema es de su libro inédito "Teoría sentimental".

Liliana Zuccotti: licenciada en letras, investigadora literaria.



EL LENGUAJE DE LAS PIERNAS



1. No poder cruzar la pierna significa no haber llegado aún a los 14 años
2. De 15 a 20
3. Esta postura indica tener más de 20 años y estar en una reunión muy *chic*
4. Pollera larga, pasando los 20, significa tener piernas feas o, por lo menos "entre paréntesis"
5. Llevar reloj en la pierna, generalmente equivale a "dar las doce antes de hora"
6. Campeona de peso pesado capaz de dejar *knock out* al mismo Firpo, en el primer *round*
7. Medias cortas y vestido a la rodilla, significa estar en New York. Es la única parte donde se ven estas cosas.
8. Estar en la mesa y aflojarse el zapato con disimulo: sabañones
9. Tiempo lluvioso...y resbaladizo

Las audacias de la moda femenina de los años 20 satirizada en Páginas de Columba en 1922